

VIENTO

SUR

POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA

● **Europa sin atributos.** Javier Álvarez Dorronsoro, Samir Amin, Peter Gowan, Pedro

Montes ● **Socialismo, socialdemocracia, sindicalismo.** Jesús Albarracín entrevista

a Nicolás Redondo

● **Capitalismo y territorio.** Ramón

Fernández Durán

● **Francia. Los restos del naufrago.** D. Bensaid ● **El**

Salvador. La hora

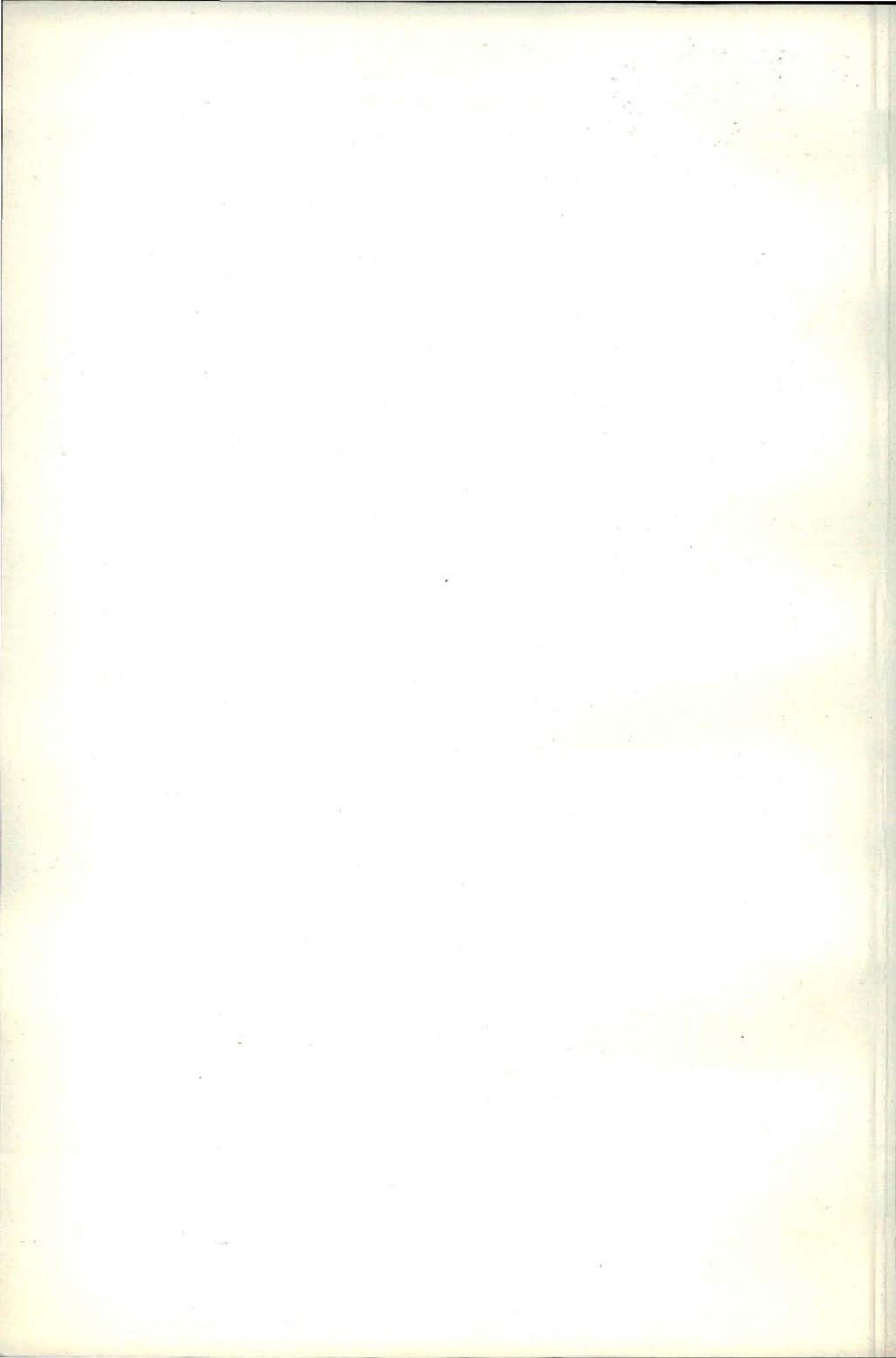
de la transición. Iosu Perales ● **Somalia.**

La invasión, detrás del decorado. James

Petras y Steve Vieux ● **Rusia. La partida**

de póquer de Boris Yeltsin. P. F. Larsen





Número 8 / Abril 1993 / 350 pesetas

1 agenda agenda

Notas sobre la actualidad política en el Estado español. *Daniel Raventós, Josetxo Fagoaga y Jaime Pastor* **7**

2 el desorden internacional

Francia

Los restos del naufragio. *Daniel Bensaid* **15**

El Salvador

La hora de la transición. *Iosu Perales* **23**

Somalia

La invasión, detrás del decorado. *James Petras y Steve Vieux* **31**

Rusia

La partida de póquer de *Boris Yeltsin*. *Poul Funder Larsen* **37**

Recortes

Mundo árabe. Entre el imperialismo y el integrismo **45**

Italia. Referéndum y crisis del régimen **47**

Sudáfrica. Asesinato de *Chris Hani*, el símbolo de la izquierda del ANC **49**

3 miradas Voces

Fotos de *Manuel Alcalde* **51**

4 plural plural

Europa sin atributos

La izquierda y la Unión Europea. *Javier Álvarez Dorronsoro* **57**

El ciclo de la posguerra. *Samir Amin* **62**

La Comunidad Europea y la Europa del Este. *Peter Gowan* **70**

El internacionalismo liberal. *Pedro Montes* **75**

Conversaciones

La socialdemocracia de *Nicolás Redondo*. Entrevista de *Jesús Albarracín* **85**

Capitalismo y territorio

Ciudad global en el Norte. Megaciudad en el Sur. *Ramón Fernández Durán* **95**

5 voces miradas

Drácula, la sombra enamorada. *Alberte Pagán* **105**

6 subrayados subrayados

“Posmodernidad y comunidad” de *Pietro Barcellona* y “Los ciudadanos siervos” de *Juan Ramón Capella*. *Jaime Pastor* **109**

“La Historia después del fin de la historia” de *Josep Fontana* y “El problema de la conciencia histórica” de *H. G. Gadamer*. *José Luis Rodríguez* **111**

“XY. La identidad masculina” de *Elisabeth Badinter*. *Josette Trat* **115**

“El mercado de la cultura” de *Ramón Zallo*. *Francisco Louça* **117**

Propuesta gráfica de *José Luis Allué*

Consejo Editorial:

Jesús Albarraçin
Ignasi Álvarez Dorronsoro
María Antonia Caro
José Galante
Manolo Garí
María Gascón
Rafael Gisbert
José Haro
Carmen Heredero
Jon Kepa Iradi
José Iriarte "Bikila"
Justa Montero
Pedro Montes
Antonio Navarro
Joaquín Nieto
Montse Oliván
Jaime Pastor
Empar Pineda
Cristina Piris
Javier Pulido
Eugenio del Río
José Luis Rodríguez
Fina Rubio
Milagros Rubio
Andreu Tobarra
Paloma Uría
Xesús Vega
José Antonio Velasco
Ignasi Vila
Javier Villanueva

Redacción:

Javier Álvarez Dorronsoro
G. Buster
Antonio Flórez
Miguel Romero (Director)

Maqueta:

Jérôme Oudin & Susanna Shannon

Edición y montaje:

Vicente Baixauli
Carmen Briz
Francisco Cenamor
Domingo Martínez
María Luisa Salvador
Correspondencia:
Hileras 8, 2º Izqda. 28013-Madrid.
(91) 542.67.00. Fax: 542.61.99

Imprime:

J.P. Arts Gráficas.
DL: B-7852-92

Han colaborado en este número

Manuel Alcalde

Es fotógrafo. Formó parte del grupo cántabro que participó en la Caravana de Solidaridad con el Sahara entre el 18 de febrero y el 2 de marzo pasados.

Samir Amin

Uno de los especialistas marxistas más conocidos en problemas del Tercer Mundo. Su último libro publicado en castellano es *El Mediterráneo en el mundo* (Iepala, 1989).

Daniel Bensaid

Es miembro de la dirección de la LCR francesa y de la IV Internacional. Enseña filosofía en la Universidad de París-VIII.

Josetxo Fagoaga

Es redactor de *Hika* y miembro de la dirección de Zutik!

Ramón Fernández Durán

Miembro del colectivo ecologista Aedenat.

Poul Funder Larsen

Es el corresponsal de la revista *Inprecor* en Moscú.

Peter Gowan

Miembro del Comité Editorial de la *New Left Review*.

Alberte Pagán

Profesor de instituto en Santiago de Compostela. En el nº 3 publicamos "Por un cine alternativo", extracto de la introducción al libro que está escribiendo sobre cine de vanguardia.

Iosu Perales

Autor de numerosos artículos y libros sobre Centroamérica. Acaba de publicar una novela: *Viento del Norte* (Gakoa, 1993). Es miembro de la dirección de Zutik!

James Petras

Es profesor de sociología en la Universidad Estatal de Nueva York en Binghamton. Su último libro publicado en castellano es *El socialismo español, camino de Marbella* escrito en colaboración con Rita Carroll-Seguín (Editorial Revolución, 1990).

Daniel Raventós

Es redactor de la revista *Demá* y miembro de la dirección de *Revolta* de Catalunya.

Steve Vieux

Está redactando su tesis doctoral en la Universidad Estatal de Nueva York en Binghamton.

1993 estaba llamado a ser el año de Europa (de Europa Occidental, por supuesto). En realidad está siendo el año de mayor parálisis en la unión europea desde el Tratado de Roma. Las causas más inmediatas de esta congelación son conocidas y han sido tratadas otras veces en nuestras páginas, en especial en los artículos que hemos dedicado a los avatares del Tratado de Maastricht. Ahora queríamos propiciar una reflexión más tranquila sobre diferentes aspectos del proyecto europeo y de su crisis. Adoptamos un punto de vista que hemos llamado «Europa sin atributos», parafraseando al gran Robert Musil y, en realidad, no respetando demasiado el sentido que él le dio a la expresión: nosotros queremos indicar simplemente la voluntad de desnudar a Europa de los atributos con los que habitualmente se nos vende. Criticar radicalmente, en suma, el proyecto europeo sea en la versión Major, Kohl o Delors. En la selección de artículos que publicamos, dos analizan dos aspectos concretos de la problemática europea: las respuestas que se han venido dando a ella desde la izquierda (Javier Álvarez Dorronsoro) y las relaciones con la “otra Europa”, la Europa pobre del Este (Peter Gowan). Otros dos tienen enfoques más generales: situar la construcción europea en una perspectiva histórica global (Samir Amin) y criticar el neoliberalismo, es decir, la orientación económica y la ideología que ha orientado la construcción europea en los últimos años, cuya culminación ha estado, por el momento, en el afortunadamente marchito Tratado de Maastricht.

Directa e indirectamente, los problemas europeos están presentes en la extensa entrevista que Jesús Albarracín ha hecho a Nicolás Redondo y que los colegas de *Hika* nos han cedido amistosamente. Como disponemos de más espacio que ellos, hemos podido incluir una parte inédita de la entrevista, en la que Redondo habla de problemas específicamente sindicales. El dirigente de la UGT es una personalidad bastante transparente en la expresión de sus ideas políticas, dicho sea en su honor. Así que la entrevista no depara grandes sorpresas: su mayor interés está en la exposición sistemática de una pensamiento socialdemócrata que se toma a sí mismo en serio. Sin duda, las opiniones de Redondo serán muy discutidas por nuestros lectores; pero no nos parece un mal ejercicio que la izquierda alternativa dedique algún esfuerzo a reflexionar sobre lo que piensan otras corrientes de la izquierda, máxime cuando tienen gran influencia no sólo en el sindicalismo, sino en la sociedad.

Desde hace tiempo tenemos el propósito de ocuparnos regularmente de temas relacionados con el urbanismo o, más en general, la organización del territorio, una cuestión decisiva en la economía del capitalismo tardío que tiene un grandísimo impacto en nuestras vidas y muy escasa, aunque por ello mismo especialmente valiosa, respuesta social. Ramón Fernández Durán ha tenido mucho que ver con bastante de esas respuestas sociales y es además un estudioso del tema, sobre el que va a publicar próximamente un libro. El artículo que publicamos sitúa los problemas de urbanización en el Norte y el Sur dentro de las características centrales de la economía capitalista internacional. Concluye desarrollando un aspecto concreto de estos problemas, especialmente interesante tanto por su capacidad de subversión respecto al modo de vida occidental como por las posibilidades que ofrece de acción ecologista

(y ojalá de acción ecologista-sindical, en un futuro no demasiado lejano): la crítica de la «movilidad motorizada».

Las elecciones francesas han provocado una notable conmoción especialmente en la izquierda europea, aunque sus resultados fundamentales estaban previstos desde bastante tiempo. La caída del *mitterandismo*, un producto político típicamente francés, ha sido considerada con razón como la confirmación de la gravedad de la crisis de las organizaciones de la Internacional Socialista. Los intentos de solución de esta crisis que allí se ensayen tendrán una repercusión político-ideológica muy grandes en otros partidos socialistas europeos, todos ellos conscientes del agotamiento del discurso y de la práctica que han desarrollado en los años 80. Daniel Bensaid comienza a analizar estos problemas, a los que habrá que prestar mucha atención en los próximos meses. Además su artículo trata de otros dos debates de primera importancia suscitados por las elecciones francesas: el vertiginoso ascenso y caída de los verdes y la confusa encrucijada de proyectos en que se encuentra lo que se mueve a la izquierda del PS.

El informe de la Comisión de la Verdad ha vuelto a poner en primera página la situación de El Salvador. La capacidad de la jerarquía militar para imponer su impunidad incluso ante acusaciones tan evidentes y con tal respaldo internacional son un claro signo de las contradicciones y dificultades del proceso de transición. Iosu Perales que vive desde muy cerca los acontecimientos de El Salvador desde hace muchos años se ha propuesto en el artículo que publicamos hacer un balance en caliente de ese proceso de transición, tratar de comprenderlo desde el punto de vista de los intereses populares, evitar todo maniqueísmo, pero también el recurso simplificador habitual de los “balances globales”. Se ha atrevido también a entrar en los debates actuales del FMLN, una cuestión por definición polémica, pero que es imprescindible para intentar comprender cabalmente lo que allí está ocurriendo. La agenda de «desafíos y riesgos» que propone al final es una buena guía para seguir la evolución de los acontecimientos.

¿«Restaurar la esperanza»? El nombre clave del desembarco norteamericano en Somalia conectó con mucha gente conmovida por las matanzas y el hambre que día a día nos golpeaban con cada periódico y cada informativo de TV (decimos “nos golpeaban”. Somalia ha prácticamente desaparecido de los medios de comunicación, no porque hayan desaparecido sus problemas, por supuesto, sino porque lo que allí ocurre no forma parte ya de las «ilusiones necesarias», según los criterios de los monopolios de opinión). James Petras y Steve Vieux han levantado la alfombra y debajo no han encontrado ni una brizna de esperanza, pero sí en cambio unos intereses viejos y ocultos del imperialismo norteamericano en la región. Conocerlos ayuda a comprender en su verdadera dimensión estos acontecimientos y a prevenir sobre otras operaciones “humanitarias” presentes y futuras.

El cierre de la revista nos impide analizar los resultados del referéndum ruso. Nos comprometemos a publicar textos sobre este tema en próximos números. Pero nos ha parecido interesante situar el marco general de referencia, y en particular la situación de las Fuerzas Armadas, en que se ha realizado el referéndum y que, cualquiera que sea su resultado, van a seguir pesando en la crítica situación de la Federación Rusa.

En fin, la nueva sección de *Recortes* nos sirve para hacer una especie de trailer sobre temas de actualidad que se desarrollarán más adelante: el integrismo islámico, la crisis política italiana y el agravamiento de la crispación en Sudáfrica tras el asesinato de Chris Hani.

Sin ninguna razón de peso se ha establecido la costumbre de no comentar en esta nota introductoria los textos de la sección *Voces/Miradas*, y viceversa. Rompemos, aunque sea brevemente, esta mala costumbre.

Las fotos de Manuel Alcalde, además de su calidad y el calor humano que despiden, tienen la particularidad de estar ligadas a una actividad solidaria, en este caso, una Caravana de Solidaridad con el Pueblo Saharaui. No queremos en modo alguno establecer una orientación temática, o de cualquier otro tipo, para la sección: sólo queremos publicar buenas fotos. Pero nos gustaría contar de vez en cuando con fotos que surgieran de experiencias como las de Manuel Alcalde.

Imaginamos que el *Drácula* de Coppola habrá provocado entre nuestros lectores opiniones dispares y probablemente extremas. Por si esto fuera poco, nuestro colaborador Alberte Pagán no parece inclinado a los términos medios en materia de gustos cinematográficos, como recordarán los que leyeron su anterior colaboración en nuestras páginas. Su comentario a *Drácula* es casi una declaración de amor, como corresponde a una película apasionada. En cuanto podamos, se la enviamos a Coppola. Seguro que le gusta.



1 agenda

2 de abril. Pilar Rahola es designada primera candidata de Esquerra Republicana de Catalunya por Barcelona para las próximas elecciones al Parlamento español del 6 de junio.

A primeros de abril, Esquerra Republicana de Catalunya hacía pública la primera candidata de la lista por Barcelona a las próximas elecciones del 6 de junio al Parlamento español: Pilar Rahola. El hecho no tendría mayor relieve si no fuera por las reacciones que ha provocado. Numerosas y rabiosas. Antes de entrar en ellas, será mejor dedicar una presentación a la candidata. Presidenta de la Fundació Acta (grupo de estudios nacionalistas que se supone cercano a Convergència Democràtica de Catalunya), fue columnista diaria hasta el 4 de abril -fecha en que publica su despedida- en las páginas del periódico en lengua catalana *Avui*; se la califica como «joven escritora» y se la supone cercana a CDC. Algunas mujeres que la conocen han comentado a este redactor que es «*bastant bleada*», expresión catalana que se refiere a una persona falta de vigor y poco espabilada. Así pues, estamos refiriéndonos a un personaje, mujer en este caso, con un *pedigree* nada extraño, poco espectacular, cosa que es dicha sin el más mínimo tono socarrón: héroes y heroínas son la minoría. Además, «bienaventurados los pueblos que no necesitan héroes», según decía el que siempre queda bien citar, Brecht: pues eso.

Presentada la protagonista, veamos las reacciones a las que aludíamos en un principio. Visión que sin ser exhaustiva ocupará más espacio.

Por conveniencia nos atendremos al artículo titulado «*Ridiculum vitae*» y apareci-

do en *El País* del 5 de abril, el autor del cual es Ramón de España. Se elige a éste por comodidad: condensa cierto conjunto de escritos dedicados al mismo tema, y es fácilmente criticable.

R.E. atribuye a P.R. la redacción de «jeremiadas nacionalistas en el *Avui*». Estas lamentaciones exageradas de dolor (las palabras más o menos castizas vale la pena definir las lo más exactamente posible para que la jocosidad no confunda su significado) atribuidas a P.R. en lo que respecta al nacionalismo, constituyen una expresión de mala leche no disimulada. Son, sin embargo, inexactas.

Dichos y hechos. Las pocas docenas de veces que he leído la columna de P.R. no he encontrado ninguna «lamentación» nacionalista no justificada. Es más, en ningún medio de comunicación diaria pude leer nunca un artículo tan valiente dedicado a la joven independentista catalana Núria Cadenas, cuando se cumplía un año de su detención. Bien, se dirá, esto no contesta a lo afirmado por R.E. Por lo que se refiere a las «jeremiadas» creo que, en parte, sí lo contesta. Y en cuanto a lo de «nacionalista», lo contesta completamente: hay gente que es nacionalista y lo dice, otros no lo dicen y lo son.

P.R., por ejemplo, lo dice. R.E., por ejemplo, es de los que lo son y no lo dicen. R.E. es tanto o más nacionalista que P.R., pero es de los que se estirarían los cabellos ante tamaña afirmación -que se consideraría una acusación-. La experiencia constata sobrada y continuamente que hay cierta diferencia entre lo que una persona dice que es y aquello que es realmente. En el tema del nacionalismo es muy divertido hacer la prueba: gente autodefinida «apátrida», «cosmopolita», «universalista», «inter-nacionalista» y similares, es una defensora de determinadas naciones tanto o más que otra que se confiesa claramente nacionalista. La diferencia suele (atención: «suele», no «siempre») estar en que el primer grupo se identifica con naciones que tienen Estado, el segundo no. ¿Por qué?

Es difícil, y en todo caso no es el lugar adecuado, explicar las causas; pero es fácilmente comprobable.

Volvamos al artículo «*Ridículum vitae*». Su autor confiesa que la lectura de P.R. le produce una crispación tan grande «que la sangre se lo agradece». Es por esto que agradece a la candidata que «lo que le voy a tener que oír a partir de ahora por radio y televisión me va a mantener increíblemente vivo».

Resulta curioso que R.E. se vea obligado a oír a una señora que le crispa. A no ser que: a) acostumbre a hacer lo contrario de lo que le produce placer (o hacer exactamente lo que le aporta displacer); b) tenga alguien que lo obligue a ello, independientemente de su voluntad; c) tenga una voluntad caótica; d) haya hecho algún voto inconfesable. Sea como sea, R.E. sigue expresando mala leche.

R.E. se define al final del artículo como un tipo que «ya no distingue la izquierda de la derecha y, como el personaje de Shakespeare, no sabe ni quién es él ni quiénes son todos los demás». No siempre alguien se define tan claramente, si es que lo hace, como R.E. lo intenta en su artículo. Y además, lo que dice, y sólo en este caso, debe ser verdad. Un servidor se lo cree.

El peor independentismo. El artículo de R.E. condensa un odio -no se me ocurre una palabra mucho mejor- bastante común entre determinadas capas de la población

hacia el independentismo catalán. Es este odio al que Vázquez Montalbán aludía cuando escribió sobre no sé qué programa de televisión en el cual habían participado nacionalistas más o menos independentistas de varias naciones del Estado español. Quien más despertó la hostilidad del público que participaba en directo en el plató del programa fue Angel Colom que era el más tranquilo de oratoria, el más respetuoso y el más pedagógico. O sea, que no era achacable a los malos modos, a un carácter especialmente insultón... sino a que era catalán y además defendía la independencia de su nación. Fue Vázquez Montalbán quien lo escribió hace pocas semanas y un servidor se limita a recordarlo: no es un criterio de autoridad (en materias semejantes no me dirigiría precisamente a Vázquez Montalbán) sino una oportuna -o oportunista- constatación de letras anteriormente escritas en el mismo periódico que R.E. escribe las suyas.

Odio al independentismo catalán, representado en su gran mayoría (por suerte o por desgracia: eso depende de criterios) por ERC: esto es lo que refleja R.E. y un numeroso grupo que como él han opinado a lo largo de estas semanas sobre la nominación de P.R. como primera candidata.

ERC es un partido moderado en todo: se dirige electoralmente a sectores de CiU - éste es uno de los sentidos más claros de la nominación de P.R.-, hace gala de su interclasismo, predica la pedagogía contra cualquier tipo de imposición, defiende la vía democrática-constitucional para lograr sus postulados... Pero es independentista y esto es algo que R.E. y miles como él jamás podrán soportar. He aquí el fácil origen de tanto exabrupto. La defensa de la independencia de Catalunya (de los Països Catalans es ya un sacrilegio incluso para algunas izquierdas que no dudarían en calificar tal reivindicación como imperialista) duele de forma tan honda que tiene que ver más con irracionalismos que con razones mínimamente defendibles.

Meterse con P.R. es el recurso fácil y el pretexto coyuntural. El motivo de verdad es el otro. Que todo se haga con más o menos suciedad y con poquísima elegancia es algo con lo que hay y habrá que contar. Razones pocas, místicas a granel del tipo «sangre que agradece». Al fin y al cabo, nada nuevo. **Daniel Raventós**

18 de abril. En una entrevista publicada por el diario EGIN, ETA se manifiesta favorable a «una paz sin límites».

La larga entrevista con tres dirigentes de ETA que *Egin* publicó el domingo 18 de abril no es ni la más espectacular, ni la más significativa, ni la más representativa de las iniciativas que, en torno a la cuestión de la paz, se han venido desarrollando por estas verdes y húmedas tierras a lo largo de los últimos meses. Es, simplemente (y al margen de otros aspectos interesantes que también presenta por conceptos diferentes), la hasta el momento última cuenta de ese interminable rosario de movilizaciones, tomas de posición, acciones y ocurrencias diversas cuyo objetivo confesado y expreso es promocionar y/o defender la paz en Euskadi, la mayor parte de ellas promovi-

das, conviene decirlo, justamente por las fuerzas políticas más opuestas a ETA.

Un servidor, que es de natural más bien pacífico, tendería de manera espontánea a ver con buenos ojos esta multiplicación de gestos pacifistas. Al menos en sus aspectos más de fondo ya que, por desgracia, desde el punto de vista estético, muchos de ellos no suelen resultar demasiado gratificantes. Pero esto es cosa menor y secundaria: para los gustos están hechos los colores. Y sin embargo, tiene que confesarlo, no le agradan demasiado. Y es que para que la defensa de la paz no sea algo de un rigor intelectual y moral equivalente al de, pongamos como ejemplo, la perorata de un charlatán vendiendo hojas de afeitar un tanto oxidadas en una feria de pueblo, es obvio que debe haber guerra.

¿Qué guerra? La lucha por la paz, el discurso pacifista, cobra un sentido palpable, concreto y operativo cuando existe una conflagración bélica o, por lo menos, cuando el peligro de que tal cosa ocurra sea algo real e inmediato. Lo contrario se parece demasiado al hecho de emprender un decidido, radical, sacrificado e intransigente combate contra el hambre en el seno de una sociedad gastronómica.

¿Y hay tanta guerra por estas tierras nuestras como para que se multipliquen de esta manera las movilizaciones y los gestos en favor de la paz en Euskadi? La verdad es que, o trivializamos tanto la noción de guerra como lo pueda hacer Arguiñano con su «¡Guerra a los precios!» (no creemos que el bueno de Karlos esté pensando en echar mano de la metralleta para rebajar el presupuesto familiar destinado a la alimentación), o la cosa falla por los cuatro costados.

Una guerra es algo, por desgracia, bastante conocido a lo largo de toda la historia de la humanidad y su manifestación más evidente y dolorosa suele ser su elevado número de víctimas: todas las guerras han afectado sensiblemente las tasas de mortalidad de los países afectados mostrando una evolución de su demografía profundamente condicionada por los acontecimientos bélicos. Nada de esto ocurre ni en Euskadi ni, mucho menos aún, en el conjunto del Estado español: los quinientos y pico muertos que ETA ha causado a lo largo de los últimos 25 años dan una media anual de bajas que apenas llega a la veintena. Si hacemos un estudio epidemiológico de las causas de la mortalidad de la población (sea ésta la vasca o la del conjunto del Estado español) durante este período, comprobaremos, con una evidencia deslumbradora, que la supuesta *guerra del norte* está por debajo de centenares y centenares, de miles, de otras causas de fallecimientos de la población de esta sociedad nuestra. Y esto es algo que sólo puede ocurrir en las guerras de Gila, no en las otras, en las de verdad.

La primera conclusión que se desprende de este elemental examen es que en Euskadi no hay ninguna guerra, o que si la hay, ésta es de una dimensión tan absolutamente diminuta que se requiere un verdadero microscopio ideológico y extremadamente potente, y a la vez bastante interesado, para poderla observar en tanto que tal.

La segunda conclusión a la que tampoco es difícil llegar es que la paz de la que tanto nos hablan sus promotores, sean de la empresa que sean, y las hay de muy distintos colores, es algo que guarda la misma relación con la verdadera paz que la *guerra del norte* mantiene con una guerra de verdad.

Una eficacia simbólica. Si aquí no ha habido una verdadera guerra, sí que ha existido un rechazo social bastante significativo del orden político y social establecido

tras la muerte de Franco. Un rechazo cuyas raíces se hunden en una problemática compleja y profunda, que resulta imposible ni siquiera esbozar aquí, pero que tiene mucho que ver con el cúmulo de frustraciones de todo tipo (nacionales, democráticas y socioeconómicas) forjadas durante los primeros años de la transición. En este rechazo encontró ETA un caldo de cultivo favorable no sólo para que la mayoría de ella continuara la acción armada iniciada bajo el franquismo, sino para que, incluso, la acrecentara.

Sin embargo, lo verdaderamente significativo de este hecho no fue tanto la dimensión militar que adquirió el conflicto, que, salvo en algunos momentos, se mantuvo siempre dentro de unos límites muy estrictos (y a las cifras que antes mencionaba me remito), sino la justificación, comprensión, simpatía y apoyo que, en sectores bastante amplios de nuestro pueblo, encontraba ETA. La eficacia de la acción militar de ETA residía mucho más en el plano simbólico que en el del enfrentamiento bélico, en el sentido estricto del término. Era la guinda de un pastel, mucho más que el pastel mismo.

Y, en justa correspondencia con esto, la paz que la mayor parte de sus promotores defiende es también una paz simbólica y no una paz real, la cual, en realidad, por estas latitudes nunca ha dejado, en lo fundamental, de existir.

La actividad armada de ETA es el símbolo más visible de la insumisión de una parte de nuestro pueblo al orden establecido. Se trata de hacer desaparecer ese símbolo con la esperanza de que, de esta manera, todas las aguas vuelvan al debido cauce de la sumisión social. El hecho de que ETA participe también en este juego de la guerra y la paz muestra lo intrincada de la situación y la complejidad de las diferentes tácticas que ante ella cada cual utiliza.

El rey desnudo. Uno piensa que en el futuro tendremos ocasión de comprobar hasta qué punto esto es así. Cuando llegue la paz, y todo hace pensar que antes o después acontecerá el momento en que solemnemente se nos diga que ya, ¡por fin!, ha llegado, veremos cómo no ha llegado absolutamente nada.

Será un poco como aquel rey de la fábula al que un avisnado, pero poco escrupuloso, sastre convenció de que llevaba el más bello y suntuoso traje, cuando en realidad iba desnudo.

Aquí también cuando nos digan que la paz ha llegado seguiremos tan en pelota como hoy, aunque habrá, como en la fábula, un coro de interesados cortesanos que nos aseguren que estamos en un mundo nuevo y maravilloso. Y algunas gentes les creerán. Pero también habrá otras que, viendo la realidad tal cual es, digan como el inocente chaval de la fábula: «¡El rey está desnudo!». **Josetxo Fagoaga**

20 de abril. Según los resultados coincidentes de diversos sondeos, las expectativas de voto del PSOE y el PP para las elecciones del 6 de junio se encuentran en situación de «empate técnico»

La convocatoria de elecciones anticipadas ha venido a cerrar (¿definitivamente?) un ya largo período de Gobierno monocolor felipista. Pero con este fin de ciclo parecen concluir también más cosas como, por ejemplo, la involución de la socialdemocracia

y, lo que es peor, la de la gran mayoría de los partidos políticos.

Partido-cárcel. El tránsito del socialismo español desde un partido “reformista revolucionario” a otro neoliberal con ribetes progresistas ha sido un proceso que ha ido acelerándose a lo largo de los últimos quince años. Así, mientras el modelo original sólo resistió el tiempo en que tardaron en aprobarse la Constitución y los Pactos de la Moncloa, el liberal no se hizo esperar para imponerse, sobre todo tras la integración en la CE y el referéndum de la OTAN.

Pero lo más preocupante es que esa sumisión pragmática ante las presiones de los poderes trasnacionales fue acompañada de un cambio interno profundo. Porque, en un plazo relativamente corto, vimos cómo el PSOE pasaba de aspirar a ser un partido “de masas”, apoyado en un sindicato trabajador, a transformarse en *catch-all*, es decir, acaparador del mayor número de votos, y finalmente en lo que algunos llaman “partido-cártel”, caracterizado por vivir de la financiación estatal (y paralela...) y por identificar sus intereses con los del Estado en su conjunto. Es con este último modelo cuando la política se convierte en una profesión monopolizada por los que ostentan el control de las instituciones, mientras la base militante (los “creyentes”) se hace cada vez más molesta para el club de “notables”. Sólo caben las querellas de “familias políticas” por el reparto del poder, si bien, cuando está en riesgo su continuidad en él, esa polémica recurre a referencias ideológicas difusas. Quizás lo significativo en el caso del PSOE es que la autonomización de la élite estatal haya obligado a una parte del aparato partidario a representar la posición menos “neoliberal”, ante el temor de perder a un sector de su electorado “fiel”. Sin embargo, el cierre de filas ante el 6-J confirma que es mucho más lo que les une que lo que les separa, por lo que no cabe esperar nuevas tensiones hasta después de que hablen las urnas.

Circulación de élites. Pero no hay que dejarse llevar a engaño por las esperanzas de “cambio” que algunos pretenden crear. Porque la trayectoria del Partido Popular puede ser un viaje de ida y vuelta: pese a la renovación generacional y de parte de su discurso, el “núcleo duro” sigue siendo el que vivió o se educó en los valores del franquismo y del “fraguismo” autoritario. Sólo que su ambición por arrebatar el poder a los socialistas les ha ido transformando en un partido “catch-all” típico, a la caza de votos de cualquier sector, pero sin que su programa se distinga por algo que no sea más neoliberalismo y más control social. Eso sí, como vienen de la clase dominante y no de la de los «profesionales sin propiedades a la busca del éxito» (J. Petras), se pueden permitir denunciar con más firmeza fenómenos como la financiación ilegal.

Así que no nos dejemos confundir por la agresividad que caracteriza este inicio de campaña. Porque, en el fondo, lo que está en juego es la posibilidad de reanudar la famosa “circulación de las élites”, bloqueada por la prepotencia y la confusión entre Estado y partido que había generado el felipismo. Lo más probable es que en caso de que ganara el PP, muy pronto lo veríamos abandonar sus tímidas promesas de “cambio” para pasar a ser un representante de la faz menos atractiva de este Estado, con el apoyo además, esta vez incondicional, de la derecha económica.

Pero, como decía al principio y se confirma en el panorama europeo actual, el agotamiento del proyecto socialdemócrata, la tendencia al desdibujamiento de las

diferencias entre los grandes partidos y la personalización de las campañas en líderes "carismáticos" no son rasgos exclusivos del PSOE y del PP. Afectan también a otros, y todo esto contribuye a agravar la crisis de la política, fomenta el abstencionismo y favorece la desafección ciudadana por los asuntos colectivos. Sólo la reivindicación de una nueva idea de la política, buscando formas distintas de acción en la esfera pública y nuevos tipos de partido o movimiento político, puede ir reduciendo el alcance de esos fenómenos, permitiendo al menos concentrar en las formaciones que se acerquen a esos propósitos el voto de castigo o rechazo a los grandes partidos.

Incógnitas sobre IU. Mientras tanto, Izquierda Unida parece continuar debatiéndose entre la ilusión de unos en reconstruir una vieja izquierda con sectores del PSOE y las esperanzas de otros en emprender un giro radical en su política, en la que lo importante sería iniciar una estrategia de contrapoderes sociales. De los perfiles que vaya teniendo su campaña y, sobre todo, de cuál sea su actitud ante posibles ofertas postelectorales, depende mucho que el voto a esta coalición conduzca a nuevas frustraciones o, por el contrario, sirva de estímulo para resistir en mejores condiciones a los intentos de continuar con la vieja política por parte de las fórmulas gubernamentales que puedan surgir después del 6-J. **Jaime Pastor**



2 el desorden internacional

Francia

Los restos del naufragio

Daniel Bensaid

Después de las elecciones legislativas de los días 21 y 28 de marzo, Francia se reencuentra, tras doce años de poder socialista, con una mayoría de derechas sin precedentes en la Asamblea Nacional. Se ha hablado de terremoto, de estallido, de mar de fondo. Si nos atenemos a la estricta aritmética parlamentaria, es cierto. Pero si vemos las cosas más de cerca, la realidad es, como siempre, más contradictoria.

La coalición mayoritaria RPR-UDF ha obtenido el 41% de los votos emitidos en la primera vuelta y el 82% de los escaños. Teniendo en cuenta que no ha votado el 31% del censo, que ha habido un 5% de votos nulos y que el sistema de escrutinio mayoritario ha confiscado los votos ecologistas, del Frente Nacional y de la izquierda revolucionaria (en total, más del 30% de los votos emitidos), esta mayoría parlamentaria aplastante sólo representa al 26% del censo electoral y la Asamblea en su conjunto sólo a menos de la mitad. En París, mientras que el 45% de los electores votan, de un modo u otro, contra la coalición mayoritaria, entre 21 diputados elegidos hay uno solo de la oposición (socialista). Por término medio, un diputado del RPR pesa cuatro veces menos votos que un diputado del PS...

En realidad, la derecha parlamentaria ha mantenido aproximadamente su porcentaje de 1988 y la mayor parte de sus dirigentes han perdido votos en cifras absolutas. La amplitud de su victoria es producto, ante todo, del hundimiento del PS y de un sistema de escrutinio que, prácticamente, elimina las listas que no participan en una alianza con vocación mayoritaria. Por su parte el PC obtiene un 9%, con lo cual pierde todavía más terreno respecto a las últimas elecciones legislativas, pero recupera algo

en relación a las elecciones regionales y cantonales del año pasado. Consigue salvar así su grupo parlamentario.

Las dos enseñanzas importantes de estas elecciones, además de la amplitud del rechazo que ha sufrido el PS que trataremos más adelante, son la consolidación del FN y la derrota (respecto a las ambiciones anunciadas) de la *entente* ecologista que reagrupó a los Verdes de Antoine Waechter y Generación Ecología de Brice Lalonde.

Un entierro prematuro

Después de las elecciones regionales de 1992, los medios *I**, con su incurable frivolidad, habían comenzado a enterrar al FN con el pretexto de su fracaso en la conquista de la región Marsella-Niza. En esta región mediterránea que puede ser considerada como su feudo y su laboratorio, el estancamiento fue indiscutible. Pero enmascaraba una extensión y una homogeneización de su implantación nacional, y en particular los resultados superiores al 20% que había obtenido en localidades importantes de la periferia de París.

Ahora, pese a una campaña discreta, el FN ha obtenido cerca del 12,5% de los votos (frente a un 17,5% del PS). En 19 departamentos, de un total de 95, franquea la barrera del 25%. Sólo en tres departamentos queda por debajo del 5%. Decidió mantener en la segunda vuelta todos los candidatos legalmente posibles, sus candidatos se han aproximado o han superado el 40% no sólo en Niza y Marsella, sino también en algunas circunscripciones del Este y de la periferia de París.

Además, a diferencia de algunos aparatos electorales, el FN es un partido militante y ha confirmado, acentuando el contenido populista de su discurso, que en adelante se orienta hacia la conquista del electorado popular, entre los sectores excluidos y desfavorecidos.

La pendiente ecologista

En cuanto a los ecologistas, aunque su resultado, por encima del 7%, es más que honroso, no deja de constituir a sus propios ojos una terrible decepción respecto a las esperanzas por un momento acariciadas. En las elecciones regionales de 1992, los Verdes y Generación Ecología se presentaron separadamente. La suma de sus resultados se aproximó al 14%. En el curso de esta campaña, los sondeos llegaron a atribuirles hasta un 19%. Tres semanas antes de la votación, aún creían en la posibilidad de superar al PS. La misma víspera, se les pronosticaba un 12%. Todo ello ha provocado un mayor aumento de la desilusión.

La primera reacción defensiva de sus portavoces fue echar las culpas a la presencia de listas ecologistas "piratas" que habrían sembrado la confusión y logrado arrebatarse los votos. Es cierto que ante el ascenso de la fiebre ecologista en los sondeos, estas listas se multiplicaron. Algunas de ellas estaban manipuladas bajo mano, otras eran auténticas canalladas. Pero, en cualquier caso, la *entente* ecologista no puede pretender el monopolio del término "ecologista" (como tampoco el PS el del término "socialista" o el PC el del término "comunista"). Y la confusión juega un papel muy peque-

ño cuando los candidatos son los dirigentes de la *entente* que han contado con una mayor atención por parte de los medios.

Profundizando más, hay que constatar en primer lugar que el electorado ecologista potencial, compuesto en buena parte por desencantados de la izquierda, es muy inestable, flotante y versátil. No está estabilizado ni por una práctica social común (a diferencia de los verdes alemanes, al menos en sus primeros tiempos, los verdes franceses son un fenómeno institucional y mediático más que militante), ni por la adhesión a un proyecto claro. También hay que considerar que su campaña, sobre todo la protagonizada por Brice Lalonde, fue desastrosamente vaga y demagógica. En su discurso, la *entente* ecologista se presentaba como "antipolítica". Pero Lalonde fue ministro en el Gobierno Rocard (aunque no asume responsabilidades por su balance); además, dio cada día más claramente a su eslogan «ni derecha, ni izquierda» el sentido de "hacia la derecha o hacia la izquierda; con quien más nos ofrezca"; en fin, Lalonde apareció como un interlocutor privilegiado en las propuestas de alianza de Michel Rocard.

Pero la contradicción es más profunda y duradera. Mientras los ecologistas se presentan como independientes de la derecha y de la izquierda, mientras se sitúan "en otro terreno" y en el exterior de los problemas de alianzas, pueden captar la desafección hacia la política institucional, pero se instalan en el papel de un grupo de presión sin ambición mayoritaria. A partir del momento en que traspasan un umbral de credibilidad y se plantean el problema de acceder a las responsabilidades gubernamentales (como ocurrió en el curso de la campaña), un vago discurso medioambientalista no es capaz de ocupar el lugar de un programa y el juego de las alianzas políticas vuelve a mostrarse con toda su fuerza. Y entonces la *entente* mostró que no tiene ni principios, ni estrategia, ni raíces suficientes para hacer frente a estas responsabilidades.

En la primera reunión nacional de los verdes después de las elecciones, una mayoría cercana al 60% se pronunció en favor del abandono de la línea «ni derecha, ni izquierda». Frente al peligro de una Asamblea masivamente de derechas, esta mayoría se pronunció por una ecología explícitamente comprometida con la izquierda, pero probablemente bajo la forma de una alianza privilegiada y conflictiva con un PS renovado por Rocard. Este es el esbozo de una respuesta a un atolladero constatado. Queda por saber si tal respuesta no lleva al movimiento ecologista a otro callejón sin salida, en el cual perdería su originalidad para orientarse hacia un aliado de porvenir muy incierto.

Ricos, pero deshonestos

Se ha hablado mucho del voto de castigo a propósito de la caída del PS. Puede decirse así, siempre que quede claro que no se trata de un cambio de humor. A diferencia de la mayor parte de las experiencias anteriores (1924, 1936, 1945, 1956...), esta vez el Gobierno de la izquierda ha dispuesto de tiempo (doce años) y de medios institucionales y constitucionales sin precedentes (mayoría absoluta, presidencia, Gobierno) para aplicar su política. El resultado es un desastre social (paro y exclusiones se han ido extendiendo incesantemente en nombre de la Europa monetaria, de Maastricht y del franco fuerte) y de un desastre moral (la corrupción). Y en la izquierda, la moral

cuenta. O al menos, contaba. Eso era lo que quedaba, cuando nada se poseía. «Pobre, pero honrado», se decía.

Esta izquierda no ha sido derrotada; se ha deshonrado. No se ha estrellado ante lo que se llamaba «el muro del dinero»; creyó que podía treparlo. Un escritor y académico que no tiene nada de subversivo puede escribir hoy en forma de carta abierta a la *nomenklatura* socialista: «La izquierda no tiene derecho a tracionar la moral, único tesoro de los débiles, que hacen la tontería de seguir aferrados a él... La escuela que no distribuye oportunidades, la televisión débil, los patronos triunfantes, las desigualdades agravadas, la esperanza desmigajada: todo es vuestra culpa, incluyendo los halagos a los nuevos gobernantes, antes incluso de que hayan hecho o dicho nada. Es la lógica de los desastres. No le añadáis la indecencia de decir: habría que haber

Para acabar con el Frente Nacional

(...)Si nos referimos al sentido y uso teóricos del término, no es conveniente decir que el FN es fascista. Por el contrario, se puede perfectamente hacer un uso polémico y político del término, para estigmatizar al FN, denunciar los peligros que representa desde ahora para la vida política francesa y europea y advertir respecto a una posibilidad: si la burguesía recurriera a un régimen de Estado de excepción, el FN podría desempeñar un papel análogo, aunque no idéntico, al de los movimientos fascistas de entreguerras. Con el FN, la clase dominante dispone desde ahora de un equipo de recambio si necesitara romper con las formas “democráticas” de ejercicio de su poder, dentro de las cuales la alternancia entre la izquierda y la derecha satisface ampliamente, por el momento, sus exigencias.

(...)Es claro que los términos que la izquierda ha utilizado tradicionalmente para analizar los movimientos de extrema derecha en general y los movimientos fascistas en particular han tendido a ocultar su dimensión fundamental de irracionalidad. Aunque con algunas notables excepciones: pienso en el análisis clásico de Reich, *Psicología de masas del fascismo*, o en trabajos de la Escuela de Frankfurt sobre la “personalidad autoritaria”. La dificultad está en comprender cómo esta irracionalidad colectiva, este delirio de masas, son engendrados por los procesos sociales objetivos —crisis económica, disgregación del cuerpo social, impotencia del movimiento obrero, etc.— y por qué afectan más particularmente a ciertas clases sociales.

(...)Yo llamo “crisis del sentido”, a falta de una expresión mejor, a una de las matrices, junto con la crisis del Estado-nación, de esta irracionalidad de masas. Entiendo por “crisis del sentido” un hecho señalado frecuentemente: las formaciones capitalistas desarrolladas son incapaces de proponer a sus miembros un marco de referencia (de ideas, de normas, de valores) que les permita dar un sentido estable y coherente a su existencia, a su experiencia cotidiana. O al menos hacen esta operación muy problemática para un número creciente de individuos. Podemos comparar esto a una especie de crisis ideológica crónica, a un déficit de cohesión simbólica de la sociedad.

Evidentemente, esto no ha comenzado hoy. La crisis económica, con sus efectos de disgregación del cuerpo social, estallido de los marcos profesionales, sociales, geográficos, etc., ha reforzado considerablemente sus consecuencias. Entre ellas, hay que contar la difu-

hecho esto o aquello , seguid tras mis banderas apolilladas , vamos a reconstruir juntos ... Lo único que tenéis que hacer es callaros». (Bertrand Poirot-Delpech. *Le Monde*. 7 de abril).

El veredicto de las urnas no pone punto final al desastre. El PS vuelve a la oposición. No se trata sólo de un mal momento que pasará. Su crisis entra en resonancia con la de toda la socialdemocracia europea. Y la paradoja está en que la mayoría de sus dirigentes (Rocard, Fabius, Delors) estarían de acuerdo en el espíritu del *big-bang* deseado por Rocard, o dicho de otra manera, en la perspectiva de un partido demócrata a la americana rompiendo con las tradiciones, por tenues que sean, del movimiento obrero. Pero para eso haría falta un partido unido en torno a un proyecto y sobre todo aliados ecologistas y centristas difícilmente encontrables en medio de la fragmentación en curso.

Otros desearían más modestamente una modernización de un PS que, cambiando simbólicamente de nombre, asumiría francamente su vocación de socialdemocracia a la alemana. El problema está en que la propia base social de una operación como ésta es más que dudosa. Los bastiones electorales seculares de las grandes federaciones socialistas en el norte, el sudeste, en Marsella, han sido perdidos. No se construye una socialdemocracia alemana (nacida del pacto de posguerra, del plan Marshall y de los años de expansión) en cualquier momento, en situación de crisis, con un Estado del bienestar que se encoge dentro de las fronteras del Estado-nación, sin que pueda plantearse a corto plazo un nuevo despliegue de sus mecanismos en una Comunidad Europea que está ella misma amenazada de explosión.

A la espera del *big-bang*, el PS está por el momento a punto de caer en el agujero negro de la corrupción y de sus traiciones. La toma del poder por Rocard en detrimento de Fabius subordina todo proyecto de reconstrucción a una estrategia presidencial bastante dudosa, máxime teniendo en cuenta que tiene en su contra a la mayo-

sión de esos afectos negativos y reactivos (en el sentido nietzschiano) que son la angustia, la culpabilidad y la agresividad reactiva.

Lo que opera en la propaganda del FN, al menos es lo que yo trato de demostrar, es una síntesis de estos afectos en forma de resentimiento. El FN pone en escena este resentimiento y le propone escenarios fantasmagóricos, con sus temas de inseguridad ciudadana, decadencia y neorracismo. A través de estos temas, esta propaganda expresa la rabia impotente de todas las víctimas reales o potenciales de la crisis, ofreciéndoles una pseudoexplicación de sus desdichas (la anti-Francia: los inmigrados, los judíos, la izquierda, etc.), una identidad imaginaria (nacionalista), así como la promesa de salvación (la restitución de la grandeza de la nación).

Como se ha señalado frecuentemente, la adhesión al FN no es en absoluto un acto reflexivo. Por medio de esta noción de "crisis del sentido" he intentado comprender la situación general y estructural que crea las condiciones de este irracionalismo de masas, que no es más que expresión de la irracionalidad congénita de ese "mundo al revés" que es el capitalismo.

Alain Bihl

ROUGE nº 1.536/ 1 de abril de 1993/ París

ría de la fracción parlamentaria socialista y al aparato de algunas grandes federaciones. En ausencia de renacimiento del movimiento social, lo más probable es que se prolongue un periodo de dispersión de fuerzas y de tentativas unitarias, sin que un proyecto venza claramente a los otros.

Hemos empezado señalando que la victoria de la derecha era menor que lo que podía parecer a la vista de la distribución de los escaños parlamentarios. No es por ello menos peligrosa, máxime teniendo en cuenta que la mayoría estará bajo el aguijón de un Frente Nacional más que nunca en condiciones de pedirle cuentas y que encontrará audiencia incluso entre diputados, algunos de los cuales, bajo la etiqueta del RPR o la UDF, comparten ya algunas de sus ideas.

En lo inmediato, la nueva mayoría ha querido sobre todo manifestar su preocupación por no abusar de su triunfo. Hay en ello varias razones evidentes. Por una parte, sus dirigentes son conscientes de los peligros de una victoria un tanto artificial y de los riesgos de errores o de desviaciones que pudieran comprometer la marcha de Chirac hacia la presidencia. Por otra parte, sabe que la crisis no ha terminado y que será difícil hacerlo mejor que la mayoría saliente sobre la cuestión esencial del paro: ni la plataforma electoral, ni Balladur se han comprometido en ningún proyecto concreto: ¿cómo relanzar la producción por medio de trabajos públicos sin aumentar los impuestos y reduciendo el déficit presupuestario? En fin, hay en el seno de esta mayoría fracturas posibles si se agrava la crisis económica y política europea. La elección como presidente de la Asamblea Nacional de Séguin, duro enemigo de Maastricht dentro del RPR, es un indicio de la relación de fuerzas existente dentro de los diputados gaullistas.

Buena parte del futuro depende del porvenir europeo. Así por ejemplo, no puede decirse que sectores significativos del gran capital hayan apostado aún por el Frente Nacional. Éste es un punto esencial respecto a las tentaciones de analogías históricas. Pero en caso de explosión del proyecto europeo, nadie puede predecir lo que ocurrirá. En cualquier caso, habría una fuerte competencia entre un populismo gaullista y nacionalista y un populismo fascista a lo Le Pen.

En fin, todas las estrategias presentes deberán en adelante tomar en consideración el deterioro creciente del sistema de representación política. Cerca de un tercio de los electores inscritos no han ido a votar. Un joven de cada cuatro ni siquiera se inscribe en las listas del censo electoral. Más de un millón de personas en la primera vuelta y dos millones en la segunda han votado nulo. A todo esto se añade una distorsión sin precedentes entre la Asamblea elegida y el país real. Ésta no es ni representativa ni legítima. No estamos ante un simple accidente sino ante la traducción institucional de una ruptura más profunda del pacto social de posguerra, del sistema de redistribución y de protección social, de la relación entre los partidos políticos, sus militantes, su electorado y la sociedad misma. Más allá de los sobresaltos y las querellas de las *cúpulas* nacionales, sería especialmente revelador describir los efectos locales: proliferación de candidaturas "independientes", personalización extrema de la política, desgarros del tejido político. Mientras que las conmociones internacionales plantean grandes alternativas sobre Europa, la guerra y la paz, la ecología, el paro, los candidatos no se han pronunciado sobre prácticamente ningún proyecto, no han asumido ningún compromiso ante sus electores y han dedicado la mayoría de su tiempo a hacer campaña sobre los "intereses locales", como en unas elecciones regionales o municipales.

El editorialista de un gran semanario, tras desarrollar un amplio análisis de la situación, concluye con una serie de sugerencias «para que esto no termine en la calle». Y es verdad que “esto” puede acabar en la calle. ¿A favor de quién? Ése es todo el problema.

Refundar, renovar, reconstruir...

En los pedazos y migajas que quedan de la izquierda, todo el mundo habla de refundar, renovar, reconstruir... A su brutal manera, Rocard ha definido con su *big bang* una primera gran bifurcación hacia un partido demócrata de centro izquierda, sin lazos ni referencias de clase. Algunos, no solamente entre los socialistas, sino también entre los ecologistas y los disidentes comunistas, se han apresurado a responder: «¡Vamos a verlo!». Pero todo está ya visto. Rocard, en la oposición, puede dar un barniz de izquierda a su discurso. Pero no ha variado el proyecto desde 1978. Ha sido el campeón de la adhesión del PS al liberalismo antes del giro de 1983. La política aplicada por el actual Gobierno dirigido por Pierre Bérégovoy era su política.

Uno de los efectos curiosos de la situación es que ya no es vergonzoso ser minoritario, porque las minorías se multiplican como hongos. Las candidaturas de izquierda revolucionaria (LCR, Lutte Ouvrière) o las que provienen de disidencias comunistas o socialistas han obtenido, salvo excepciones locales, entre un 1 y un 3%. Si acumulamos sus resultados, podrían acercarse en algunos casos al 5%.

Ahora el paisaje es mucho más indeciso que el que se creó cuando la campaña unitaria por el no de izquierdas a Maastricht. Hay planteadas diversas propuestas.

Por una parte, los refundadores comunistas de Charles Fiterman (que siguen en el interior del PC) proponen unos encuentros de los comunistas, abiertos a todas las corrientes comunistas, para realizar un balance crítico y fundar un PC (con ese u otro nombre) renovado. Esta propuesta muestra una voluntad de proseguir prioritariamente el combate en el seno del actual PCF, tanto más teniendo en cuenta que no ha aparecido ninguna dinámica convincente en el exterior, que el PCF ha sufrido solamente daños limitados en las elecciones y que los refundadores ocupan un lugar no despreciable y con libertad de movimientos en el grupo parlamentario.

Por otra parte, el Movimiento de los Ciudadanos de Jean-Pierre Chevènement ha consumado su ruptura con el PS, aunque afirmando que no tendría sentido abandonar un partido que no existe... Es la única corriente que afirma claramente que la derrota del PS es el castigo por su abandono del socialismo. Pero añadiendo inmediatamente un himno sobre la nación y el retorno a los valores republicanos, mirando de reojo hacia los gaullistas anti-Maastricht. Este movimiento naciente, que cuenta en todo caso con una pequeña base militante, tendrá su conferencia constituyente en mayo y anuncia desde ahora su intención de presentar su propia lista a las elecciones europeas del año próximo.

En fin, la redistribución de posiciones dentro del movimiento ecologista apenas comienza. ¿Resurgirá bajo una u otra forma la corriente de los verdes que había participado en la campaña de izquierdas contra Maastricht? Frente a una propuesta de alianza privilegiada con Rocard, ¿puede constituirse una alternativa que evite recaer en un integrista ecologista difícil de mantener en adelante? No será fácil, pero tam-

poco puede excluirse. En cualquier caso, si debe haber refundación, harán falta muchos cimientos/**.

Y si debe haber reconstrucción, bueno será comenzar por trabajar. Mientras las grandes maniobras pivotan en torno a personalidades presidenciables, combinaciones y compromisos, el choque ha sido tan violento y el traumatismo tan profundo que nada sólido se podrá hacer si los principios no se sitúan por delante de la táctica, las convicciones sobre las oportunidades, el medio plazo sobre el corto plazo. Pese a todo, la campaña electoral ha permitido delimitar las grandes cuestiones de la actualidad en torno a las que puede irse forjando un proyecto con la necesaria claridad:

– ¿Cómo luchar contra el paro, qué política de empleo, qué organización del trabajo? (Hay que destacar que esta cuestión se ha impuesto como la de mayor urgencia para la población; cada vez más claramente, el problema del paro supera ampliamente, en este sentido, a la inmigración.)

– ¿Qué proyecto europeo e internacionalista contra Maastricht?

– ¿Qué ciudadanía frente a los integristas, el racismo, los corporativismos?

– En fin, frente a las amenazas que pesan sobre el planeta, ¿qué ecología y qué relación entre ecología y política?

Las respuestas a estas preguntas, no sobre los detalles tácticos, sino sobre las grandes líneas de orientación, pueden determinar las recomposiciones necesarias y las alianzas eventuales. Todo intento de poner el carro por delante de los bueyes, las coaliciones de aparatos o de microaparatos por delante del debate de fondo, sólo conducirían a nuevos desengaños.

**/Nota del traductor:* Hemos traducido la palabra francesa *médias*, cuya traducción correcta sería medios de comunicación de masas, por la expresión “medios” que se utiliza ya frecuentemente en castellano. Utilizamos también el galicismo “mediático”, en el sentido de efecto producido por los medios, discutible fonética y gramaticalmente, a falta de otra expresión breve más adecuada.

***/Nota del traductor:* El autor realiza aquí un juego de palabras más fácil de entender en francés que en castellano. La palabra francesa *fondation* tiene, como en castellano, el significado tanto de “fundación” (institución), como de “fundación” (cimientos). Hemos traducido buscando la claridad, aún a costa de romper el juego de palabras.

La hora de la transición

Iosu Perales

Los acuerdos de paz en El Salvador suscitan entre algunas gentes de izquierda no pocos temores. El mal y tardío cumplimiento por parte del Gobierno de compromisos sustantivos, tales como la depuración del Ejército y la distribución de tierras a ex combatientes y campesinos, extiende la duda acerca de las virtudes de la salida negociada a la guerra.

No creo que exista una respuesta infalible a esta inquietud. Probablemente no hay tampoco una sola respuesta. Si nos referimos al futuro, hay que admitir que nada está comprobado y, por consiguiente, no podemos saber si el camino abierto por los acuerdos de paz se irá ensanchando o cerrando. En cualquier caso, parece que es un camino lleno de trampas y de posibilidades.

Las condiciones de los acuerdos

Si nos referimos al pasado, creo que se puede ser mucho más preciso. Dejando a un lado toda duda acerca de la voluntad revolucionaria del FMLN, su firma de los acuerdos de paz, creo que puso de relieve que:

– No era probable una victoria militar de la guerrilla, al menos en un tiempo prudencial. En la mejor de las hipótesis, el FMLN hubiera obtenido un poder confrontado a una nueva guerra con Estados Unidos y a una guerrilla de derechas.

– El desgaste humano de una guerra ya prolongada comenzaba a manifestarse dentro y fuera de la guerrilla de un modo notable, sobre todo a partir de la ofensiva de finales de 1989.

– La guerra exigía en los últimos años costos económicos muy elevados, difíciles de obtener, como consecuencia del grado que había llegado a alcanzar.

– Tras la derrota sandinista el FMLN sumaba dificultades de todo tipo: de orden material, en la medida en que Nicaragua había sido un territorio amigo; de orden político, porque la derrota sandinista lo era de toda la izquierda en la región y contribuía a aislar a las guerrillas de El Salvador y Guatemala; de creencias en algunos sectores de la izquierda, al ser golpeada la fe en el triunfo frente a un enemigo poderoso.

– Se vislumbraba el peligro de un declive del FMLN.

De modo que el desenlace de la guerra por medio de una negociación larga y compleja, tiene un carácter defensivo. Legítimo, seguramente necesario, pero defensivo. Es decir, no se da en condiciones de superioridad del FMLN; no se da tras haber ganado una gran batalla. Componente defensivo que lo es también para la derecha gobernante y su ejército, incapaces de ganar la guerra.

Ahora bien, lo cierto es que no se negocia la paz desde una posición de derrota. No se acepta cualquier cosa. El FMLN ha sabido mantener en todo momento una posición de principios al ir siempre a las causas que dieron origen a la guerra; y ha sabido administrar una fuerza real para imponer reivindicaciones de mucha profundidad.

Si miramos, pues, hacia atrás y nos hacemos la pregunta de si la firma de los acuerdos fue un acto acertado, todo indica que efectivamente lo fue. El tiempo corría, probablemente, en contra de la guerrilla en las nuevas condiciones regionales. La continuidad de la guerra era un riesgo demasiado elevado; era el momento de rentabilizar toda la fuerza acumulada en doce años de lucha armada.

Una encrucijada

¿Y el presente? ¿Cuáles son los efectos de los acuerdos en la actualidad? El presente es una encrucijada de caminos en la que el pasado y el futuro se dan cita. Lo bueno y lo malo, la fe y la incredulidad, la esperanza y el temor, están presentes a un tiempo como en la *Historia de dos ciudades* de Dickens.

En el presente se visualizan cambios notables, reformas. Un movimiento que para algunos es la modernización de lo existente y para otros es una transformación, o sea algo más profundo. Una discusión que no es de palabras y que afecta al interior del FMLN. Pero hay al mismo tiempo signos de desconfianza. La hay en sectores del campo que esperan una buena solución al problema de la tierra como prueba de la bondad de los acuerdos de paz; la hay en sectores del FMLN que son conscientes que el actual proceso democratizador puede instalarse, acomodarse y detenerse, y dar lugar a un proceso posterior de pérdida de energías transformadoras.

El presente está tan lleno de lo cotidiano, de dinámicas urgentes, de reuniones de seguimiento técnico de los acuerdos, de servidumbres económicas para resolver cómo dar de comer y de vestir a miles de ex combatientes; tan lleno de urgencias, que apenas deja ver el futuro. Y en ello está la grandeza de un presente repleto de activismo, de ilusiones, y la fragilidad de una transición que requiere ser pensada, que requiere mucha conciencia anticipadora.

El presente es también tiempo de crisis. Una crisis que afecta al pensamiento y a la unidad del FMLN. Dos puntos de vista se desencuentran a menudo en el momento de tomar posición ante problemas concretos y difieren en la concepción general de la transición y probablemente en los objetivos finales. Lo que les separa está en el centro de las discusiones que mantiene la izquierda latinoamericana acerca de cómo hacer la revolución y de cuál debe ser el contenido de la revolución. Pero, en el caso salvadoreño, una de las partes está precipitando lo que debiera ser un debate sosegado, con peligrosos acercamientos al centro-derecha.

Los riesgos de la desmovilización

¿No es verdad que, una vez desmovilizado el FMLN, el Gobierno goza de ventaja para no cumplir con los acuerdos? Aceptando que la firma de los acuerdos de paz fuera lo correcto, esta nueva pregunta tiene sentido.

Sí, creo que el Gobierno tiene ventajas, al menos relativas y aparentes. Una buena prueba de ello es el asunto de la depuración de los militares. Existía un preacuerdo consistente en que el Gobierno acataría la propuesta de la comisión ad-hoc de eliminar del Ejército a 117 jefes y oficiales. En este preacuerdo participó Naciones Uni-

das. Pero llegó el día 1 de enero, fecha prevista para la orden de cambios militares y el presidente Cristiani, cediendo a las presiones de los cuarteles, hizo una leve depuración. La mayoría de esos jefes y oficiales han quedado en sus puestos. Cristiani propone un proceso escalonado que culminaría en mayo de 1994. En esa fecha él abandonará el Gobierno y junto con él lo harían ocho jefes -entre ellos René Ponce-, no en forma de depuración sino de misión cumplida. Esta jugada la hace Cristiani cuando ya el 15 de diciembre el FMLN quedó desmovilizado, a falta de entregar 156 misiles tierra-aire. Este hecho es un ejemplo de que la pregunta que nos hacemos no es de poca importancia.

Sin embargo, la presión de una de las partes del FMLN, afincada en principios morales y políticos loables, no permitirá a Cristiani lograr sus objetivos. La depuración tendrá que darse más pronto que tarde, aunque para ello sea preciso utilizar mecanismos paralelos de perdón.

Pero el problema no se agota en la relación de fuerzas entre el Gobierno y el FMLN.

El nuevo escenario de un FMLN convertido en fuerza política -la guerra fue un factor de unidad interna de la guerrilla- afecta asimismo a la unidad. La ventaja del Gobierno se traslada al corazón del FMLN y se convierte en un arma que dispara contra la unidad, en la medida en que las estratagemas del Gobierno introducen presiones al interior del FMLN que favorecen el surgimiento de actitudes menos resistentes, conciliadoras.

Una vez más lo hechos: Joaquín Villalobos y el ERP propusieron aceptar la orden presidencial sobre la depuración del Ejército tal y como fue dada, y negociar a cambio un paquete de tierras, becas para jefes y un canal de TV. Esta posición fue ratificada con posiciones públicas de Villalobos ante prensa norteamericana y medios nacionales. Resistencia Nacional tomó la misma postura. Las FPL, el PC y el PRTC tomaron la posición contraria e insistieron en que la depuración debe darse tal y como estaba prevista. Su lógica es aplastante: no se debe permitir que los militares impongan una vez más sus condiciones al país y a las fuerzas políticas; es inaceptable negociar ventajas materiales a cambio de una depuración que significa mucho para el contenido de los acuerdos de paz, hipotecando el futuro de la democracia. Una posición, esta última, que está bajo bandera de Naciones Unidas. Su secretario general, Butros Galhi, ha pedido a Cristiani el fiel cumplimiento de los compromisos contraídos.

La división en este punto demuestra una división mayor en el FMLN. No creo posible que se resuelva esta contradicción sin lesionar gravemente a la unidad.

Las corrientes internas de signo moderado, en el interior del FMLN, despliegan sus velas en la creencia de que encontrarán buena acogida entre los demócratas norteamericanos y en la burguesía nacional no derechista. Pero de momento las cuentas no les salen: están sembrando de problemas la unidad del FMLN y fuera de él sólo cosechan desconfianzas -tal vez por la misma trayectoria incoherente de dirigentes como Villalobos. Solamente en un sector de la Democracia Cristiana parecen haber encontrado un espacio de acogida.

Se vislumbraban hace tiempo al menos dos líneas dentro del FMLN. Tal vez sea positivo que sea ahora cuando haya estallado una crisis que se esperaba antes o después. La clarificación de quién es quién en el interior del FMLN permitirá una recomposición de la unidad, lo que hubiera sido más complicado en el futuro.

Las dificultades en el cumplimiento de los acuerdos no debe dar lugar al escepticismo, a una actitud nihilista. Tienen mucho de positivo. Si se leen detenidamente, llama la atención la importancia de lo logrado en un contexto internacional particularmente negativo para la izquierda.

Profundas reformas democráticas

En primer lugar mejoran sustancialmente la vida de la gente. Puede parecer poca cosa para los pensadores de revoluciones, pero es una gran cosa. Estamos hablando de un país con casi 170 años de dictaduras sucesivas; de violaciones a gran escala de los derechos humanos; de exclusión de las mayorías de todo derecho de voz; 170 años de asesinatos políticos, de injusticias extremas. Los acuerdos de paz han disuelto cuerpos de policía y batallones genocidas del Ejército. Han mejorado, al menos por el momento, el respeto a los derechos humanos. La izquierda actúa en el país con los beneficios de la legalidad. Los medios de comunicación se pluralizan. Las reformas constitucionales afectan a los ámbitos de la justicia, de lo electoral, de los derechos individuales y colectivos.

En segundo lugar, aun cuando los poderes tradicionales siguen siendo sólidos, se han visto desplazados. Ya no manejan unilateralmente el poder. Necesitan concertar, consensuar. Tendrán que medirse electoralmente con la izquierda.

En tercer lugar existe un consenso y una decisión social en contra de un Ejército poderoso, propietario del poder. Se abre un proceso que puede poner fin a su hegemonía. Por eso es importante que se cumplan las condiciones de depuración y reducción.

En cuarto lugar, la tierra. Con seguridad no se logrará lo que se desea. La reforma agraria seguirá siendo, tras el cumplimiento de los acuerdos, una de las principales reivindicaciones populares. Pero se están consiguiendo algunos resultados: cantidades repartidas a propietarios individuales y colectivos; tierras que deberán ser repartidas tras el inventario de la ONU; extensiones superiores a 245 hectáreas que, según la legislación, ya existente deben ser entregadas a campesinos sin tierra; propiedades actuales en manos de ex combatientes y/o de bases civiles de la guerrilla que deberán ser legalizadas. Todos los créditos para el pago de la tierra son bajo las siguientes condiciones: 30 años de plazo, 6% de interés anual, 4 años de gracia.

Es verdad que hay muchos problemas. Algunos de ellos son: los bancos favorecen los créditos a los tenedores individuales; hay tierras ocupadas por ex combatientes cuyos propietarios son campesinos medios; los terratenientes dividen sus propiedades superiores a 245 hectáreas para entregárselas a campesinos que están a su servicio y de ese modo burlar la ley de reforma agraria; la voluntad del Gobierno no es decidida; hay tierras hipotecadas a los bancos que son difíciles de entregar...

Sin embargo el tema de la tierra está en candelero; hay movimientos de ocupación y lucha; existe una conciencia de que hoy es posible conquistar la tierra en mejores condiciones que antes de la paz. Antes la gente moría fácilmente por reclamar la tierra; ahora puede gritar, organizarse, combatir por la tierra.

Pero si hablamos del valor de los acuerdos, hay que considerar lo siguiente: si en la izquierda hay una lectura positiva que pone el acento en la democratización del país, hay en la derecha y en Estados Unidos una lectura propia de signo contrainsurgente.

No cabe una única apreciación, unilateral, de los acuerdos, sencillamente porque los desenlaces más de fondo están por venir y serán el fruto de una correlación de fuerzas. De modo que siendo verdad que los acuerdos son positivos ello habrá de confirmarse en el futuro, pues lo que la derecha se propone es cooptar al FMLN por medio de los acuerdos, hacer que se inserte en la vida institucional, en el ámbito parlamentario, e ir eliminando de la izquierda toda energía revolucionaria, toda voluntad de lucha radical.

El valor reformador de los acuerdos es grande. Es verdad que está mediatizado por los peligros, pero no cabe, a mi juicio, poner en primer plano el escepticismo o el lado oscuro, y dejarnos gobernar por la duda. Al contrario, este es un momento de ir a la ofensiva en El Salvador, de lanzarse a ocupar espacios sociales y políticos, de imponer nuevas legalidades, e ir rápido a la articulación de un amplio movimiento popular que luche por la tierra y por otros objetivos. Ello requiere de un alto grado de entusiasmo, que es el que miles de salvadoreños están poniendo de relieve en estos días.

La revolución y la unidad, en la incertidumbre

¿Cuál es la relación entre los acuerdos y el proyecto revolucionario de la izquierda salvadoreña?

En el FMLN una tesis promueve una tendencia a adaptarse y hacerse funcional; la necesidad de estabilidad. Parte de la idea de que en lo sustantivo la revolución democrática es ya una realidad. Se apoya en el fracaso de las economías de planificación para consagrar el libre mercado como mecanismo económico que puede corregir sus defectos y ser la base de un proceso consensuado hacia el socialismo. Defiende que el Estado puede ser neutral y que de hecho comienza a serlo en El Salvador.

Otra tesis reconoce que los cambios actuales pueden ser reversibles y por ello concibe el proceso democratizador como un movimiento sin fin que requiere de la lucha por nuevos logros. Pone el acento en la lucha y en la ambición transformadora. Rechaza el libre mercado como la fórmula inevitable y necesaria y pone énfasis en tres criterios: una economía con funcionamiento democrático, de tendencia igualitaria y eficaz. Rechaza la idea de un Estado neutral y de un avance consensuado al socialismo cuyo itinerario lo vislumbra lleno de rupturas.

Estas tesis se oponen, difícilmente son reconocibles. Chocan frecuentemente. Lo hacen en el momento de evaluar el cumplimiento de los acuerdos. Ello tiene repercusiones públicas (declaraciones de dirigentes, comunicados, artículos de opinión...) Se confrontan, asimismo, en el campo de la definición de tareas. Por ejemplo, Villalobos apuesta claramente por la participación de la izquierda en la iniciativa económica privada. Propone una estrategia tendente a construir un poder económico de la izquierda que compita con la derecha tradicional.

Las diferencias se manifiestan también en la concepción de lo que hay que construir electoralmente: una fuerza de centro con peso de la izquierda; o una fuerza de izquierda con participación del centro. O sea, se discute, o irse al centro o atraer al centro. Las dos tesis tienen una posición diferente ante Estados Unidos. Una de ellas asegura que la izquierda no ha entendido a Estados Unidos y hace un cierto elogio de Clinton. Otra considera que la naturaleza imperialista de Estados Unidos no se ha modificado, aunque sí su posición en el conflicto de El Salvador, debido a sus pro-

pios intereses en la región. Para una el antiimperialismo es cosa del pasado; para la otra es algo actual y lo será en el futuro.

Particularmente me llama la atención el hecho siguiente: quienes en el pasado más apostaron por una estrategia militarista; quienes pusieron más énfasis en la propaganda en la necesidad de conquistar todo el poder; quienes más se empeñaron en llamar ofensiva final a la de noviembre-diciembre de 1989, son los que ahora corren de prisa a despojarse públicamente de sus creencias anteriores con el objeto de presentarse como modernos gestores de la democracia. El libro de Villalobos titulado *Una revolución en la izquierda para una revolución democrática I** no es sólo un despropósito complaciente con la economía de mercado, es un ejercicio manifiesto de deshonestidad con su propio pasado y con el del FMLN.

Dicho lo anterior parece que hay que preguntarse sobre las posibilidades de la unidad. ¿Continuará siendo el FMLN el marco de unidad de la izquierda salvadoreña?

Ninguna de las cinco organizaciones del FMLN tiene en la actualidad una respuesta consistente a esta incertidumbre, a pesar de haberse elegido recientemente los cargos internos del FMLN, saliendo coordinador general Shafic Handal. La unidad está pasando por pruebas muy duras y no cabe subestimar ningún desenlace. Hasta hace muy poco tiempo el FMLN se presentaba como ejemplo de un nuevo tipo de fuerza revolucionaria, distinta al partido clásico.

– Combinaba la existencia de cinco estructuras partidarias con una superestructura de partido. Como un partido está inscrito en el registro electoral.

– Ponía el acento en un pluralismo que superaba toda inclinación al discurso unánime. Pluralismo que aspiraba a tener un pensamiento común en términos de programa y diversidad en cuanto a ideologías.

Hoy en día el programa es motivo de fuerte debate. Las concepciones acerca de la revolución misma se desencuentran. La tendencia de las estructuras partidarias es, como consecuencia, a poner énfasis en intereses propios que lesionan a la estructura común.

No quisiera dar la idea de que la separación es irreversible. Señalo las dificultades. En líneas generales hay tres posibles rumbos:

– Regresar a una mayor unidad democratizando el debate en todo el FMLN y hacer que las bases se manifiesten. Sería una manera de superar las divisiones entre dirigentes que no sabemos, en algunos casos, hasta dónde son representativos. También cabe un acuerdo entre los dirigentes.

– Mayor separación y, por lo tanto, posibilidad de una ruptura que no sabemos en que forma dejaría al FMLN o si este desaparecería.

– Replantearse un nuevo FMLN, sobre la base de aceptar importantes diferencias. En síntesis, sería hacer de la estructura unitaria una especie de alianza-coalición, renunciando a hacer de ella un partido de nuevo tipo.

No sé cuál de estas hipótesis tiene más futuro, pero parece más realista la última de ellas.

De momento hay una fuerte lucha de líneas que es rehén de una unidad que tiene un déficit de democracia interna, en la medida que no se pueden resolver las diferencias en términos de mayorías y minorías, sujeto como está el Frente a un pacto de cinco organizaciones muy desiguales en tamaño y peso social (FPL, 40%; ERP, 25%; PC, 20%; RN, 10%; PRTC, 5%, según censos presentados ante la ONU con motivo de la desmovilización).

Para terminar, me parece de interés referirme a algunos problemas o desafíos que se le plantean al FMLN en el nuevo escenario político de El Salvador.

Otros desafíos y riesgos

Elecciones. Aspirar a ganar la mayoría en marzo de 1994 supone consagrar el máximo de fuerzas al logro de ese objetivo. Ello puede dejar en lugar más secundario otras tareas sociales, el movimiento popular, etc. La actividad orientada a las elecciones implica bajar muchos cuadros a esa tarea, descubrir bastante la propia estructura y conseguir mucho dinero.

La mayoría la tendrá quien conquiste el mayor trozo del centro social. Ello plantea la necesidad de evitar cualquier intento de montar un centro. El debate en el FMLN se plantea así: *incorporar al centro o incorporarse al centro.*

Riesgo de la lucha por el voto del centro: una cierta desnaturalización de la izquierda.

Gobierno. Si el FMLN gana el gobierno puede tener la dificultad de no poder utilizarlo para fines revolucionarios de una manera satisfactoria. Entonces se planteará la siguiente cuestión: o adaptarse para alimentar estabilidad y equilibrio entre poderes; o profundizar la lucha, tensionando la realidad y produciendo desequilibrio.

Si el FMLN entra de lleno en el campo de las reformas, antes o después entrará en el terreno de la revolución política.

En el Gobierno el FMLN tendría la siguiente disyuntiva: administrar la crisis económica de la mejor manera posible, renunciando por largo tiempo a un programa de transformaciones; o vencer las resistencias de la oligarquía, de las fuerzas del dinero, de las ideas de derechas, y, apoyándose en el movimiento popular, ir a transformaciones profundas.

Flojos resultados electorales. Los malos resultados electorales traerían consecuencias importantes para la unidad. Desde luego puede darse el fenómeno de que el FMLN sea para mucha gente algo necesario para luchar, pero no una alternativa de Gobierno, al intuir que un Gobierno de izquierdas problematiza las relaciones con Estados Unidos, con el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

Acción institucional. Al FMLN se le plantea el peligro de ser cooptado por la vida política representada en las instituciones. La acción política es un campo de minas. Si te aspira —como un aspirador—, te desnaturaliza. Es necesario ir a las instituciones para cambiarlas, para cambiar su relación con el pueblo, no para insertarse en ellas sin modificarlas. La vida política actúa de caja de resonancia y como amortiguadora de los problemas de la sociedad; es frecuentemente un mecanismo desviador de los conflictos sociales.

En fin, habrá que ver cómo el FMLN sortea el peligro de sumarse a eso que se llama clase política y a la burocracia estatal permanente; habrá que ver cómo su gente más prominente evitar ser cooptada, después de años de una vida abnegada en las montañas.

Se pueden señalar otros desafíos. Estos son algunos ejemplos. Naturalmente, sería malo e injusto poner el acento exclusivamente en las dificultades. Lo hacemos como un ejercicio necesario y sobreentendiendo algunas ideas tales como:

- En el FMLN hay voluntades revolucionarias inequívocas.
- En el FMLN hay inteligencia, experiencia notable, habilidad para afrontar lo difícil.
- El FMLN tiene un importante prestigio social.

*/ Ver el comentario de este libro en las páginas 103-108 de *VIENTO SUR* nº 6.

Somalia

La invasión, detrás del decorado

James Petras y Steve Vieux

El incontestado punto de vista de los medios de comunicación mayoritarios es que la intervención de EEUU en Somalia es estrictamente humanitaria, libre de cualquier interés estratégico secreto. Pero esto se contradice con los indicios evidentes de que los países occidentales, y particularmente EEUU, le han suministrado ayuda política y militar a los "matones" somalíes (y de otras zonas del Africa subsahariana) y han observado cómo le hacían cosas terribles a su propia gente sin manifestar mucho entusiasmo humanitario.

Existen por lo menos tres motivos fundamentales que justifican la intervención de EEUU en Somalia, ninguno de los cuales tiene nada que ver con asuntos "humanitarios".

El factor político nacional

Una de las razones para la intervención de EE UU en Somalia fue el rechazo del electorado al intento de George Bush de preservar las pretensiones presupuestarias del Pentágono, incluyendo su intervencionismo agresivo. La política de Bush sobre Somalia no surgió por casualidad después de una campaña electoral en EEUU dominada por la preocupación mayoritaria por el estancamiento de la economía nacional y el menguante apoyo, entre los votantes, al desvío de fondos para operaciones militares fuera de sus fronteras. En su discurso de despedida en diciembre en la Universidad Cristiana de Texas, Bush aludió claramente a estos sentimientos intervencionistas: «Oímos algunas voces que suenan a retirada. Hemos llevado esta carga demasiado tiempo, dicen. La desaparición del desafío soviético significa que América puede retirarse de sus responsabilidades internacionales. Otros aseguran que las necesidades nacionales imposibilitan una política exterior enérgica».

Ante la opinión cada vez más extendida a favor del abandono de la "carga" de las políticas imperiales, Bush se refirió a la falsa dicotomía entre una política intervencionista en defensa de altos principios morales («si no respondemos a catástrofes humanas masivas como la de Somalia, el alma de nuestra nación se marchitaría») y una política aislacionista que sometería al pueblo americano a nuevas y amenazadoras fuerzas. Podemos considerar la intervención en Somalia, ayudada y promovida por los medios de comunicación, como una forma de apuntalar el apoyo público al papel de gendarme mundial por el que Bush siempre ha abogado, al mismo tiempo que instrumento para imponer las prioridades y el marco político para la Administración Clinton.

El elemento geopolítico

La aceptación en los medios de comunicación de una intervención de EE UU en el Cuerno de África desinteresada y libre de cálculos estratégicos contrasta fuertemente

con una declaración presentada durante las sesiones del Senado de EEUU sobre el presupuesto de Defensa de 1991 por el general H. Norman Schwarzkopf, entonces jefe del Mando Central de EEUU (USCENCOM), que cubría el sudeste asiático, la península arábiga y el Cuerno de África: «Como las economías del mundo libre dependen cada vez más del flujo ininterrumpido de petróleo del sudeste asiático, EEUU tiene un interés vital en mantener un acceso sin restricciones a los Gobiernos, gentes y recursos de esta región... Esta inestable región contiene un 77% de las reservas de petróleo del mundo libre. Mientras algunos cálculos indican que nuestras propias reservas que se puedan explotar económicamente podrían agotarse en un plazo de 20 a 40 años, a la región del golfo Pérsico todavía le quedan más de 100 años de reservas, quedando aún por explorar muchas zonas prometedoras».

Además de destacar la importancia de la región para mantener el acceso al petróleo, esta declaración señalaba las consecuencias de un conflicto en la zona: «La vía marítima del mar Rojo y sus dos entradas estratégicas están en el centro de los intereses de EEUU, allí donde África y Asia convergen... Cualquier conflicto en esta inestable subregión podría sobrepasar las fronteras nacionales y cerrar completamente el Bab el Mandeb [el paso en el extremo sur del mar Rojo que lleva al golfo de Aden] a los barcos del mundo libre».

Schwarzkopf también citó la cada vez mayor importancia estratégica del control de la región en el futuro: «La ruta del mar Rojo y Bab el Mandeb cobrarán incluso mayor importancia a medida que aumente la capacidad de gobierno y exportación de las instalaciones de Yanbu [Arabia Saudita] para el transbordo de petróleo. Para mediados de los 80, trabajando al máximo, el 90% de las exportaciones de petróleo saudita y el 40% del iraquí podrían viajar desde Yanbu a cualquier destino del mundo. La mayor parte de este petróleo tendrá que pasar por el Bab el Mandeb porque los superpetroleros son demasiado grandes para el Canal de Suez».

Según Schwarzkopf, la estrategia en tiempos de paz (sic) de EEUU en la región se basa en nuestra «presencia, operaciones coordinadas y ayuda en cuestiones de seguridad». «Nuestra presencia», como la ha definido Schwarzkopf, «es el símbolo visible del continuado interés de América y su preocupación por la región. Se trata de algo más que de simples fuerzas militares. Programas de asistencia humanitaria, conferencias, programas de formación e intercambios... constituyen nuestra presencia y son los elementos clave para mantener estrechas relaciones con nuestros amigos en toda la región». Su propósito es demostrar «la resolución de EEUU de proteger intereses regionales vitales».

Schwarzkopf incluyó una valoración, país a país, de los intereses de EEUU en la seguridad de la región que permite entrever unos motivos distintos y más concretos de la intervención en Somalia: «El acceso a las instalaciones de Somalia continúa formando parte de la estrategia regional del USCENCOM».

Los informes llegados de Somalia desde el comienzo de la intervención indican que las operaciones estadounidenses de mejoras de la infraestructura para distribuir las provisiones a la población hambrienta podrían destinarse a otras funciones en el futuro. El *Washington Post* informó que la operación había comenzado con una «obra de ingeniería gigantesca, que ocupaba las 24 horas del día, para la creación en la capital, Mogadiscio, de instalaciones portuarias y de aterrizaje adecuadas». Se estaban llevando a cabo planes para la preparación del puerto y del aeropuerto de Kismayu

(John Lancaster, "US Plans Somali Base", 4 de diciembre de 1992, p. A1). Están enviando cuatro unidades Seabee de la Armada, especializadas en trabajos de construcción, «para varias edificaciones en Somalia» (*Boston Globe*, "Pentagon Steps Up Somalia Deployment", 6 de diciembre, p. A1).

Neutralizar el fundamentalismo

En su deseo de establecer un poder sin rival en el Cuerno de África, una de las metas de Washington es la neutralización de Sudán. Desde 1989 Sudán ha estado gobernando por el fundamentalista Frente Islámico Nacional, y se halla en medio de una guerra civil con el Ejército Sudanés de Liberación Popular, que tiene su base en el sur cristiano y animista. Sudán apoyó a Irak en la Guerra del Golfo. El Gobierno sudanés también mantiene una estrecha relación con Irán. Irán le ha concedido a Sudán unos 35 millones de dólares en créditos armamentísticos, y parece ser que entre 1.000 y 2.000 guardias revolucionarios iraníes proporcionan entrenamiento militar y seguridad. Los medios de comunicación estadounidenses han publicado en numerosas ocasiones las afirmaciones de Túnez, Arabia Saudí y Egipto de que a los grupos terroristas se les está proveyendo de pasaportes, apoyo logístico y entrenamiento en el país (Youssef Ibrahim, *New York Times*, 13 de diciembre de 1991, p. A7; Jennifer Parmalee, *Washington Post*, 12 de marzo de 1992, p. A21).

Washington contempla a Sudán como el prototipo del poder renegado con aspiraciones hegemónicas en la región, y sobre el que EEUU han centrado su política mundial desde el final de la guerra fría. Las supuestas aspiraciones de Sudán son tanto más preocupantes para EEUU cuanto los otros Estados del Cuerno de África se encuentran muy debilitados después de la caída del régimen de Mengistu en Etiopía. La única fuerza en Somalia con cierta pretensiones soberanas es Somaliland, un Estado fundamentalista islámico creado en el norte de Somalia a finales de 1991. Se están creando nuevos Estados en la región basados en nuevas lealtades, fronteras y estructuras militares. El peligro, entonces, tal y como lo ve Washington, es que estos regímenes acabarán llevando la huella, en este periodo crucial de formación política, del Sudán islámico militante.

Más allá del Cuerno de África, el Gobierno sudanés está demostrando ser una grave provocación, en vista de los cada vez más frecuentes disturbios fundamentalistas en el norte de África. Los regímenes prooccidentales de Argelia y Túnez afirman que Sudán mantiene una estrecha relación con los movimientos fundamentalistas de sus países. Argelia cayó con todo su peso sobre su propio movimiento fundamentalista a raíz de la victoria electoral, en enero de 1992, del Frente Islámico de Salvación, subvencionado por Irán a través de Sudán, según afirma el Gobierno. Túnez ha ilegalizado a su partido fundamentalista y afirma que Sudán era su benefactor. Los ataques terroristas de los fundamentalistas egipcios han hecho disminuir radicalmente la industria turística, principal fuente de divisas, reduciendo el turismo en un 40%, según el Gobierno egipcio: un duro golpe para el principal cliente árabe de Washington en el Medio Oriente. Egipto acusa al Gobierno sudanés de apoyar el fundamentalismo de su país. Arabia Saudí tiene un movimiento fundamentalista universitario cada vez mayor, con miles de seguidores. También ha sido un objetivo

especial de la ira fundamentalista extranjera, a partir de la Guerra del Golfo, en la que Irak contó con el apoyo de la mayoría de los fundamentalistas.

Cuando EEUU entró en Somalia, el *New York Times* publicó un extenso artículo sobre las actividades subversivas de Irán y Sudán: «Túnez, Egipto, Argelia y Arabia Saudí han dicho que el Gobierno fundamentalista de Sudán, que tomó el poder en 1989, se ha convertido en un punto de apoyo del proceso, proveyendo de apoyo logístico significativo a sus militantes a través de las porosas fronteras del Medio Oriente» (Youssef Ibrahim, 21 de diciembre, p. A1).

El factor petrolífero

Una tercera causa de la intervención de EEUU es la perspectiva de amplios beneficios petrolíferos en zonas de las que cuatro importantes empresas petrolíferas estadounidenses tienen la concesión exclusiva (*Philadelphia Inquirer*, 19 de enero de 1993, p. A4). Conoco, Amoco, Chevron y Philips Petroleum controlan los derechos de explotación petrolífera en un área que abarca dos terceras partes de Somalia. Un estudio del Banco Mundial en 1991 situaba a Somalia y Sudán a la cabeza de una lista de futuros productores de petróleo comercial en África.

El hecho de que la unión de sociedades de Conoco en Somalia hubiera sido transferida a la embajada de hecho de Estados Unidos unos días antes de la llegada de los *marines* estadounidenses ilustra la estrecha relación existente entre la industria petrolífera y el despliegue intervencionista de EEUU. El enviado especial del presidente Bush tenía su base en la oficina central de Conoco, mientras que el presidente de la rama somalí de Conoco era el “contacto” de Bush en los meses anteriores y durante la intervención. Como indicaba el *Philadelphia Inquirer*: «La estrecha relación entre Conoco y las fuerzas de intervención de Estados Unidos ha dejado a muchos somalíes y a expertos en desarrollo extranjeros preocupados por la poca clara separación entre el Gobierno de EEUU y la gran empresa petrolífera, llevando a muchos a comparar la operación en Somalia con una versión en miniatura de la operación Tormenta del Desierto, el despliegue militar de EEUU para expulsar a Irak de Kuwait y más claramente salvaguardar [sic] las mayores reservas de petróleo del mundo».

El conflicto entre las diferentes facciones somalíes ha acabado con muchas vidas y con la mayor parte de la actividad económica, pero Conoco continúa con su especulación petrolífera, habiendo negociado un “acuerdo de continuidad” con el Gobierno provisional del señor de la guerra Ali Mahdi Mohamed, uno de los matones que Washington encontró más dispuesto a colaborar. Sin embargo, la mayor parte de la especulación petrolífera ha sido paralizada por la guerra: las empresas esperan una paz impuesta por EEUU que les permita reanudar los trabajos.

En un discurso, en abril de 1986, dedicado a la inauguración de una refinería de petróleo estadounidense en Yemen, el vicepresidente Bush enfatizaba la extrema importancia de un apoyo al despliegue corporativo de EEUU para explotar y proteger las posibles reservas de petróleo de la región (*Philadelphia Inquirer*). Está claro que hay una relación continua entre las compañías de petróleo con base en Somalia y Washington, un considerable interés económico en ese país por parte de EEUU y una política general que insiste en la necesidad de un apoyo estatal a las empresas petro-

líferas estadounidenses de la región.

La invasión de Somalia, lejos de constituir un despliegue humanitario desinteresado, refleja intereses y estrategias imperiales que vienen de muy atrás. Sin embargo, el objetivo humanitario encuentra su plena justificación como razón fundamental para la intervención de las grandes potencias. La intervención humanitaria es incluso más ilimitada que la política de contención de la guerra fría. Toda guerra civil acarrea miseria social y hambre, y con ello un motivo para la intervención. Mientras las políticas económicas "liberales" hundan a las naciones en abismos de pobreza masiva, enfermedad y conflicto social, hay infinitas posibilidades de que el Pentágono ejercite sus estrategias intervencionistas bajo el pretexto de la ayuda humanitaria.

Traducción: Alberte Pagán



Rusia

La partida de póquer de Boris Yeltsin

Poul Funder Larsen

[La batalla por el poder que tuvo lugar el pasado mes de marzo durante las sesiones del 8º Congreso de los Diputados Populares de Rusia terminó en una tensa tregua, a la espera del referéndum del 25 de abril. Las fechas de cierre de la revista nos impiden analizar sus resultados. El artículo que publicamos estudia el marco de referencia social y político de este referéndum].

En los últimos tiempos, han tenido lugar cambios profundos en la sociedad rusa que han repercutido en los resultados del 8º Congreso de Diputados Populares. Entre los más importantes, señalaremos los siguientes: el fracaso de las reformas económicas de Yeltsin, con la consiguiente caída de su popularidad, ha producido la crisis del proyecto liberal. Se han reforzado las fuerzas de oposición, que mantienen un “consenso de Estado”, dentro del cual permanecen divisiones entre múltiples corrientes. La clase obrera y la población en general permanecen pasivas y expresan un escepticismo creciente hacia todas las fuerzas que luchan por el poder. En fin, el estallido del “regionalismo” en el interior de la Federación podría llegar a eclipsar a corto plazo la lucha por la dirección del centro.

La sociedad frente a las reformas

La derrota de Yeltsin en el 7º Congreso de los Diputados Populares que tuvo lugar en septiembre de 1992, cuya expresión más significativa fue la forzada dimisión de su primer ministro neoliberal Jegor Gaidar, no fue fortuita, ni tampoco el producto de “maquinaciones” de fuerzas dirigidas por el presidente del Soviet Supremo, Jasbulatov.

Fue, en primer lugar y ante todo, la expresión de la resistencia creciente de la sociedad y, particularmente, del *aparato* frente a las reformas económicas. El programa de Gaidar acordó una prioridad unilateral a la “estabilización financiera”, según las reglas enunciadas en un memorándum dirigido al FMI.

Pero el objetivo extremadamente ambicioso de reducción del déficit presupuestario, que debía pasar por la reducción de la inflación y la marcha rápida hacia la convertibilidad del rublo, jamás fue alcanzado. El programa provocó una caída rápida del nivel de vida de la población: los precios aumentaron dos veces más que los salarios en 1992 y 1993, lo cual condujo a un descenso del ingreso medio de la población del 35%. La producción industrial cayó en 1992 un 20% aproximadamente, las inversiones un 50% y la “estabilización financiera” no tuvo lugar. A finales de 1992, la inflación rozaba el 40% mensual y se desvanecían todos los sueños de convertibilidad del rublo (prevista inicialmente a la tasa de 80 rublos por dólar; en realidad se situó en 500 rublos por dólar) /1.

1/ El periódico *Izvestia* del 31 de marzo ha dado nuevos datos sobre el deterioro de la situación durante el primer trimestre de 1993: el PNB ha bajado un 18% respecto al trimestre correspondiente de 1992: la Renta Nacional ha

Tras la dimisión de Gaidar, su Gobierno quedó prácticamente intacto y no se realizó ninguna modificación significativa de la política económica. Por el contrario, el presidente del Comité de Estado de la Propiedad (en realidad, el ministro de la privatización) Anatoli Chubais tomó la iniciativa de iniciar una nueva etapa en la privatización para proceder a la «transición irreversible hacia el mercado».

A finales de 1992, sólo el 10% de las empresas habían sido privatizadas en Rusia y se trataba invariablemente de pequeñas empresas comerciales y de servicios. Sin embargo, en el pasado mes de enero, una serie de grandes empresas han sido subastadas, como por ejemplo, la gigantesca Zil, dedicada a la producción de automóviles de lujo.

La desconsideración de Yeltsin hacia las advertencias del 7º Congreso sobre la necesidad de ralentizar las reformas contribuyó a unir a la oposición en el curso de la preparación del 8º Congreso.

Pero el fracaso de la reforma liberal tendrá consecuencias a medio plazo para Yeltsin de mayor gravedad que el alejamiento de la mayor parte de los diputados y una buena parte de las fuerzas políticas.

La independencia creciente de diferentes sectores del *aparato* y el hundimiento de las estructuras gubernamentales —primero en la esfera económica, pero propagándose después de arriba a abajo en el aparato del Estado—, que era ya clara en la época de Gorbachov, se aceleró con la reforma, que suprimió los instrumentos de regulación gubernamentales, lo que provocó mayor desigualdad e inestabilidad en las relaciones entre regiones, sectores económicos e instituciones del Estado.

El conflicto entre las instituciones representativas (los soviets) y el Ejecutivo, que culminó en el Congreso, se da en todos los niveles (interregional, regional y local). En este clima, la corrupción se ha convertido en un fenómeno social masivo, en el que se cruzan las instituciones del Estado, las estructuras comerciales, y a veces las mafias.

Yeltsin se ha debilitado más aún como consecuencia de la pérdida de los apoyos populares que logró después del fracaso del golpe de agosto de 1991. Todavía es el político más popular de Rusia (el vicepresidente Rutskoi le sigue de cerca), pero por el momento la mayoría de los rusos no expresan en las encuestas su apoyo al presidente, ni a ningún otro dirigente.

La vacilante popularidad de Yeltsin muestra el hundimiento de la hegemonía de la ideología liberal que había prevalecido estos tres últimos años. Bajo el eslogan del «regreso al mundo civilizado» (capitalista), los intelectuales y los nuevos empresarios, aliados con una parte de la vieja *nomenklatura*, se aseguraron el apoyo a su proyecto de reforma de mercado. Pero como la “civilización” ha revelado su verdadero rostro y las mejoras prometidas por Yeltsin para finales de 1992 se las ha llevado el viento, la idea de que el mercado era un remedio milagroso se ha evaporado.

El “consenso” de Estado

La mayoría parlamentaria encabezada por Jasbulatov ha sido considerada vencedora de los conflictos entre el Congreso y el Ejecutivo. Pero de ser así, sería una victoria que

bajado un 21%, la producción industrial un 20%, la producción de bienes de consumo un 17%. A todo ello hay que añadir las horas extras de la “máquina de hacer billetes”: en febrero de 1993 se han emitido 350.000 millones de rublos, es decir, una cifra superior a la del conjunto de los últimos 30 años. Obviamente, la inflación sigue galopando.

plantea tantos problemas como los que resuelve, por lo menos.

En primer lugar, la oposición es muy heterogénea, tanto en el interior como en el exterior del Parlamento; es difícil pretender que tenga un objetivo común, y menos aún un programa común, más allá de su voluntad de hacer frente a la reforma económica de Yeltsin y reducir su poder. La mayoría del Congreso está compuesta por una hidra de 10 u 11 facciones parlamentarias e innumerables partidos, desde los moderados de la Unión Cívica (UC) hasta los nacionalistas ultimativistas del Frente de Salvación Nacional y diferentes categorías de neoestalinistas (como el Partido Comunista Ruso) /2.

El denominador común de estos grupos reside sobre todo en propugnar el restablecimiento de un Estado fuerte, tanto en materia de reformas económicas, como en sus relaciones internacionales. Una declaración de Seguei Polozhkov, uno de los dirigentes de la Unión Cívica, sintetiza esta orientación en el terreno económico: «Hay dos vías posibles de desarrollo en Rusia: sea la “latinoamericanización”, con una pérdida de soberanía política y económica y la fuerza todopoderosa de burócratas corrompidos, sea el mantenimiento del potencial industrial, una política razonable de inversión estructural y un control del Estado sobre la transición a las relaciones de mercado con el fin de poner fin a la crisis» /3.

En lo referente a la política exterior, la mayoría del Congreso propone una línea firme en las relaciones con Occidente, una reorientación de la política rusa hacia Asia (ya que Rusia es considerada como una potencia euroasiática) y un enfoque intervencionista hacia la Comunidad de Estados Independientes (CEI); al menos en lo referente a este último aspecto, Yeltsin se ha aproximado a las orientaciones de la oposición.

Los acontecimientos del año pasado han radicalizado la oposición a Yeltsin: opositores moderados como Arcady Volsky, de la UC, han sido, al menos parcialmente, marginados y figuras más extremistas, por ejemplo, el “patriota” Serguei Baburin, han pasado a primera línea.

Una tendencia clara e inquietante se desarrolla dentro de la oposición: el crecimiento de lo que puede llamarse una “nueva derecha”. Sectores crecientes de la oposición adoptan posiciones abiertamente chovinistas y cada día es más difícil distinguir a los neoestalinistas de los nacionalistas en el marco de la pretendida “alianza rojo-parda”.

En vísperas del 8º Congreso, Guenady Zhuganov, presidente del refundado Partido Comunista Ruso (una mezcla de corrientes que van desde los gorbachovianos a los chovinistas gran-rusos), ha explicado así las tareas de su partido: «Hoy no existe en Rusia ninguna fuerza organizada capaz de resistir al Gobierno actual, proponer y

2/ Existe una guerra abierta entre dos fuerzas que se pretenden “herederas” del antiguo PCUS (no sólo en sentido ideológico; aspiran también a heredar los cuantiosos bienes del difunto partido). El PC de Rusia tuvo su Congreso en febrero y se adjudica 500.000 miembros. Pero también un nuevo PCUS ha tenido su congreso (numerado en continuidad con los del viejo partido: XXIX Congreso) del 26 al 28 de marzo. Fue presentado como el Congreso del «renacimiento», con un aparato ampliamente renovado (de los 400 miembros del antiguo Comité Central, sólo 21 estaban presentes). Fue la ocasión de celebrar a la «gran Unión Soviética» de antaño y ovacionar a los partidos comunistas prohibidos (de los Países Bálticos, de Ucrania...). Se autoproclamaron como el único PC legítimo. Como prueba de las tensiones entre el PCR y el PCUS hay que señalar que el PCR ha hecho todo lo posible para intentar que no tuviera lugar el Congreso de su rival.

3/ *Rabochaya Tribuna*, 11 de marzo de 1993.

Un Ejército desorientado y dividido

Nina Bachkatov

El 3 de marzo de 1993, algunos días antes de reclamar los plenos poderes, el presidente Boris Yeltsin mantuvo una reunión con el ministro de Defensa, Pavel Gratchev, y con el Consejo de Seguridad Ruso, junto con varios generales invitados. Según informaciones convenientemente filtradas, estos generales habrían aconsejado al presidente la adopción de medidas radicales para la resolución de la crisis política. Este torpe intento de asegurarse el apoyo del Ejército puede ahondar el foso entre una jerarquía cada vez más impopular y las tropas, y dividir al Ejército entre los partidarios del presidente y los del Parlamento.

(...) Iniciada muchos antes del fin de la URSS, la crisis del Ejército sirvió a Yeltsin en los tiempos en que era candidato a la presidencia de la Federación Rusa. Numerosos militares le votaron y su papel durante el intento de putsch de agosto de 1991 reforzó esas simpatías. Sin embargo, este capital se erosionó rápidamente por la acción de varios factores. Las promesas sociales –un apartamento para todos los militares, especialmente para los repatriados de Europa del Este, en un plazo de seis meses– no fueron cumplidas. Los oficiales fueron humillados por los turbios procedimientos utilizados por Yeltsin en el conflicto con Ucrania por el control de la flota del Mar Negro –amenazadoras declaraciones seguidas de marchas atrás– y están inquietos por el mantenimiento de tropas sin ningún estatuto legal en las otras repúblicas de la CEI, incluyendo zonas de conflicto. En fin, las altivas propuestas de desarme formuladas por Yeltsin en la cumbre de Washington (16-17 de junio de 1992) o en Corea de Sur (18-20 de noviembre de 1992) suscitan también numerosas críticas.

*Se deja sentir la ausencia de una doctrina militar capaz de reemplazar a la elaborada en tiempos de la guerra fría. A partir de mayo de 1992, se han iniciado discusiones sobre este tema **1**, pero no han finalizado y las autoridades se han limitado a presentar algunos ejes muy generales: constitución de un Ejército compuesto por un número limitado de unidades dispuestas permanentemente al combate, apoyadas por reservas rápidamente movilizables; abandono de una estructura organizada en ejércitos y divisiones en beneficio de una estructura de cuerpos y brigadas en la que exista un número creciente de unidades en estado de alerta en lugar de multitud de guarniciones incompletas, mal equipadas y mal entrenadas.*

*En el pasado noviembre, el presidente Yeltsin confirmó estas decisiones y propuso la organización de una fuerza de intervención rápida que «podría permitir (nos) tener una presencia militar en las regiones explosivas» **2**. Por el contrario, el estatuto de los militares rusos en el «próximo extranjero» –blye zarubiejne–, es decir, en la ex-Unión Soviética, sigue necesitando una definición urgente: en 1992 «unas seiscientas acciones ilegales fueron cometidas contra instalaciones militares, militares y miembros de sus familias, de las cuales unas quinientas tuvieron lugar en Georgia y Azerbaiyán. Estas acciones produjeron 73 muertos y 160 heridos» **3**. Aquí, al menos a corto plazo, existe una amenaza más inquietante aún porque afecta a millones*

1/ Ver el proyecto publicado por Voennaya Mysl en mayo de 1992, comentado por Scott McMichael, RFE/RL Research Report, Munich, 40 (9 de octubre de 1992).

2/ Discurso del 23 de noviembre de 1992 en el Ministerio de Defensa.

3/ Krasnaya Zvezda (30 de diciembre de 1992).

de rusos que viven estas nuevas repúblicas /4. El pasado 20 de octubre, el teniente general Serguei Bogdanov declaró ante las misiones diplomáticas establecidas en Moscú: «No se trata ya de prepararse para una guerra nuclear, sino de rechazar una agresión local (...). La situación interna en Rusia y en la CEI es la más desfavorable desde el periodo de la guerra civil en 1918-1921. En 1991-1992 ha habido treinta conflictos armados y setenta disputas territoriales».

Pero una nueva doctrina es inseparable de la transformación en profundidad del Ejército. Necesitaria la reforma del ministerio de Defensa, del Estado Mayor y de los distritos militares. Pero, en estos terrenos, se mantiene el inmovilismo. Y puede comprenderse el descontento de los oficiales, que observan el debilitamiento del instrumento fundamental de la antigua potencia soviética y extenderse la corrupción y que están obligados, para asegurar su supervivencia, a vender el material sobrante /5, mientras que el complejo militar-industrial vende a precios de saldo en el extranjero armas y tecnologías frecuentemente muy avanzadas que el Ejército ruso no puede ya comprar.

Cualquiera que sean sus ideas, los oficiales reprochan al poder haberlos abandonado y han creado asociaciones llamadas de «defensa social».

(...) Frente a estas múltiples críticas, el ministerio de Defensa parece recurrir a una doble táctica. Por un lado, cede a las protestas, como lo ha mostrado la decisión de destituir a los responsables superiores de la flota del Pacífico que han matado de hambres a sus hombres, en el sentido estricto del término: varios de ellos murieron /6; por otra parte, un intento de represión selectiva. Así, en diciembre de 1992, fue expulsado del Ejército el teniente coronel Alexandre Jilin, que había fundado el primer semanario independiente sobre temas militares, *Armiya Rossii*, que denunciaba los escándalos que el Ministerio pretende ocultar.

Igual que Gorbachov, Boris Yeltsin no ha resistido a la tentación de utilizar al Ejército en periodo de crisis. En especial, ha buscado su apoyo en la lucha contra el Parlamento. Uno de sus próximos, el general Gratchev, llegó a declarar en diciembre de 1992 que «el Ejército está junto al presidente». Poco tiempo antes, el lanzamiento de la idea de la creación de un partido presidencial hizo temer a los oficiales el retorno de los tiempos en que la adhesión al Partido Comunista era obligatoria.

Aunque, en su discurso del 21 de marzo, Yeltsin precisó que «en tanto que comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, (él ha) dado órdenes al Ministerio de Defensa de cuidar que el Ejército no sea utilizado con fines políticos», los riesgos siguen siendo importantes. No es que el Ejército busque hacerse con el poder —para eso le falta la unidad en torno a un jefe (pese a la indudable popularidad del vicepresidente Rutskoi, veterano de la guerra de Afganistán)— y un proyecto político; pero podría escindirse localmente según diversas líneas de partición, o incluso aliarse localmente a la secesión de una región o una república autónoma.

Le Monde Diplomatique/ abril de 1993/ París

[Versión extractada]

4/ Ver Kapeliuk, Amnon: «L'armée russe, comme force de police», *Le Monde Diplomatique* (diciembre de 1992).

5/ Para poner fin a la corrupción, el ministro de Defensa ha prohibido la participación de oficiales en toda operación comercial y ha encargado a la policía militar la vigilancia de la aplicación de esta decisión. Comunicado difundido por ITAR-Tass el 22 de enero de 1992.

6/ *Financial Times* (5 de marzo de 1993).



aplicar un programa constructivo para el renacimiento del país y la salvación del pueblo. El Partido Comunista, en unión con los movimientos patrióticos, puede llegar a ser esa fuerza» ¹⁴. Así, sectores muy importantes de la dirección de las corrientes neoestalinistas están cortejando a los nacionalistas, anteponiendo el objetivo de formar un bloque “por la salvación nacional rusa” a los derechos democráticos en Rusia y una futura coexistencia de las naciones sobre el territorio de la antigua Unión Soviética.

El empuje de las regiones

La última sesión del Congreso se ha caracterizado por el espectacular protagonismo de las regiones de la Federación Rusa, que comienzan a desempeñar un papel político fundamental en el Estado. La presión de las regiones ha sido probablemente la causa del fracaso del plan de referéndum proyectado inicialmente por Yeltsin. En el futuro, el Parlamento y el Ejecutivo van a desplegar esfuerzos encarnizados para lograr el apoyo de las regiones a sus proyectos de reformas políticas y económicas.

Las fuerzas centrífugas desencadenadas por la *perestroika* y las reformas de mercado que la acompañaron —que, ya en la época de Gorbachov producían, entre sus efectos principales, conflictos entre las repúblicas y el centro— han adquirido un peso enorme y amenazan con desgarrar la Federación de Rusia, compuesta de 83 regiones y 19 repúblicas. El Tratado de la Federación de marzo de 1992, una de las raras victorias de Yeltsin desde agosto de 1991, había fijado una nueva división de poderes entre el centro ruso y las regiones (que, por ejemplo, tenían el control de los recursos naturales). Pero ese Tratado jamás ha sido aplicado. Las burocracias regionales y republicanas, que habían sido liberadas de toda coacción administrativa y del control asfixiante del centro, están hoy bien situadas para extender sus prerrogativas y enriquecerse, y no tienen intención de renunciar a su nuevo margen de maniobra. Así toda fuerza que en el centro amenace los proyectos políticos de las regiones lo pagará muy caro. A medio plazo, la Federación rusa podría terminar transformándose en una “confederación euroasiática de destino”...

La lucha por el poder continúa

Mientras que el Congreso del Pueblo ha sido un importante acontecimiento para los medios de comunicación rusos y extranjeros, la mayoría de los ciudadanos de la Federación lo han ignorado o rechazado y lo han considerado irrelevante, o incluso perjudicial para el país.

La apatía política sigue creciendo desde agosto de 1991. Durante el Congreso, las manifestaciones convocadas por liberales o conservadores han sido muy marginales. Ninguna de ellas ha movilizad más que algunos miles de personas. El sentimiento de decepción dominante ha sido caracterizado correctamente por el comentarista del diario *Rabochaya Tribuna*: «El crédito de confianza de que disponían el presidente y

¹⁴ *Pravda*, 10 de marzo de 1993.

el Parlamento hace un año y medio se ha agotado a la vez que las reservas de alimentos para los tiempos difíciles. ¿Cuándo lo comprenderán?» /5.

Yeltsin había prometido a sus adversarios llevar una “resuelta batalla” contra el “revanchismo comunista” de éstos y ha mantenido su palabra. Su intento de introducir un “poder presidencial directo” supone una apuesta muy arriesgada, a pesar de lo cuidadosamente que fue preparado mediante la consulta a sus partidarios en el interior del aparato de Estado y el apoyo occidental esperado. Sin embargo, un eventual fracaso acarrearía, tanto a Yeltsin como a la Federación Rusa, consecuencias tan serias, en la situación actual, como las de agosto de 1991 para Gorbachov y la URSS.

A decir verdad, la Administración Yeltsin estaba en contacto permanente con las principales potencias imperialistas durante todo el proceso de elaboración de su propuesta. En su discurso televisado, Yeltsin intentó sentar las bases de una amplia coalición que sustentase su iniciativa, prometiéndolo todo a todo el mundo. Así, prometió a las regiones una mayor independencia mediante la puesta en práctica del Tratado sobre la Federación; a los trabajadores, que la lucha contra el paro sería la prioridad número uno; y, en fin, toda una cantinela populista a base de reforma agraria, protección y apoyo al pequeño comercio y compensaciones para las economías asfixiadas por la inflación.

Yeltsin esperaba claramente matar dos pájaros de un tiro: por una parte, echar la responsabilidad del hundimiento de la economía y de las infraestructuras rusas sobre los “bolcheviques” del Parlamento y, por otra, obtener poderes autoritarios considerables en tanto que dirigente incontestado de Rusia.

El primer objetivo fue explicitado por Yeltsin en su aparición en televisión: «Es evidente hoy que la raíz de todos los problemas no está en los conflictos entre los poderes ejecutivo y legislativo, ni en el conflicto entre el Congreso y el presidente. Su esencia es más profunda: la contradicción fundamental entre el pueblo y el antiguo sistema soviético, un sistema hostil a aquél, que aún no se ha desintegrado y que intenta ahora hacer renacer su poder perdido en Rusia» /6.

El “gran regateo”

Yeltsin controla la mayor parte de los medios de comunicación y la *intelligentsia* liberal de las grandes ciudades milita en su favor. Pero el movimiento de masas democrático de 1989–1991, decisivo en el ascenso de Yeltsin al poder, está muerto y enterrado. Y por mucho que las potencias imperialistas declaren abiertamente su apoyo a Yeltsin, no tienen mucho que ofrecer. Es bien conocido que durante el “gran regateo” del verano de 1992 entre el Grupo de los Siete (los siete países más ricos del planeta) y Rusia, se prometieron 24.000 millones de dólares de ayuda (principalmente en forma de préstamos), pero, por el momento, sólo una pequeña parte de esa cantidad se ha entregado.

En último término, Yeltsin podría recurrir al apoyo del Ejército en la confrontación con el Parlamento, lo que vendría a ponerle en manos de los “ministerios poderosos”

5/ *Rabochaya Tribuna*, 16 de marzo de 1993.

6/ Declaraciones a la televisión rusa, 20 de marzo de 1993.

(el de Defensa, el de Seguridad y el de Interior). Pero el Ejército al menos, y probablemente también las otras Fuerzas Armadas, tendrán fuertes reticencias para implicarse directamente en la lucha directa por el poder y no tienen tradición de actividad política independiente. Si tuvieran que volver a hacer acto de presencia, es poco probable que fuera para apoyar a Yeltsin.

La oposición a la propuesta de Yeltsin se ha ido reforzando.

Sin embargo, las fuerzas dominantes en la oposición están mal situadas para llevar una batalla de principios contra las medidas antidemocráticas de Yeltsin, ya que también entre sus filas están muy extendidas las tendencias autoritarias favorables a una política de mano dura. El 8º Congreso del Pueblo ofreció a Yeltsin una importante posibilidad de victoria no llamando a unas elecciones parlamentarias anticipadas.

Muchos diputados conservadores podían perder su escaño, ya que las elecciones reforzarían con seguridad a las fuerzas próximas a la Unión Cívica, así como a las fuerzas moderadas pos-PCUS, tales como el Partido Socialista de los Trabajadores de Roy Medvedev, en detrimento de los estalinistas puros y duros, de los patriotas y del bloque de la Opción Democrática, pro-Yeltsin. Por eso Yeltsin prefiere un referéndum a unas elecciones anticipadas.

Está claro que la crisis política en Rusia será larga, cualesquiera que sean los acuerdos y las confrontaciones a corto plazo. Los problemas provocados por las reformas liberales continúan sin solución y el intento de "golpe blando" de Yeltsin es más un signo de debilidad de los círculos dirigentes que de resolución por su parte. La confusión y la impotencia políticas generalizadas de las instituciones del Estado muestran hasta qué punto la crisis es profunda y sistémica.

Moscú, 24 de marzo de 1993

INPRECOR n° 368/ abril de 1993/ París

Traducción: Antonio Flórez

Mundo árabe. Entre el imperialismo y el integrismo

[Abraham Serfaty es dirigente de la organización de izquierda marroquí Il-Alaman. Tras muchísimos años de cárcel –después de la puesta en libertad de Mandela fue considerado el preso político más veterano del mundo– se encuentra hoy en el exilio en París. Ha hecho diversos viajes al Estado español, el más reciente para recoger un premio de la Asociación de Derechos Humanos. El texto que publicamos es un extracto de la entrevista que le hizo el pasado mes de febrero Eric Toussaint para el mensual del Partido Obrero Socialista belga La Gauche].

Los pueblos árabes viven, desde hace decenas de años, no sólo la dominación imperialista sino, sobre todo, la agresión imperialista y sionista. Son conocidas las causas de esta agresión: la necesidad del imperialismo de impedir la unidad del mundo árabe y el desarrollo de regímenes democráticos, porque esto amenazaría, ante todo, sus intereses estratégicos: el canal de Suez y, en especial, el petróleo del Golfo.

Esta agresión exacerba el fenómeno de dominación mencionado, no solamente en el terreno económico y político, sino también en el cultural: niega la identidad árabe y la cultura árabe. Lo hemos podido ver en la arrogancia con la cual la coalición que hizo la guerra del Golfo arrasó Irak. Lo podemos ver también en la manera en que, desde 1948, se expulsa al pueblo palestino de su tierra. Hay, pues, una necesidad vital de afirmación de la identidad árabe.

A esto se une que los regímenes árabes que han intentado llevar a cabo una experiencia de desarrollo en un sentido progresista, han fracasado. Es el caso del nasserismo, del socialismo argelino y de los regímenes del Baas en Siria y en Irak. En todo caso, hay que saludar el caso iraquí, en la medida que ha supuesto un cierto grado de desarrollo cultural y científico que explica, en parte, la estabilidad del régimen de Sadam Husein.

El socialismo nasseriano o argelino han fracasado de manera patente, lo que ha puesto en entredicho el ideal del socialismo en esos países. Al mismo tiempo, las versiones tecnocráticas del desarrollo, inspiradas especialmente en el modelo soviético, constituyen también, a su manera, una forma de dominación cultural del “Norte” y una asimilación al modelo occidental, es decir una negación –bajo otra forma– de la identidad de los pueblos.

Este pretendido desarrollo descansaba en una importación de fábricas enteras e implicaba una negación de la creatividad intrínseca de los pueblos. Y ello porque la creatividad está ligada a la relación entre el hombre y el espacio así como a su propia cultura. Se comprende, pues, que la reivindicación de identidad, en el sentido más amplio del término, sea una reivindicación profunda en el conjunto del mundo árabe. Se la puede detectar operando en el conjunto del Tercer Mundo, pero de forma mucho más aguda en el mundo árabe.

La izquierda árabe no ha sabido responder a esta problemática. Hago una excepción con el caso del pueblo palestino, que lleva una lucha de liberación nacional, y otra excepción –relativa– con Marruecos y el Yemen, donde se dan situaciones muy complejas. En los demás países, los partidos comunistas, ligados a la Unión Soviética-

ca, e incluso los otros movimientos de izquierda, estaban marcados por una concepción científicista y economicista del marxismo. Esto significa que veían los problemas en términos económicos o en términos de clases sociales, sin tener en cuenta la problemática de la identidad.

La respuesta islamista

Así es como fue creándose un vacío. El movimiento islamista podía llenarlo porque aportaba una respuesta. Una respuesta mítica e idealista, pero eso es mejor que ninguna respuesta en absoluto.

Ello explica la amplitud alcanzada por el islamismo en el mundo árabe. Un ejemplo muy claro es el del Partido Comunista Libanés: tras la ocupación israelí de 1982, fue el motor de la resistencia armada en el Sur del Líbano, pero fue sobrepasado por Hezbolá, porque el PCL negaba los problemas de identidad del Líbano.

Tal es la razón fundamental que explica la expansión del islamismo. A esto hay que añadir otra carencia de la izquierda: tras el *impasse* de estos socialismos burocráticos, cuando hemos visto desarrollarse la campaña ideológica del capitalismo por la democracia formal, en los años 80, esta izquierda se orientó hacia la promoción de una alternativa democrática formal, que los marxistas denominamos burguesa: la democracia representativa tal y como funciona más o menos en Occidente.

Esta democracia, trasplantada tal cual al Tercer Mundo, no funciona. No da respuesta a los problemas políticos de esos países. Por supuesto, esto no quiere decir que haya que legitimar las estructuras totalitarias. La izquierda debe elaborar respuestas que tengan en cuenta la declaración universal de derechos humanos, la necesidad de construir una democracia real y un Estado de derecho. Pero la izquierda árabe no ha sabido elaborar tal respuesta, dejando a un lado algunas experiencias muy limitadas en Yemen o en algunos proyectos en Marruecos. En los otros países hay un vacío total. He ahí la otra razón que explica que las respuestas de la izquierda no sean creíbles. Se puede ver en Argelia: en octubre de 1988 había un movimiento muy importante, que no era especialmente islamista, pero no hubo una izquierda capaz de proponer una alternativa a la quiebra del poder. En consecuencia, el integristismo llenó el vacío.

Tomemos el caso de Egipto. El islamismo es omnipresente, precisamente porque los dirigentes entregan el país al imperialismo. Y también porque la izquierda no ha sabido responder a esta alienación.

Y también está ese cáncer que representan los emiratos del Golfo y el régimen de Arabia Saudita. Estos regímenes, totalmente subordinados al imperialismo, venden a precio de saldo los recursos petrolíferos, que los árabes perciben, con razón, como pertenecientes a la nación árabe, por lo cual sus beneficios deberían servir para el desarrollo del mundo árabe. Pero esta reivindicación se comprende en sentido nacionalista, no ligada a la reivindicación social; esto explica la popularidad que llegó a tener Sadam Husein al ocupar Kuwait. La reivindicación sobre el petróleo es percibida bajo la forma idealista de un combate de la nación árabe contra el imperialismo y el sionismo, lo cual permite justificar todo, incluyendo lo ocurrido durante la ocupación de Kuwait y la mistificación de ese combate.

La derrota de Irak supuso un duro golpe para esa idea. Pero eso no quiere decir que vaya a desaparecer, ya que el fracaso de Sadam Husein se entiende como el resultado de una relación de fuerzas desfavorable para el mundo árabe. No hay aún una percepción que tenga en cuenta el complejo proceso de liberación de los diferentes países árabes y que pueda conducir finalmente a la liberación del Golfo, enclave estratégico vital para el imperialismo.

Por otra parte, esta percepción idealista exagera el chovinismo árabe, que congena con el fanatismo integrista. Esto quedó bien patente cuando Sadam Husein hizo grabar en la bandera iraquí la leyenda «Allah Akhbar» («Alá es grande»).

Sólo en la medida que los militantes revolucionarios árabes puedan, a partir de sus formaciones sociales, elaborar un proyecto revolucionario que tenga en cuenta toda esta problemática, un proyecto que se inscriba al mismo tiempo en una dinámica universalista, internacionalista, de alianza de los pueblos y de nuestros procesos revolucionarios con las corrientes progresistas de todo el mundo, incluido Occidente, sólo en esa medida podremos oponer una alternativa al mito integrista y al chovinismo árabe, en el sentido del nacionalismo al estilo de Sadam Husein. Es un combate difícil, pero no imposible. El ejemplo de Marruecos lo demuestra. [*La Gauche/24 de febrero de 1993/Bruselas*]



Italia. Referéndum y crisis del régimen

[Los referendos del día 18 de abril no parecen haber conducido a la estabilización del régimen político italiano. Una semana después se siguen barajando opciones dispares para la presidencia del Gobierno –desde el líder tradicional del ala derecha del ex-PCI y actual PDS, Giorgio Napolitano, hasta el gobernador del Banco de Italia, Carlo Azaglio Ciampi– y ni siquiera está claro si habrá unas elecciones generales inmediatas con el sistema proporcional vigente para la elección del Parlamento –propuesta en la que coinciden organizaciones tan dispares como la Liga del Norte y el Partido de la Refundación Comunista (PRC)– o el nuevo Gobierno modificará antes la ley electoral con criterios mayoritarios, tanto para el Parlamento como para el Senado, y sólo después se realizarán elecciones según la nueva ley –posición que comparten las organizaciones tradicionales del sistema italiano, desde la Democracia Cristiana al PDS–. Hemos elaborado el artículo que viene a continuación a partir de textos de Franco Turigliatto y Roberto Firenze, militantes del PRC, de la corriente agrupada en torno a la revista Bandiera Rossa].

El objetivo fundamental de los referendos del 18 de abril era modificar las modalidades de elección del Senado, aboliendo el sistema proporcional. Tras la victoria del “sí”, con el 82,1% de los votos, los promotores de la consulta intentarán imponer también el escrutinio mayoritario en la elección al Parlamento. Lo que queda por saber es si la nueva ley debe aproximarse al sistema inglés, muy duro, o al francés, a dos vueltas, como propone el PDS.

El frente del "sí" incluyó desde los moderados a los reaccionarios: la confederación patronal Confindustria y la totalidad de las fuerzas patronales; el conjunto de los medios de comunicación (a excepción del diario *Il Manifesto* y de *Liberazione*, el semanario del PRC), los partidos tradicionales de Gobierno, grandes y pequeños, así como los dos grandes partidos de "oposición": el PDS (ex-PCI) y la Liga del Norte (fuerza populista de derecha). Las formaciones burguesas quieren simplificar la constitución de los ejecutivos, sustraerlos al control parlamentario, reducir las representaciones políticas y excluir del Parlamento las oposiciones de izquierda combativas.

La mayor parte de la vieja *nomenklatura* de los partidos de Gobierno se ha alineado tras este proyecto (que, en un principio, no compartían). Gracias a los futuros colegios electorales uninominales, podrá hacer valer el peso de las clientelas que aún conserva. Espera poder reciclarse y hacer olvidar los escándalos.

El PDS pretende que el nuevo sistema resuelva la crisis asegurando la alternancia entre una fuerza conservadora y una izquierda moderada. No es evidente lo que el partido de Ochetto puede entender por "izquierda moderada": en Varese, una de las principales ciudades lombardas, en la provincia de Milán, el PDS ha apoyado la formación de un gobierno municipal de la Liga del Norte.

Contra este proyecto "transformista" (cambiarlo todo para que todo siga igual), el PRC ha estado en primera fila de la movilización en defensa del sistema proporcional. El Comité Nacional por el "no" está apoyado por la *Rete* (la Red), una fuerza democrática muy activa en la lucha contra los *tangentopoli* (sobornos), dirigida por Orlando —ex alcalde democristiano de Palermo—, por Novelli —ex alcalde comunista de Turín—, por Los Verdes, cuya asamblea nacional se ha pronunciado en ese sentido (aunque por una escasa mayoría) y por varias personalidades pertenecientes a los "comunistas democráticos", una minoría del PDS.

En el lado opuesto del arco político, los fascistas del MSI aceptan el régimen presidencial, pero rechazan una ley que, como en Francia, les excluiría del Parlamento.

La batalla ha sido muy viva: el frente del "sí", con el apoyo masivo de los medios de comunicación, orquestó desde hace meses una campaña mistificadora, autodefinida como progresista (o incluso revolucionaria), opuesta al sistema de los viejos partidos y a su corrupción. La campaña ha tenido un importante eco: el 61,5% de los votantes de la Red y el 57,5% de los votantes del PRC optaron por el sí.

La confrontación se dio en el marco de un agravamiento de la crisis del régimen: la investigación sobre los *tangentopoli* continúa en todo el país. Nuevas e importantes personalidades políticas o altos directivos de la industria están acusados. En el transcurso de las últimas semanas, las investigaciones se han ampliado. La figura emblemática de la Democracia Cristiana, en el Gobierno durante cuarenta años, el intocable Andreotti, está bajo investigación por implicación directa con la Mafia. Otros ex ministros demócratacristianos, entre ellos algunos que estuvieron al frente de Ministerio del Interior durante muchos años, están acusados de mantener lazos con la Mafia y la Camorra. La acción de la magistratura ha escapado totalmente no sólo a las fuerzas políticas, sino también a los grandes industriales. Sólo un santuario continúa estando fuera del alcance de los jueces: las tragedias de Estado que han constelado veinte años de la historia del país y tras las cuales están los antiguos Gobiernos, los servicios secretos y los fascistas.

A la crisis política hay que añadir la del movimiento sindical, después de las gran-

des movilizaciones del pasado otoño. El pasado 27 de febrero, el movimiento de los consejos obreros llamó a una manifestación nacional en Roma. La propuesta, apoyada a título individual por numerosos sindicalistas y por los Cobas (Comités de Base) tuvo un gran éxito: más de 100.000 trabajadores se movilizaron y entre sus reivindicaciones exigieron la convocatoria de una huelga general. Las direcciones confederales dieron una respuesta obligada e insuficiente: una huelga el 2 de abril, combinada con la iniciativa de la Confederación Europea de Sindicatos (CES), limitada a cuatro horas, que poco ha podido pesar sobre la situación política. De hecho, las direcciones sindicales han venido apoyando al Gobierno de Amato, entablando con él negociaciones sistemáticas. Esto no favoreció ciertamente la participación en la huelga que, a pesar de todo, tuvo un buen nivel, aunque mucho menor que el obtenido por las del otoño pasado. El movimiento de los consejos de fábrica y los Cobas llamaron a participar en la huelga bajo sus propias plataformas: contra la política gubernamental, defensa del empleo, reducción de las horas de trabajo. El mismo día empezaron a recoger firmas por la abolición del monopolio de la representación de los aparatos sindicales en el interior de las fábricas.

En este contexto se han abierto espacios crecientes para la derecha. No sólo para la Liga del Norte, sino también para los fascistas del Movimiento Social Italiano, que han aumentado espectacularmente sus resultados electorales en el Sur (17,6% en las elecciones municipales de finales del año pasado en Reggio Calabria).

Sudáfrica. Asesinato de Chris Hani, el símbolo de la izquierda del ANC

[El asesinato de Chris Hani ha provocado una explosión de indignación y de lucha en los townships, los ghettos negros de Sudáfrica. Hani era uno de los máximos dirigentes del ANC y, por consiguiente, desempeñaba un papel muy importante en las negociaciones con De Klerk. Pese a ello simbolizaba una cierta radicalidad, una opción a la izquierda de la representada por Mandela y la mayoría de la dirección. Uno de sus más próximos colaboradores, el dirigente de la Liga de la Juventud del ANC, Peter Mokaba, declaró tras conocer el crimen: « Se nos pide que nos mantengamos tranquilos cuando queremos responder. La negociación no es la única vía. (Hay que) destruir las estructuras del apartheid en los townships»].

Chris Hani era más popular que Nelson Mandela en la juventud marginada de los ghettos negros. Era el héroe de esos jóvenes turbulentos, siempre dispuestos a criticar a los dirigentes del Congreso Nacional Africano (ANC) sospechosos de colusión con el poder blanco. Él les inspiraba respeto. Este antiguo jurista, licenciado en latín, apasionado por la literatura y la poesía inglesas, encarnaba a la vez la "grandeza" del Umkhonto We Sizwe (MK, la Lanza de la Nación), la organización armada del ANC —de cuyo Estado Mayor había sido jefe de 1987 a 1991— y la del Partido Comunista Sudafricano (SACP), en el que había sucedido el 6 de diciembre de 1991 a Joe Slovo

en la secretaría general. Sabía perfectamente encontrar las palabras justas y los slogans que, según la situación, galvanizaban o tranquilizaban.

A los cincuenta años, este experto melómano que adoraba a Listz, había pasado más de la mitad de su vida en el exilio, entregado en cuerpo y alma a la causa del ANC, al que se había unido en 1957, afiliándose a su organización juvenil, la Liga de la Juventud (ANCYL). Volvió al país después de la liberación de Nelson Mandela, el 11 de febrero de 1990. Entonces declaró: «La muerte fue mi compañera durante largos años, pero ahora quiero vivir en una África del Sur libre, incluso si tengo que dar mi vida para lograrlo».

Chris Hani había nacido el 28 de junio de 1942 en Cofimvaba, en Transkei. Había estudiado latín e inglés en una universidad para negros en Fort-Hare y posteriormente en Rhodes. Su adhesión al SACP (ilegal desde 1950) le valió ser condenado a dieciocho meses de prisión en 1962. Abandonó clandestinamente el país el año siguiente, después de que hubiera sido desestimada una apelación contra su sentencia, y fue a combatir a Rodhesia en la filas independentistas de la Unión del Pueblo Africano de Zimbabwe.

A comienzos de los años 70, hizo frecuentes incursiones en Sudáfrica, para organizar las estructuras clandestinas del MK, en la provincia de El Cabo, siguiendo las instrucciones del ANC, que posteriormente le envió a Zambia, donde llegó a ser comisario político y comandante en jefe adjunto del MK. Estas funciones le llevaron, si no a participar, al menos a estar presente en la represión de los motines que hubo en varios campos de entrenamiento del ANC en Angola. En los últimos años afirmó no haber tenido ninguna responsabilidad en las torturas y ejecuciones que se realizaron después de estas rebeliones.

Convertido a la paz

Chris Hani pudo tomar la medida exacta de su popularidad en el Congreso del ANC, el 7 de julio de 1991, al ser elegido en cabeza, con el 95% de los votos, para el Consejo Nacional Ejecutivo, la más alta instancia organizativa, que acababa de elegir a Nelson Mandela como presidente.

Chris Hani era un tribuno. Reunía un apoyo unánime dentro de la triple alianza ANC-SACP-COSATU (Congreso de los Sindicatos Sudafricanos). Algunos veían en él al sucesor potencial de Mandela. Fiel a sus convicciones, pero muy pragmático, había abandonado la idea de la utilidad de la lucha armada. Muy afectado por la violencia que hace estragos en el país, proponía la paz y la tolerancia. Después de haber comprobado la deriva de las «unidades de autodefensa» en las *townships*, trabajaba en el momento de su asesinato en un informe sobre una «fuerza de mantenimiento de la paz» que, según él, habría podido restablecer el orden en las ciudades negras. [*Frédéric Fritscher/ Le Monde/ 13 de abril de 1993*].

3 miradas Voces

Saharai



Victoria



Creciendo



Sombras



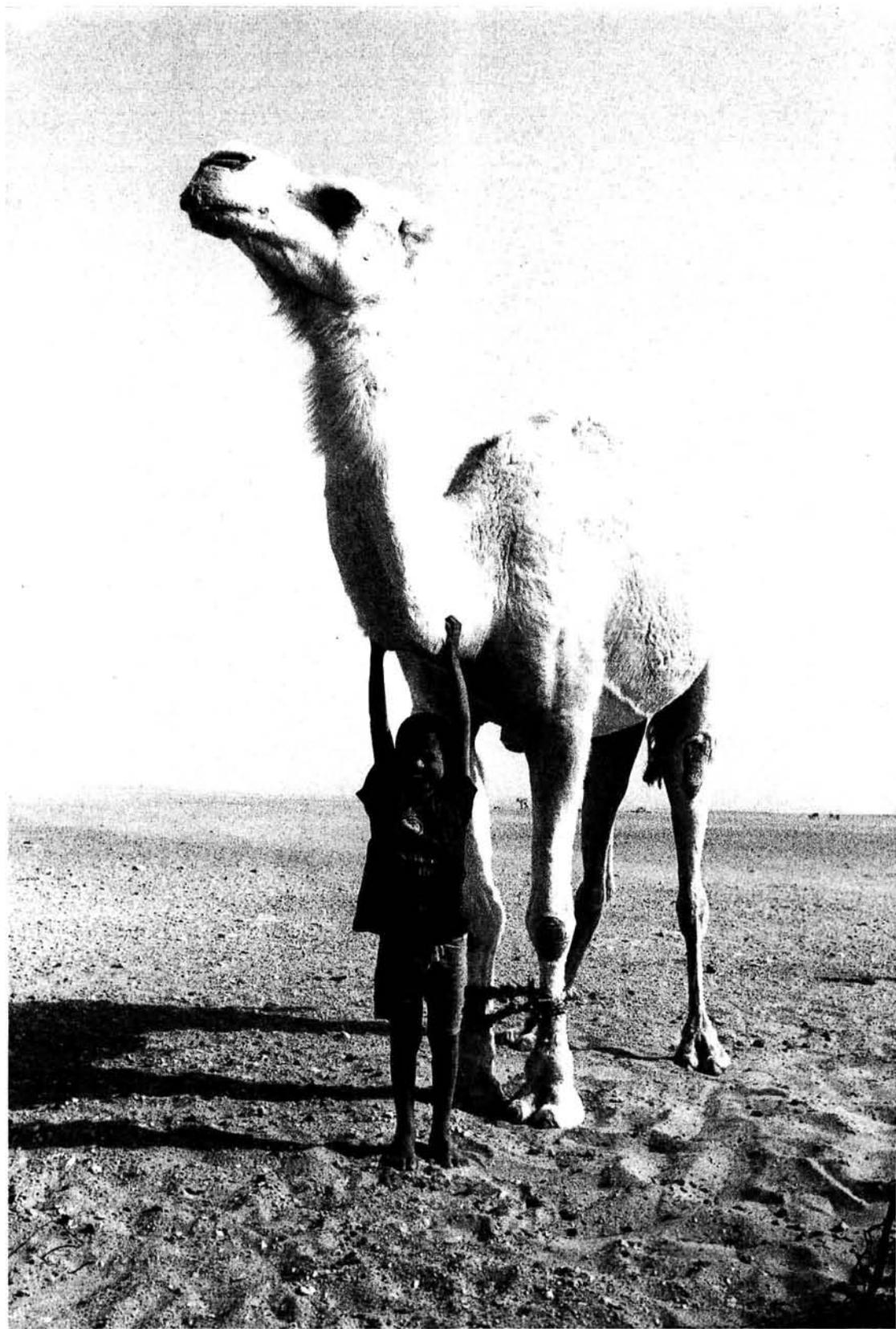
A gusto



Y tú qué miras...

Fotos de Manuel Alcalde











1 Europa sin atributos

La izquierda y la Unión Europea

Javier Álvarez Dorronsoro

Con razón se viene diciendo que la unidad europea sufre hoy graves síntomas de agotamiento. El nulo progreso frente a la crisis económica, la incapacidad para poner fin a la guerra de la ex-Yugoslavia, los inacabables obstáculos que surgen en el camino de la aprobación del Tratado de la Unión Europea, provocan la apatía ciudadana por el llamado ideal europeísta. Maastricht no apasiona a nadie. Ni tan siquiera sus protagonistas en el Estado español están en condiciones de utilizar la firma del Tratado como baza electoral. El futuro de Maastricht está lleno de incertidumbres, poco se puede adelantar sobre él; su pasado, sí merece quizás una reflexión, de vez en cuando.

La defensa del Tratado de la Unión Europea se ha hecho, la mayor parte de las veces, en tonos demagógicos, atribuyendo al proceso comunitario virtudes en los terrenos económico y social, indemostrables. Un ejemplo de esta visión apologética lo constituye el folleto de propaganda gubernamental sobre Maastricht en el que pueden leerse cosas como: «Incorpora una clara dimensión social», «fortalece una política de cooperación al desarrollo», «permitirá una mayor creación de empleo» y «aumentará el control democrático» /1.

Hay también defensas más inteligentes, mejor articuladas, en las que sus autores cuidan de que el ensalzamiento del proceso unitario no eclipsen totalmente las incer-

1/ El Gobierno informa: *Tratado de la Unión Europea*, editado con el patrocinio del Banco Exterior de España y Argentinaria.

tidumbre que derivan de él. Un ejemplo lo constituye el artículo de Edgar Morin publicado en la prensa española ² al calor de la campaña del referéndum en Francia, pero que mantiene su actualidad porque una buena parte de sus argumentos en favor de la Unión Europea no han encontrado respuesta en los planteamientos críticos que se han hecho sobre el Tratado en nuestro país. Creo que no es arriesgado afirmar que la mayor parte de ellos asumen acriticamente algunos de los principios que para el filósofo francés avalan el proceso comunitario. En las siguientes líneas comentaré el artículo de Edgar Morin y haré referencia de las carencias que a mi juicio evidencian muchas de las críticas a la Unión Europea.

Crisis del Estado-nación

Morin comienza su artículo haciendo una breve referencia a las principales cuestiones que plantea el Tratado de Maastricht. Dicho Tratado, dice, no sólo aviva los problemas del abandono de la soberanía sino también otros problemas reales como son el hiperdesarrollo de una Europa tecnoburocrática y de una Europa de los mercaderes, el peligro de una Alemania que podría aplastar a sus socios y la insuficiencia de una Europa disociada de su parte oriental. Sin embargo, argumenta a lo largo del artículo, Maastricht no empeora estos problemas sino que, por el contrario, es un camino para resolverlos.

La nueva etapa prepara el avance hacia competencias no sólo económicas, sino también políticas que conllevan el deterioro de la soberanía absoluta de los Estados-nación. Sin embargo, se pregunta, ¿no se han venido abajo, en realidad, ciertos poderes absolutos propios del Estado-nación? La universalización de la economía, los problemas ecológicos como el recalentamiento de la atmósfera, la contaminación y toxicidad de las aguas y los agujeros de la capa de ozono, pondrían de manifiesto que el Estado-nación se ha vuelto demasiado pequeño para estos problemas que, al ser cada vez mayores, exceden sus competencias. Se necesitarían instituciones mundiales, aunque de todas maneras —afirma Morin— Europa permitiría volver a crear posibilidades de acción y decisión al nivel colectivo: «*son estas interdependencias, cada vez más estrechas, las que permiten y exigen intersolidaridades. Pase lo que pase, el deterioro de la soberanía absoluta del Estado-nación sigue su curso inexorable*». La misión de Europa es superar el Estado-nación, pero ello, en el pensamiento del autor, no significa su liquidación, sino que conservará su propia soberanía sobre todo aquello que esté dentro de sus niveles de competencia. Para eso está el principio de subsidiariedad.

En lo que concierne al problema de los nacionalismos, estamos, en opinión de Morin, en una época de regreso a los orígenes para lo bueno y para lo malo. En Occidente, el despertar de la radicalización nacionalista no se manifiesta todavía contra el vecino territorial, sino contra el árabe o el judío. Lo bueno no sería sólo la defensa común de las identidades culturales, sino también el volver a asumir la herencia humanista y universalista que fue elaborada por el diálogo cultural europeo. Cosa que podrá hacerse, estima, si «*la Europa política es nuestros cimientos y la Europa cultural nuestra fuente*».

En lo que se refiere al peligro de tecnoburocratización, admite que éste es

² "Esperanzas y miedos de Europa", *El País*, 26 de junio de 1992.

comprensible pero que fueron los Estados-nación los que primero se burocratizaron. Maastricht crea las condiciones de una reacción contra ellas: abre, dice Morin, posibilidades a una opinión pública europea que permitirá, en definitiva, agilizar la vida política.

Por otra parte, añade el autor, la tecnoburocracia y el Mercado Común trabajan de hecho en su propia superación, puesto que han creado las condiciones de una Europa política, diplomática y militar. Lo que hoy importa, en definitiva, es el contexto histórico, no las letras de los tratados ya que su sentido dependerá de la dinámicas que desencadene.

Sus referencias a la dimensión económica son escasas. Cuando las hace es para prevenirnos de que no puede excluirse la cristalización de una Europa consagrada tan sólo al poder económico. La apuesta de Maastricht tiene sus riesgos, pero lo que importa frente a los actuales procesos de disociación e integración es optar por estos últimos. Esta opción es el significado principal de Maastricht. Con estas ideas pone Morin punto final a su defensa de la Unión Europea.

A lo largo del escrito el autor trata de justificar por qué hay que defender la "asociación" frente a las fuerzas que operan en favor de la disgregación. Existen fuerzas integradoras y fuerzas de dislocación y ante este dilema, nos dice, hay que optar por las primeras. Hasta aquí su planteamiento es claro. Más oscura resulta la justificación del curso inexorable del deterioro del Estado-nación. Proporciona datos según los cuales ciertos problemas globales deberían atenderse desde instancias supranacionales. *Deberían*, dentro de su punto de vista, superarse las soberanías de los Estados-nación, pero el paso del "debe" al "es" lo realiza sin miramiento alguno.

Defectos de las críticas de izquierda

Este último defecto, pero de forma más acusada, se repite en las objeciones puestas desde la izquierda al Tratado de la Unión Europea. Estas impugnaciones convierten en blanco de sus críticas los enfoques economicistas y los déficits sociales y democráticos pero, en general, parten de la presunción de que las estructuras supraestatales son hoy inevitables como producto del proceso de expansión de las necesidades económicas. Desde esta perspectiva, lo inevitable se eleva a categoría de necesidad histórica y se apoya gratuitamente en un juicio de valor que lo convierte en *bueno*. O lo que es lo mismo, quien considera cuestionable ese proceso se hace merecedor de un juicio condenatorio por defender algo indebido.

Esta lógica ha sido frecuente en el pensamiento de la izquierda. Las críticas a Maastricht formuladas desde esta óptica rara vez cuestionan o se preguntan por el sentido mismo de la construcción de la Europa Comunitaria.

Siguiendo con el artículo, la necesidad de adoptar soluciones globales para problemas globales como los ecológicos parece obvio, pero es más discutible pensar que las instituciones supraestatales de la Comunidad Europea van a tratar con un espíritu solidario estos problemas.

Hay quien ha definido certeramente el proceso de integración comunitaria como un movimiento de repliegue de los países más ricos defendiendo su bienestar, imponiéndose lo que se ha dado en llamar «el espíritu de la fortaleza» /3. La caída de los

3/ Argullol, Rafael y Trias, Eugenio: *El Cansancio de Occidente*, Ediciones Destino, pág. 25, 1992.

regímenes del Este ha sido una de las circunstancias que ha puesto en evidencia este espíritu insolidario. Si antes se explicaba el reagrupamiento exclusivo de los países de Europa Occidental, debido a la existencia de bloques, hoy carece de validez este argumento. Sin embargo, la marginación de los países de la Europa Central y de la Europa del Este de la construcción europea -el objetivo de la unidad monetaria aleja todavía más la posibilidad de su integración- pone en entredicho los supuestos políticos y espirituales de dicho proceso o la pretendida motivación de edificar instituciones que favorezcan la solución de los problemas globales, que afectan a todos los países.

Los límites del universalismo

El remedio que prescribe contra la xenofobia o el racismo no deja de ser bastante ingenuo. Confiar en la tradición "universalista" y en los cimientos políticos de la Europa que se está conformando para construir un futuro sin enfrentamientos por cuestiones de identidad, significa no encarar en absoluto lo que hay de problemático tanto en esa tradición como en las medidas políticas que la Comunidad está adoptando con respecto a terceros países. Hay que recordar que ese "universalismo" ha consistido no pocas veces en un intento de imponer, a cualquier precio, unas pautas de vida y unos criterios espirituales y morales exclusivos de unos pocos países; y que entre esas medidas políticas están los acuerdos de Schengen, que no hacen sino levantar nuevas murallas para diferenciar al *europeo occidental* del *otro* y reforzar la "Europa fortaleza".

Respecto a "tecnoburocratización", mantener que la unidad europea conduce a un proceso creciente de burocratización y tecnocratización no significa olvidar la existencia de este mismo problema en los Estados-nación.

Resulta, por lo demás, poco creíble conjeturar que el Tratado de la Unión Europea habilita las condiciones para una reacción contra la burocratización por el hecho de favorecer una supuesta opinión pública europea. Morin pasa por alto los efectos producidos por el progresivo distanciamiento de las instancias resolutorias de los ciudadanos. Para ejemplificar esa concentración del poder de decisión, Jacques Delors afirmaba que el 80% de la legislación se originará en el futuro en los organismos centrales de la Comunidad. Puede estimarse con fundamento que tal alejamiento va a actuar precisamente como factor de disuasión para la movilización de comunidades de ciudadanos afectadas por problemas locales. Es muy probable que éstas vayan perdiendo la confianza en su acción y en la eficacia de las "opiniones públicas" en la medida en que sus reivindicaciones vayan recibiendo la respuesta de «eso es cosa de Bruselas».

Las motivaciones de las decisiones políticas que se toman en Bruselas parecerán cada vez menos comprensibles y más complejas a los ciudadanos. Estas decisiones siempre podrán justificarse por necesidades reales o imaginarias que no alcanzan a ver los ciudadanos de una determinada comunidad. No es extraño que los hacedores de la Comunidad sostengan que sólo un organismo especializado como la Comisión (formada por 17 miembros no elegidos democráticamente y 13.500 funcionarios) podrá realizar las tareas de mayor responsabilidad. Tampoco sorprende que este abis-

mo infranqueable que se abre entre la competencia de una mayoría abrumadora de ciudadanos y la burocracia política genere cada vez más apatía.

El triunfo de la burocracia

Las críticas a Maastricht desde la izquierda han soslayado estos problemas y han reclamado en primer lugar, más poder político para las instancias comunitarias y, en segundo, mayores atribuciones para el Parlamento Europeo. Han puesto de manifiesto con acierto que la capacidad decisoria de este organismo (elegido) frente a los de la Comisión o el Consejo de Ministros (no elegidos) es insignificante y que el llamado procedimiento de "codecisión" sólo le confiere capacidad para enmendar determinadas materias tras un complejo proceso de idas y venidas entre el Parlamento, la Comisión y el Consejo. Pocas veces se ha puesto el énfasis necesario -Morin ni lo menciona al hablar de las amenazas de tecnocratización- en la introducción a través del Tratado de la Unión Europea de un vasto campo de decisiones muy sustanciales, como es el ámbito de la política monetaria, sobre el que ninguna de las instancias políticas de la comunidad tiene nada que decidir, y menos todavía el Parlamento Europeo por mucho progreso que experimente en sus atribuciones.

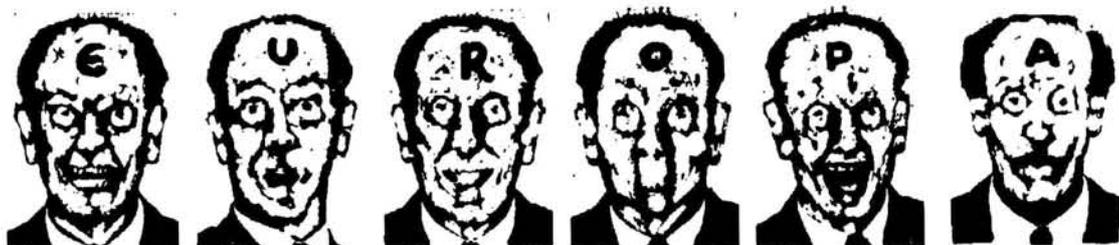
La independencia de los nuevos organismos económicos esta recogida en el artículo 107, que vale la pena reproducir en su integridad: *«En el ejercicio de las facultades y en el desempeño de las funciones y obligaciones que les asignan el presente Tratado y los Estatutos del SBEC (Sistema Bancario Central Europeo) ni el BCE (Banco Central Europeo) ni los bancos centrales nacionales, ni ninguno de los miembros de sus órganos rectores podrán solicitar o aceptar instrucciones de las instituciones u organismos comunitarios, ni de los Gobiernos de los Estados miembros, se comprometen a respetar este principio y a no tratar de influir en los miembros de los órganos rectores del BCE y de los bancos centrales nacionales en el ejercicio de sus funciones»* ⁴. Estas líneas ilustran claramente la separación entre economía y política que produce el pensamiento liberal. El ámbito de la primera está al parecer dominado hasta tal punto por "leyes naturales" que se hace indispensable protegerlo de la intervención de las instancias políticas. Todavía, en los Estados-nación, las instituciones gubernativas parlamentarias requieren para legitimarse someterse a procesos electivos. Los organismos económicos de la Comunidad, por el contrario, con poderes cada vez más decisivos en sus manos, no necesitan otra legitimación que su propia "eficacia", al margen de la consideración que merecen los fines a los que ésta sirva. ¿Qué es esto sino el «triunfo de la burocracia», como diría Max Weber?

Las críticas desde la izquierda han estado más atinadas al denunciar la hipertrofia de de motivaciones económicas en el proceso unitario, el predominio de la visión monetarista en la integración económica y la debilidad de las medidas sociales, cuando no la despreocupación sobre ellas. Nada de esto se vislumbra en el análisis de Morin sobre la Unión Europea.

Por último, cabe hacer mención a otro defecto del que han adolecido estas críticas: la poca atención que ha merecido el cuestionamiento de llamado ideal europeísta.

⁴ Tratado de la Unión Europea, pág.31. Edición en castellano, CEE, Bruselas.

Muchas de ellas ha ido siempre precedidas por la “inequívoca” profesión de fe europeísta. Bastaría traer a colación algunas de las creencias en que dicho ideal se afirma para considerarlo como más que problemático. Entre ellas: la ambición de constituir un tercer bloque para ser más competitivos frente a Estados Unidos y el Japón; la necesidad -no se sabe por qué razón- de asociarse que tienen los países con un nivel similar de privilegios; la conciencia de poseer una cultura “universalizadora”, digna de ser adoptada por otros pueblos. En general, una reflexión seria y profunda sobre las relaciones entre la construcción europea y la solidaridad con otros pueblos ha estado ausente de estas críticas.



2 Europa sin atributos

El ciclo de la posguerra (1945-1992)

Samir Amin

Acaba de terminar un medio siglo que, con el paso del tiempo, parece haber constituido un ciclo histórico ya cerrado. Entramos probablemente en un nuevo ciclo cuyas características, tal como se esbozan, parecen ya completamente diferentes a los que han marcado el medio siglo que se acaba. Una vez más, con el paso del tiempo, parece posible calificar los rasgos fundamentales del ciclo acabado, como sin duda no se podía hacer —al menos de forma más precisa— hace sólo unos pocos años.

Por mi parte, caracterizo el sistema de la posguerra por los tres pilares sobre los que reposaba: el fordismo en Occidente capitalista, el sovetismo en los países del Este, el desarrollismo en el Tercer Mundo.

Explicaré brevemente aquí cómo cada uno de esos pilares definían un orden social y político para cada una de estas regiones, un cierto equilibrio de las relaciones entre ellas tanto en el terreno económico como político e ideológico, como gradualmente estos sistemas a la vez competidores y complementarios se han erosionado hasta el momento en el que, al final de nuestro ciclo, se hundían uno tras otro, cerrando así el ciclo. A partir de ahí, el mundo ha entrado en un período de turbulencias que acompañan las reestructuraciones en curso y su eventual articulación sobre principios

cualitativamente nuevos /1.

El orden internacional que ha caracterizado el período era la resultante de las confrontaciones entre los intereses de las fuerzas dominantes, operando en cada uno de los subsistemas del sistema mundial. Y el medio siglo de la posguerra se subdivide en tres tiempos sucesivos.

El decenio 1945-1955

Es el período de puesta en pie del sistema en cada una de sus tres dimensiones.

Los Estados Unidos se habían beneficiado de la guerra. Era una ocasión inesperada para ellos, a la vez de salir de la gran crisis de los años treinta, de acelerar la modernización de su sistema productivo generalizando el modelo fordista creado en los años veinte, y de adquirir una posición de liderazgo en todos los terrenos. Este liderazgo había sido tristemente simbolizado por el uso de su monopolio nuclear en el bombardeo de Hiroshima y de Nagasaki en agosto de 1945. El retraso de Europa y del Japón, que apareció tras la 1ª Gran Guerra /2, agravado por las agotadoras luchas llevadas a cabo entre vencedores y vencidos de 1919 y la gran crisis, adquirió aspectos dramáticos debido a las destrucciones de la guerra.

Sin embargo el tejido social europeo y japonés era suficientemente fuerte para que lo que había ocurrido en 1919 -la radicalización revolucionaria- no se reprodujera. Al contrario, Europa a partir de 1947-48 (Plan Marshall), y el Japón desde 1951 (Tratado de San Francisco), entraron en un desarrollo acelerado sobre la base del modelo fordista americano. En 1919, el compromiso histórico capital/trabajo que será la base de la regulación ideológica está aún en sus balbucesos. Sin embargo, ha sido ideológicamente preparado por la adhesión masiva de las clases obreras a sus burguesías imperialistas desde el fin del siglo XIX y sobretodo desde 1914.

En 1945, existen todas las condiciones para que una “modernización-americanización” acelerada se despliegue en el marco de la hegemonía de los EEUU, aceptada sin reticencias /3 a pesar de algunas batallas retóricas de retarguardia llevadas a cabo por los viejos colonialismos.

El período de puesta en pie del sistema se acaba a mediados de los años 50 con el despegue japonés y el comienzo de la construcción europea (Tratado de Roma, 1957).

El soviétismo se había cristalizado durante los años treinta. La revolución rusa había sido confrontada desde el comienzo a exigencias contradictorias: ¿había que dar la prioridad a las exigencias de “recuperación del atraso”, lo que implicaba reproducir ampliamente las estructuras del capitalismo, o a los objetivos de “construir otra cosa” (una sociedad sin clases)? A partir de 1930, se opta por la primera opción y el sistema se aleja progresivamente de sus objetivos socialistas iniciales.

El soviétismo había sufrido a continuación la prueba del fuego y había salido victo-

1/ Remito aquí a los tres estudios que he propuesto concernientes a cada uno de los pilares considerados: *A propósito de la regulación* (1992); *Treinta años de crítica del sistema soviético 1960-1990* (1991); *Hace treinta años, Bandung* (1985). Esto dispensa de detallar el sentido que doy a cada uno de estos pilares.

2/ Este retraso está principalmente marcado por la débil penetración del modelo fordista.

3/ La creación de la OTAN en 1949 lo demuestra.

rioso de su confrontación con el nazismo, en cuya derrota había jugado el papel decisivo. Así, a pesar de las destrucciones inmensas de la guerra, la Unión Soviética gozaba en 1945 de un prestigio enorme que le permitió franquear la primera etapa en la prueba de la nueva guerra que le declararon los EEUU, con la imposición de la guerra fría. Pero en 1945, la URSS está a la defensiva, y no alcanzará al adversario americano, en el terreno militar, sino muy tardíamente, a fines de los años sesenta.

Por ello califico el sistema de la "bipolaridad" Estados Unidos-URSS, no de sistema Yalta, como se le llama a menudo, muy superficialmente, sino de sistema Potsdam **4**. El soviétismo que se despliega en la posguerra hasta la muerte de Stalin (1953) sigue estando estrictamente a la defensiva. Sin embargo en los años posteriores, comienza una contraofensiva por su acercamiento con el nacionalismo ascendente en el Tercer Mundo, principalmente apoyando el frente de Bandung **5** en 1955. Pero al mismo tiempo, por razones complejas, que tienen que ver a la vez con las divergencias entre el maoísmo y el soviétismo y con las apreciaciones diferentes de las perspectivas ofrecidas por la revuelta del Tercer Mundo, la ruptura entre las dos grandes potencias orientales comienza en 1957.

Al salir de la guerra, las sociedades africanas y asiáticas que evolucionaban en la periferia del sistema capitalista mundial estaban aún sometidas al régimen colonial. La polarización centros/periferias había tomado, a partir de 1800, la forma asociada al colonialismo de un contraste entre regiones industrializadas/regiones privadas de industrias. La revuelta de los pueblos de Africa y Asia, preparada por medio siglo de recomposición ideológica y política en torno al nuevo nacionalismo, estalló a partir de 1945 e impuso, en el curso de los quince años siguientes, la reconquista de la independencia política de las naciones de Asia y luego de Africa.

Todo estaba dispuesto para que se expresara, a través de la ideología de Bandung (1955), el nuevo "desarrollismo": independencia, modernización, industrialización. Se comienza entonces una alianza estratégica entre este movimiento y la Unión Soviética, que sale así de su aislamiento. Al mismo tiempo, se establece un diálogo entre el movimiento afroasiático y el nuevo "desarrollismo" de América Latina que, aunque no confrontado a las cuestiones de conquista de la independencia política y de una afirmación cultural no europea, está también preocupado por las exigencias de la modernización y de la industrialización de su continente.

La era de Bandung (1955-1975)

Si califico la segunda fase del ciclo de la posguerra por este carácter dominante, no es por algún prejuicio "tercermundista", sino porque el despliegue del sistema mundial

4/ En Yalta, los EEUU no tienen aún el arma nuclear, y, por ello, están obligados a aceptar la idea de que la URSS construya en su beneficio un *glacis* de protección en Europa oriental, contra una eventual resurrección del militarismo alemán; en Potsdam, ya la tienen, y, seguros de su supremacía, deciden imponer a la URSS una agotadora carrera de armamentos.

5/ En la ciudad indonesia de Bandung tuvo lugar en abril de 1955 una Conferencia Afroasiática, convocada con Indonesia, Ceilán, India, Birmania y Pakistán, a la que asistieron representantes de 24 países asiáticos y africanos. Entre los principales líderes de esta Conferencia destacaron Nehru, Sukarno, Nasser, Che En Lai... Se acostumbra a considerar que aquí nació el movimiento de países "no alineados" (*nota del traductor*).

se organiza precisamente en torno a la emergencia del Tercer Mundo. La modernización y la industrialización transforman radicalmente Asia, África y América Latina. El mundo de hoy y de mañana no será ya el que ha sido durante los cinco siglos precedentes del despliegue capitalista. La acumulación del capital a escala mundial ha tomado una nueva dimensión.

La era de Bandung, la del triunfo de la ideología del “desarrollo”, estaba fundada en un conjunto de certezas aparentes, propias de cada una de las regiones del mundo, pero todas profundamente ancladas en las opiniones dominantes: el keynesianismo y el mito del crecimiento dominado e indefinido en el Oeste; el mito de que el desarrollo occidental sería alcanzado por el “socialismo” de Estado soviético; y, para el Tercer Mundo, el mito de la recuperación del atraso dentro de la interdependencia.

Por supuesto, estos mitos dominantes fueron objeto de críticas, aunque siempre minoritarias, poco y mal entendidas. Durante todo el período, el Tercer Mundo fue el teatro de un enfrentamiento continuo entre diferentes líneas de “desarrollo”, más o menos radicales que se expresaban a la vez en el terreno social, en el terreno ideológico y en el plano cultural. El maoísmo de 1956-1975 representó el apogeo de estos enfrentamientos. Este período fue también el de la intervención de la Unión Soviética en la escena mundial, rompiendo su aislamiento precisamente por su alianza con el movimiento ascendente de la liberación nacional en el Tercer Mundo. Dio así al sistema mundial la apariencia de una bipolaridad dominada por el conflicto de las dos superpotencias. De hecho, era una apariencia. En la carrera de armamentos, impuesta por Washington, la Unión Soviética se agotaba progresivamente. El objetivo estratégico de la intervención soviética en la escena mundial -hacer estallar la Alianza Atlántica- no era “conquistar Europa”, ni exportar su “socialismo”, sino sencillamente poner término al hegemonismo mundial americano y sustituirlo por la coexistencia pacífica en un mundo pluricéntrico. Esta estrategia ha fracasado finalmente.

Pues durante todo este período, e incluso después, el Occidente capitalista ha permanecido unido tras los EEUU, no por temor al expansionismo soviético **6**, sino por profundas razones relativas a la interpenetración de la acumulación capitalista a escala mundial. A pesar de su progresión, Europa y Japón no contemplan su conflicto con los Estados Unidos según el modelo del conflicto de los imperialismos de las etapas anteriores de la historia.

Las crisis y el hundimiento (1975-1992)

El tercer momento del ciclo de la posguerra es el del hundimiento de los tres pilares sobre los que reposaban tanto el orden interno propio de cada país como el orden mundial en su globalidad.

La crisis se abre en primer lugar en Occidente capitalista y pone en cuestión el mito del crecimiento indefinido **7**. Los años que siguen dan esperanzas de una posible renovación de la izquierda en Occidente, anestesiada por su realiamiento

6/ Las clases dirigentes occidentales conocen la inexistencia de este expansionismo, incluso si el tema de este peligro estaba continuamente explotado de cara a la opinión pública.

7/ 1968 marca en este plano el giro decisivo.

proimperialista desde finales del siglo pasado. Pero estas esperanzas se agotan rápidamente en la inconsistencia de los proyectos, abriendo el camino a partir de 1980 a la ofensiva neoliberal que impone sus respuestas, sin ser capaz sin embargo de hacer salir a las sociedades occidentales del túnel de la larga crisis y de resucitar las ilusiones del crecimiento indefinido.

Por otro lado, el endurecimiento de las relaciones Norte-Sur que acompaña la crisis de la acumulación capitalista acelera la erosión de las ilusiones del desarrollismo en el Tercer Mundo. Los regímenes radicales se hunden uno tras otro, abriendo el camino a las políticas reaccionarias llamadas “de ajuste estructural” impuestas por Occidente durante los años 80. Quede claro que este hundimiento no es producto de una agresión externa que habría matado un cuerpo sano. Es el resultado de la conjugación de los propios límites del proyecto de Bandung, de las contradicciones internas que ha suscitado el desarrollo, y de la nueva agresión exterior que acompaña el cambio de dirección de la coyuntura mundial. Por otra parte, el fracaso del proyecto de Bandung debía revelar también la fragilidad del apoyo soviético.

El tercer pilar del sistema de posguerra -el soviétismo- es el que ha tenido el hundimiento más desastroso. Roído en el interior hasta la médula, el edificio, de una apariencia siempre tan sólida que los ideólogos conservadores le habían calificado de «totalitarismo irreversible» (!), se ha hundido en algunos meses, no dejando tras de sí más que el caos /8.

¿Un ciclo de transición?

La historia no tiene fin. Cerrado el ciclo de posguerra, puede ser visto, como cualquier otro momento, como una “transición” entre lo que le ha precedido y lo que le sigue.

Al salir de la 2ª Guerra Mundial, el capitalismo realmente existente como sistema mundial presentaba aún dos caracteres fundamentales heredados de su formación histórica:

En primer lugar, los Estados nacionales burgueses, históricamente construidos como tales, constituían el marco político y social de gestión de economías capitalistas nacionales /9. Estos Estados constituían conjuntamente los centros del sistema mundial.

En segundo lugar, como ya hemos dicho, la polarización centros/periferias había revestido, desde que los centros hicieron su revolución industrial uno tras otro durante el siglo XIX, la forma de un contraste casi absoluto entre la industrialización de los centros y la ausencia de industria en las periferias. Ahora bien, en el curso del ciclo de la posguerra, estos dos caracteres se erosionaron progresivamente.

En primer lugar, las periferias, tras haber reconquistado su independencia política,

8/ Aquí también, por supuesto, el hundimiento es el resultado combinado de una evolución interna hacia un capitalismo “normal”, iniciado desde hace medio siglo, que se acelera de repente, y de la agresión exterior: la carrera de armamentos ganada por Washington.

9/ Es decir de sistemas productivos nacionales ampliamente controlados y dirigidos por el capital nacional, en competencia agresiva unos con los otros.

entran en la era de la industrialización, pero de forma desigual, hasta el punto de que la homogeneidad aparente producida hasta entonces por la ausencia común de industrias, cede su lugar a una diferenciación creciente entre un "Tercer Mundo" semi-industrializado y un "Cuarto Mundo" que no ha iniciado su revolución industrial.

Luego, la interpenetración de los capitales a escala del conjunto de los centros ha hecho estallar los sistemas productivos nacionales e iniciado su recomposición como segmentos de un sistema productivo mundializado.

El ciclo de posguerra puede ser pues visto hoy como el momento de la transición del antiguo sistema al nuevo. Pero entonces se plantea la cuestión de la calificación de este nuevo sistema, de la identificación de sus caracteres esenciales, de sus contradicciones, del sistema de su regulación, de las tendencias motrices de la dinámica de su desarrollo. Los principales desafíos a los que el análisis teórico y la práctica social y política están confrontados se articulan, entre otros, en torno a los dos caracteres esenciales nuevos mostrados en las líneas precedentes.

¿Inicia la industrialización en el Tercer Mundo una expansión geográfica del capitalismo que difumina progresivamente la polarización centros/periferias? O bien, ¿la polarización debe reproducirse revistiendo formas nuevas? Y en ese caso, ¿cuáles?

La "cuartomundización" de las regiones del Tercer Mundo que no han entrado en la industrialización, ¿es, en estas condiciones, un simple retraso en la expansión homogeneizadora del capitalismo a escala mundial, retraso debido en gran medida a factores internos particulares de las sociedades consideradas? ¿O bien expresa las leyes profundas por las cuales la polarización diferencia las periferias y margina a algunas de ellas?

¿La erosión de la eficacia del Estado nacional exige otro sistema de gestión política del sistema capitalista a escala nacional y mundial? ¿Estamos en el camino de la construcción de tal sistema? Y ¿cuáles serían sus características y sus leyes de funcionamiento?

Las respuestas a las preguntas planteadas aquí combinan necesariamente el análisis de las leyes que dominan la acumulación del capital y de las respuestas políticas e ideológicas de quienes componen estas sociedades frente a los desafíos que la lógica de la expansión del capitalismo representa para ellas. Así resulta que el futuro sigue siendo incierto, puesto que la evolución del capitalismo realmente existente está, a su vez, obligada a modularse según las soluciones políticas de las luchas ocasionadas por el conflicto de los intereses sociales.

Me contentaré aquí con recordar brevemente los elementos de respuesta que he avanzado en los últimos años.

La industrialización del Tercer Mundo no pondrá término a la polarización, en mi opinión inherente al capitalismo mundial realmente existente, sino que transferirá sus mecanismos y formas a otros planos, comandados por los monopolios financieros, tecnológicos, culturales y militares de los que gozan los centros.

La industrialización no reproducirá aquí una evolución social a imagen de la del Occidente desarrollado. Aquí, el fordismo vino después de que la sociedad hubiera sido transformada durante una larga preparación por la gran industria mecánica, apoyada por una revolución agrícola continua, operando en un ambiente favorable gracias a dos fenómenos. La emigración hacia las Américas ofrecía una salida a la explo-

sión demográfica europea y las conquistas coloniales procuraban materias primas a buen precio. El fordismo vino pues a facilitar el compromiso histórico capital/trabajo, facilitado por la reducción del ejército de reserva en los centros industriales. Por el contrario, en el Tercer Mundo en vías de industrialización, no existe ninguna de estas condiciones favorables para evitar que la expansión capitalista tome formas salvajes. La coexistencia aquí de un ejército activo en ofrecimiento rápido y de un ejército de reserva siempre abundante hace el conflicto social agudo y potencialmente revolucionario.

Esta situación, característica del capitalismo periférico moderno, crea condiciones políticas e ideológicas favorables a la construcción de alianzas nacionales y populares articuladas alrededor de la clase obrera, de los campesinos sobreexplotados por la carga del financiamiento de la expansión que les es impuesta y de las masas pobres marginadas, que constituyen el ejército de reserva.

En el Cuarto Mundo excluido de la industrialización, en esta etapa, el sistema social toma aspectos caricaturescos extremos. La gran mayoría está en efecto constituida por el ejército de reserva que reúne aquí a los pobres marginados y las masas campesinas excluidas de toda revolución agrícola. Frente a estas clases populares, las minorías que ejercen el poder son incapaces de afirmar cualquier legitimidad histórica. Pero la marginación misma de las clases populares conlleva una real debilidad de las luchas llevadas en el terreno de la producción y del poder. Por esto, los conflictos se encuentran transferidos al plano de la manifestación cultural, como síntomas de la crisis y no como respuestas a ésta.

En el Occidente desarrollado, el conflicto entre la lógica de la interpenetración del capital, que erosiona la eficacia del Estado nacional como marco de gestión de los compromisos sociales históricos, y la permanencia de sistemas políticos e ideológicos basados en realidades nacionales, no encontrará respuesta satisfactoria en mucho tiempo. La hegemonía de los EEUU sólo opera en el plano militar. La construcción europea tal como está concebida ¹⁰ y tal como opera en una coyuntura marcada por la agravación de las desigualdades intraeuropeas (la dominación alemana) no ofrece respuestas a la altura de los desafíos. Los proyectos de regionalización de las responsabilidades por enganche de las diversas regiones del Sur y del Este a cada uno de los tres centros que constituyen el Norte (Occidente) desarrollado tampoco parecen operativas.

En lo inmediato, el hundimiento de los sistemas soviéticos está llamado a ampliar la esfera de expansión del capitalismo periférico. Ninguna condición existe aquí para permitir la cristalización de respuestas socialdemócratas según los modelos occidentales.

Un tercer ciclo por construir

Los conflictos políticos e ideológicos y la expresión de proyectos alternativos progresistas han estado lastrados durante el ciclo de posguerra por los límites históricos de las tres ideologías dominantes descritas anteriormente: la social-democracia en el Oeste, el soviétismo en el Este, la ideología de la liberación nacional en el Sur. Ciertamente, se han manifestado durante este próximo pasado, indicios de superación de estas visiones de la izquierda a escala mundial.

10/ Un "supermercado" sin el acompañamiento de una política social progresista, que exigiría un poder político federal real.

En Europa, en medio de los años setenta, la crisis, inesperada, despertó esperanzas de una renovación de la izquierda y de una recomposición de la perspectiva socialista liberada tanto de los dogmas de la vieja socialdemocracia, cuyo éxito estaba estrechamente ligado al auge de la modernización de la posguerra, como de los dogmas del sovietismo. Pero esas esperanzas fueron rápidamente frustradas, y el retroceso de la socialdemocracia se hizo en beneficio de una reaparición de la vieja derecha, al menos hasta ahora.

En los países del Tercer Mundo, el debate no había dejado nunca de oponer en grados diversos, y a menudo con conflictos violentos, a las corrientes moderadas que controlaban los poderes del Estado contruidos en la perspectiva de Bandung y a los que afirmaban que la radicalización era la única respuesta posible a la degradación de los populismos no democráticos y a su recuperación fatal por el capitalismo mundial.

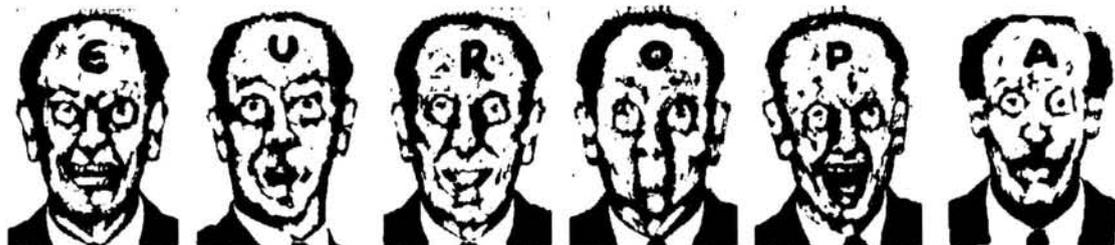
El debate giraba pues necesariamente alrededor de la cuestión central: ¿qué es el capitalismo realmente existente? ¿Su misión histórica está terminada? ¿Qué es la lucha por el socialismo? Por supuesto, conducía naturalmente a poner en cuestión el sovietismo. A partir de mediados de los años cincuenta—más exactamente del XX Congreso del PC de la URSS en 1956— el estalinismo se había convertido en objeto de crítica. Sin embargo, mientras que la crítica dominante que le era dirigida en la Unión Soviética era una crítica por la derecha—de Krushev a Gorbachov—, el maoísmo había intentando, durante los años sesenta y setenta, hacer una crítica por la izquierda.

Hoy se impone retomar todas estas cuestiones y los hundimientos acelerados de los mitos del ciclo de la posguerra deberían permitir ir en este sentido mucho más lejos de lo que era posible hasta ahora. Si la guerra de 1914 había cerrado el primer ciclo de desarrollo del pensamiento y de la acción socialistas, el segundo ciclo, abierto por la revolución rusa, se ha cerrado hoy. El tercer ciclo está por construir, en respuesta a los desafíos de un capitalismo que ha entrado en un ciclo nuevo de su desarrollo.

Mientras las propuestas en este sentido no se cristalicen suficientemente en la formulación de una alternativa socialista nueva, mientras las fuerzas sociales e ideológicas progresistas no se hayan convertido en vectores de las luchas por la afirmación de esta alternativa, las contradicciones que el capitalismo lleva en sí no generarán un “orden nuevo”, como se complacen en decir los neoliberales en el poder un poco en todas partes, sino sólo un caos catastrófico.

Politis/ Enero de 1993/ París

Traducción: Alberto Nadal



La Comunidad Europea y la Europa del Este: los nuevos muros

Peter Gowan

El colapso de la Unión Soviética en diciembre de 1991 coincidió con la firma del Tratado de la Unión Europea en Maastricht, lo que hizo que muchos comentaristas subrayasen el contraste entre la dinámica de integración de Europa Occidental y la de desintegración de Europa del Este. Pero poco más de un año después es posible ver con mayor claridad que la destrucción del ala oriental de la estructura de poder bipolar de la Europa de la posguerra está produciendo también importantes grietas en la otra parte del edificio.

Una dura transición

Existe un cierto consenso de que el colapso de los regímenes comunistas en 1989-90 abría un período de transición hacia la economía de mercado en Europa del Este, en otras palabras, hacia el capitalismo. Pero la definición en estos términos de la situación posterior a 1989 oscurece más aspectos esenciales de la realidad que los que revela: el colapso del comunismo ha significado un colapso de los mercados de Europa del Este y una dislocación económica de una magnitud solamente comparable a las sufridas durante la guerra. El fin de la "zona rublo" acabó con lo que era, de hecho, un subsidio anual soviético de 16.000 millones de dólares a la región, en moneda convertible imposible de obtener por otros medios, lo que provocó un catastrófico declive comercial. En 1990-91, algunos países vieron reducirse en un 90% sus exportaciones a los mercados soviéticos. Este hecho, y no la transición al capitalismo, se convirtió en la preocupación dominante para los políticos de Europa del Este.

Más aún, la transición al capitalismo no se presentaba como un desarrollo orgánico endógeno en ninguno de los antiguos países del COMECON. Antes de 1989 no había tenido lugar un desarrollo gradual de empresas privadas capitalistas a una escala socialmente significativa. Incluso en Hungría el sector capitalista era muy pequeño. A pesar de que los regímenes comunistas desaparecieron, la estructura socioeconómica de la región siguió siendo abrumadoramente la de un sistema socializado con un mercado de trabajo y un régimen de producción no-capitalistas, y sin que existiese un mercado de capitales (la estructura necesaria para la compra y venta de empresas).

La transición al capitalismo después de 1989 no ha sido, por lo tanto, una evolución orgánica doméstica, sino el resultado de la presión externa sobre las estructuras sociales de la región. Y ha correspondido a la Comunidad Europea ejercer el papel dirigente en esta presión.

El factor Occidente

El empuje para cambiar el sistema social del Este fue acordado en la Cumbre del G-7 de París de 1989 y se le otorgó a la Comisión de las Comunidades Europeas el papel

de ejecutar esta política en nombre de la OCDE, rebautizada para la ocasión como Grupo de los 24. El carácter coercitivo de la tarea fue comprendido por los políticos occidentales, como puso de manifiesto su decisión de condicionar el levantamiento de las barreras de la guerra fría impuestas contra las economías del COMECON a un rápido cambio interno del sistema social hacia el capitalismo.

Fue la política occidental, encabezada por la CE, la que hizo la transición al capitalismo la realidad dominante en Europa del Este después de 1989. Los Gobiernos de la zona, enfrentados al colapso de sus mercados regionales, con importantes deudas en moneda convertible y sufriendo aún las barreras de la guerra fría que impedían su incorporación a la economía mundial, buscaron desesperadamente el apoyo de la CE y del G-7. Necesitaban ser capaces de incrementar rápidamente sus exportaciones hacia Occidente y tener acceso a la división internacional del trabajo del mundo occidental. La CE condicionó cualquier avance en este sentido a un rápido cambio social interno.

Esta política de la CE ha sido apoyada de forma unánime, casi monolíticamente, por los dirigentes de los partidos del Parlamento Europeo. En general, las consecuencias coercitivas y el peligro que implica esta política han sido ocultados tras la retórica de la ayuda occidental a Europa del Este. Las diferencias que se han expresado dentro de la Comunidad sólo han sido cuantitativas y han adoptado la forma de desacuerdos sobre la cantidad de ayuda a enviar.

Pero el efecto de esta presión de la CE para provocar el cambio del sistema social de la región ha sido introducir enormes tensiones en los nuevos sistemas políticos de Europa del Este.

En el caso de Yugoslavia, esta política tuvo como resultado los esfuerzos del Gobierno Markovic para imponer una política de gran austeridad a las repúblicas en medio de una caída generalizada de los niveles de vida durante los años 80. El resultado fue el colapso del Gobierno y, poco después, de la misma federación.

En Polonia, el Plan Balcerowicz de terapia de choque provocó una caída de la producción de la que tardará por lo menos diez años en recuperarse, al mismo tiempo que dividía al Gobierno y llevaba al poder en 1992 a una coalición dirigida por la Unión Nacional Cristiana, que combina la demagogia nacionalista e integrista con la hostilidad a la CE, a pesar de continuar la orientación a favor de la privatización.

En Hungría, el Gobierno fue más prudente con los ritmos de cambio, pero la caída en los niveles de vida producida por el giro hacia el capitalismo tuvo como resultado el colapso del apoyo electoral de que había disfrutado el Gobierno del Foro Democrático Húngaro, que arrastró a alguno de sus dirigentes a una retórica semifascista para intentar recuperar apoyo político.

La partición de Checoslovaquia fue debida en su totalidad a los efectos que tuvo en las industrias pesadas de Eslovaquia la orientación del Gobierno Klaus de una rápida transición al capitalismo.

Hay una cierta tendencia en Occidente a interpretar el ascenso de los nacionalismos integristas en Europa del Este como el producto de culturas políticas primitivas y atrasadas, y no como la respuesta de nuevas élites políticas a los efectos de un rápido cambio hacia el capitalismo. Pero la mejor demostración de esta relación causal es la comparación entre Hungría, el más occidental de los antiguos Estados miembros del COMECON, en el que el nacionalismo de extrema derecha es particularmente fuerte, y Ucrania, donde el Gobierno ha combinado el "fracaso" del giro hacia la economía capitalista con una política decididamente liberal hacia las importantes minorías étnicas

del país, concediendo la ciudadanía a todas las nacionalidades que viven en su territorio y asegurando unas relaciones interétnicas armoniosas en una situación económica extremadamente difícil.

Una crisis política

La crisis económica en el Este se combina con una crisis muy grave de representación política, alimentada por las políticas de los partidos y Gobiernos de la Europa comunitaria. En los países del Acuerdo de Visegrad (Polonia, Hungría, República Checa y Eslovaquia), las encuestas de opinión muestran que una importante mayoría de la población se rebela contra las consecuencias sociales de un rápido cambio de sistema, pero al mismo tiempo ninguno de los partidos políticos oficialmente legitimados ha sido capaz de articular esta sensibilidad popular. Por lo tanto, no hay misterio alguno en la rápida pérdida de apoyo popular de estos partidos en casi toda la región, pero especialmente en Polonia y Hungría. Y ello pese a que la mayor parte de estos partidos "homologables" han recibido muy importantes subvenciones económicas, por no hablar de operaciones de compra y venta, de sus hermanos mayores políticos de la CE. Mientras que los partidos que sí representan estos intereses en el Parlamento, los partidos socialistas ex comunistas, son anatemizados por la Internacional Socialista, cuando no abiertamente desestabilizados.

A pesar de todo ello, la política de la CE ha funcionado en los países de Europa central, en la medida que a comienzos de 1993 se habían removido los principales obstáculos políticos para la última etapa de la transición. En todos estos países el escenario está preparado para una transferencia masiva de recursos al sector privado. Pero también se han hecho evidentes las consecuencias sociales de tomar esta decisión: si la privatización es auténtica desde un punto de vista económico, es decir, si las compañías privatizadas pueden quebrar, la desmembración social resultante será inmensa y el paro, que hoy se sitúa entre el 10 y el 15%, se multiplicará por dos, mientras que el nascente sistema financiero privado se podría colapsar. Los ya importantes déficit presupuestarios de estos países aumentarán significativamente, con la amenaza de un crecimiento rápido de la inflación.

No funciona la división del trabajo

La contrapartida a un cambio rápido del sistema social era que los países implicados serían también rápida y generosamente integrados en el sistema económico occidental, pero la CE está teniendo grandes dificultades para poder conseguir este objetivo. Durante la guerra fría los americanos hicieron, con éxito, grandes esfuerzos para construir una división del trabajo atlántica que permitiera que las economías de Europa occidental pudieran dar la espalda por completo a Europa del Este. No existen, por lo tanto, incentivos para ningún grupo social dentro de la CE que alienten los ajustes estructurales necesarios para permitir el acceso a la CE del carbón, el acero, los textiles, productos químicos, fertilizantes y alimentos de Europa del Este, es decir, de sus principales líneas de exportación.

De hecho, los acuerdos comerciales de la CE, y los posteriores de asociación, con los países de Visegrad, así como con Rumanía y Bulgaria, están muy lejos de la libertad de comercio; además, en las áreas de verdad sensibles, la CE ha adoptado una línea muy proteccionista. Y este proteccionismo está siendo reforzado mediante el uso de barreras no arancelarias cuando las actuales restricciones no son suficientes. En noviembre de 1992, los reglamentos *antidumping* de la CE fueron utilizados contra el acero de Europa del Este, y en abril de 1993 la CE prohibió las importaciones de carne y leche provenientes de aquellos países alegando la amenaza de fiebre aftosa (de la que no ha habido un solo caso en Checoslovaquia desde 1974).

Estas restricciones de importaciones han sido acompañadas del esfuerzo de compañías de la CE de invadir los mercados de Europa del Este con productos de la CE. Mucha de la ayuda comunitaria ha tenido como objetivo apoyar estas exportaciones. De 8.000 millones de dólares recibidos por Polonia como ayuda de la CE hasta la primavera de 1992, 7.000 no han podido ser utilizados por las autoridades polacas porque eran créditos a la exportación y créditos condicionados que solamente hubieran servido para debilitar aún más las industrias polacas. En 1992, la CE, a pesar de toda la retórica sobre la apertura de sus mercados al Este, seguía disfrutando de un superávit comercial con la región de 1.300 millones de dólares.

El país de la Comunidad que más tiene que ganar del desarrollo económico de Europa central y oriental, Alemania, está promoviendo la idea de hacer de la República Checa y de Eslovenia dos modelos ejemplares para el resto de la región, concentrando en estas dos regiones las inversiones y facilitando el camino para su rápida integración en la CE. Es verdad que estos dos países han sabido conducir la transición al capitalismo con consecuencias políticas domésticas menos dolorosas que sus vecinos. Pero la CE se niega aún a fijar ninguna fecha para la adhesión de cualquier país del Este a la Comunidad.

Mientras tanto, el impulso de la política comunitaria hacia toda la región de Europa del Este se está frenando hasta casi llegar a detenerse. La principal razón reside en el bloqueo de la dirección conjunta franco-alemana de la Comunidad y en la crisis de integración de la propia CE.

La realimentación de las crisis

El proyecto franco-alemán para la integración de Europa occidental, resumido en los objetivos gemelos de unión monetaria y unión política, no ha sido capaz de superar el desafío planteado por el colapso del bloque soviético. La forma en la que se llevó a cabo la unificación alemana, a través de una fulminante unión monetaria que tuvo como efecto la revaluación en un 400% de la moneda de Alemania oriental y quebró técnicamente de manera inmediata al 93% de su industria, ha puesto fin a la capacidad de Alemania de tomar iniciativas positivas como líder de la política europea. El Gobierno de Bonn ha fracasado al intentar hacer frente a la crisis provocada así en Alemania oriental, y la perspectiva es un agravamiento de la recesión en esta parte de Alemania, con consecuencias internas muy importantes. Al mismo tiempo, el método utilizado de combinar importantes déficit presupuestarios con altas tasas de interés del Bundesbank ha hundido a todas las economías de Europa occidental en la

recesión y ha ayudado a fragmentar el mecanismo de cambios del Sistema Monetario Europeo. Es cada vez menos probable que se alcance el objetivo de la unión monetaria a finales de los años 90. La actual recesión en Europa occidental tenderá a incrementar las divergencias políticas y de resultados económicos entre los Estados miembros de la CE.

Las políticas de Francia y Alemania hacia Europa del Este han sido muy distintas, y el Gobierno francés ha resistido la presión alemana de desarrollar medidas amplias e integradoras cara a sus vecinos del Este.

Mientras tanto, el proyecto de "unión política", sobre todo la política exterior y de seguridad común (PESC), ha demostrado ser un *bluff* ante la guerra en Yugoslavia. La CE es incapaz de jugar un papel como una fuerza militar independiente y coherente en el conflicto. El control de la política occidental hacia Yugoslavia ha pasado a manos de Estados Unidos, que ahora tiene la capacidad de decidir cuáles serán las consecuencias del conflicto yugoslavo para los Estados miembros de la Comunidad, a la vez que ha mantenido la capacidad, a través del conflicto yugoslavo, de regular las relaciones entre Rusia y la CE.

El colapso del bloque soviético y de la URSS no ha producido, por lo tanto, un nuevo dinamismo en la CE: por el contrario, ha ayudado a hundir a la misma CE en la crisis.

Y esta crisis, a su vez, alimenta y refuerza la de Europa del Este. A mediados de 1992 hubo señales de que la recesión de las economías de los países de Visegrad estaba llegando a su fin, especialmente en Hungría. Pero la producción está de nuevo cayendo y este declive se reforzará por la recesión en el mercado más importante para las exportaciones de los países de Visegrad: Alemania. El peligro de un colapso financiero del sector bancario es auténtico y está lejos aún la perspectiva de estabilidad política. Pero si finalmente triunfa la actual vía de transición al capitalismo en Europa central y del Este, será una vía dolorosa de explotación salvaje, orientada a la creación de enclaves productivos para los mercados occidentales por parte de empresas occidentales que desplacen sus operaciones productivas hacia el Este. Alrededor de estos enclaves habrá zonas concéntricas de pobreza y degradación. Todo el modelo tomará la forma de un "basurero social" que minará los derechos del movimiento obrero de Europa occidental.

La mejor alternativa para los pueblos de Europa del Este reside en frenar el cambio rápido hacia el capitalismo privado, en reconstruir sus lazos económicos dentro de Europa del Este y en el desarrollo de los partidos socialistas ex comunistas como alternativas de Gobierno en la zona. Hasta hoy, estos partidos han sido en gran medida anatemizados por la derecha pro-CE y nacionalista de la región y han sido boicoteados y desestabilizados desde Occidente. Pero han sido los únicos sensibles a las reivindicaciones económicas de la población, influidos por los movimientos sindicales de aquellos países. Y, en conjunto, han sido los únicos en ofrecer una estrategia viable para la reconstrucción económica, al mantener un gran sector estatal de la economía y reanimar la demanda interna para los productos de su industria nacional.

Los partidos de la izquierda en Europa occidental deben acabar con su política de exclusión de estos partidos y deben apoyarlos como la única fuerza de resistencia efectiva de la democracia contra las amenazas del nacionalismo integrista de la derecha.

Londres, abril de 1993.

El internacionalismo neoliberal

Pedro Montes

El avance del neoliberalismo y la internacionalización de la economías en los últimos tiempos son dos fenómenos que han discurrido paralelos y que se han potenciado mutuamente.

Los principios teóricos y prácticos de la doctrina neoliberal tienen su vertiente internacional: supresión de obstáculos al comercio internacional y defensa del libre-cambio, liberalización de los movimientos de capital, ajustes internos tan drásticos como sea necesario para restablecer el equilibrio de la balanza de pagos (según la ortodoxia del FMI) y estabilidad de los tipos de cambio. Su aplicación en la década pasada ha estimulado el crecimiento del comercio mundial, ha originado la concentración del capital y el dominio de los mercados mundiales por las multinacionales, propiciando en general una internacionalización de la economía, como sinónimo del incremento de las relaciones económicas entre los países y de mayor interdependencia entre ellos. Las consecuencias más destacadas de este proceso han sido una ampliación acusada de la brecha de los niveles de renta y crecimiento entre los países industrializados y los del Tercer Mundo y una reducción sensible de los márgenes de maniobra de que disponen los Gobiernos para resolver los problemas internos que afrontan las sociedades.

Al mismo tiempo, la internacionalización de las economías –concretada para los distintos países en la apertura de fronteras, eliminación de las barreras proteccionistas, agudización de la competencia, desregulación de los mercados financieros–, ha proporcionado una coartada permanente a los gobiernos para aplicar políticas de marcado carácter antisocial, reforzando la naturaleza neoliberal de las políticas que vienen aplicando para superar la crisis económica, que se desencadenó a partir de 1974 con la primera crisis energética.

El neoliberalismo invade la esfera internacional

Aunque las posiciones del neoliberalismo en su vertiente internacional no están codificadas –se trata de una doctrina oportunista que adecúa sus análisis y proposiciones a los intereses que defiende–, de su vinculación histórica con el liberalismo, de su literatura, de su práctica y de las respuestas que ha ido dando a los problemas aparecidos en las últimas décadas es posible perfilar algunos de sus rasgos más destacados.

Defensa del libre-cambio. El elemento esencial del neoliberalismo a escala internacional es la defensa del libre-cambio, reproduciendo en este punto lo que eran las posiciones del liberalismo clásico de los siglos XVIII y XIX.

La teoría del comercio internacional ha sido uno de los campos más desarrollados y sofisticados de la teoría económica desde sus orígenes y no por casualidad, ya que, los intereses puestos en juego eran enormes. La teoría clásica de la «ventaja compa-

rativa», formulada por primera vez por David Ricardo apoyándose en una teoría del valor-trabajo, ha perdurado sin grandes alteraciones en sus proposiciones fundamentales. Según esta la teoría, dos o más países derivan ventajas mutuas a través de comercio exterior, incluso si uno de ellos es más eficiente en la producción de todos los bienes. Cada país exportará el producto en el que tiene más ventaja o menos desventaja comparativa. El hecho de que un país tuviera una ventaja absoluta en la producción de todos los bienes no impediría que se alcanzase un equilibrio de los intercambios teniendo en cuenta la teoría cuantitativa del dinero y la existencia de un sistema de patrón oro. Si un país por ser más productivo tuviera un superávit, el excedente se traduciría en una entrada de oro que aumentaría la cantidad de dinero y los precios, en tanto que ocurriría lo contrario con el país deficitario, por lo que se alteraría la relación de precios entre ellos y acabaría operando la ley de la ventaja comparativa, tendiéndose al equilibrio.

Las teorías a favor del librecambio han sufrido duras críticas y sobre todo han sido refutadas por la evolución y los resultados del comercio entre los países avanzados y atrasados. El mecanismo reequilibrador no ha funcionado, entre otros motivos porque la teoría cuantitativa del dinero, según la cual el nivel de precios se fija por la cantidad de dinero en circulación, no es correcta. Lo que ha sucedido es que los países con desventajas absolutas han incurrido en déficit crónicos de la balanza comercial y en un endeudamiento creciente. El comercio libre ha resultado ser un mecanismo para la concentración del capital internacional eliminando a los países más débiles, como el intercambio libre dentro de un país capitalista lo es para la concentración del capital interior eliminando a las empresas menos productivas.

La invasión del neoliberalismo ha degenerado las posiciones liberales sobre el librecambio en un doble sentido. En primer lugar, las teorías que demostraban las ventajas del comercio internacional, se sentían obligadas a explicar los mecanismos por los cuales, a pesar de las diferencias entre países, se lograría un punto en el que todos participarían del comercio internacional y de sus ventajas. En la actualidad, la defensa a ultranza del librecambio parte de que los mercados deben estar abiertos sin restricciones, pero nadie se atreve a explicar, demostrado el fracaso histórico de las teorías clásica y neoclásica, como se logra el equilibrio de los intercambios. Los países atrasados, con desventajas absolutas, pueden encontrarse en la situación en que no pueden producir ningún producto en condiciones competitivas y, por consiguiente, sus mercados interiores quedan invadidos por las mercancías extranjeras. Pero, una a vez que no hay nada que producir, tampoco se genera renta ni hay nada que comprar. Por esta vía del librecambio sin límite, de la competencia como única norma de funcionamiento de la economía, muchos países van quedando marginados de la economía internacional y entran en un proceso de aislamiento y declive sin que exista mecanismo alguno para rescatarlos y reintegrarlos en el mercado mundial. Esta evolución no es una hipótesis sino que refleja la amarga realidad, no ya de países aislados, sino de zonas enteras del Globo y hasta de continentes. La competitividad como vía de regulación de la actividad económica entre países con diferencias abismales es un principio aberrante porque lleva a la destrucción irremediable de los países más débiles.

La segunda diferencia fundamental se refiere a las actitudes dominantes en los países del Tercer Mundo. Los países industrializados ya se ha dicho que siempre han

sido favorables al libre cambio, hasta donde no perjudicaba sus intereses. En los países en desarrollo, antes de la invasión neoliberal, frente a los argumentos librecambistas se oponían una batería de argumentos bastante sólidos en defensa de la protección, que no diferían de los utilizados por los propios países capitalistas avanzados para defenderse los unos de los otros. En los últimos años, sin embargo, los Gobiernos y las capas sociales dominantes de los países atrasados han abrazado con fervor las nuevas doctrinas y han tratado de preparar a sus economías para desenvolverse en un mundo de competencia exacerbada, dispuestos a jugar según las reglas de los países potentes.

La consecuencia inevitable de esta perversa respuesta ha sido que se ha generado un proceso de dualización de las economías y de las sociedades hasta límites absurdos. Una parte, la más pequeña se esfuerza por sobrevivir en el mercado internacional, mientras que el resto queda marginada, ajena al proceso económico y desterrada a vivir en actividades infraeconómicas. Como se reconoce abiertamente en Brasil o en México, o como ocurre en Nicaragua y en otros muchos países latinoamericanos, los planes económicos que han elaborado los Gobiernos con los criterios neoliberales parten de que sólo pueden incorporar a una pequeña parte la población del país, quedando la existencia del resto poco menos que al albur de la naturaleza.

Movilidad del capital, desregulación de los mercados. La movilidad del capital, las facilidades para las salidas y entradas de capitales que operan en mercados cada vez menos regulados ha sido otro de los rasgos del neoliberalismo dominante, con graves consecuencias para la estabilidad del capitalismo en general y para la evolución de los países del Tercer Mundo.

Por lo que respecta al primer aspecto, la esfera financiera ha cobrado una hipertrofia tal que los flujos financieros centuplican los flujos reales. El extraordinario desarrollo de la actividad financiera que ha tenido lugar en la última fase de expansión capitalista a lo largo de la década de los ochenta y las alzas especulativas en los mercados de valores y el sector inmobiliario, que todavía no se han desinflado suficientemente, constituyen una bomba de relojería adosada al sistema, que puede estallar en cualquier momento y provocar una crisis de alcance imprevisible.

Multitud de nuevos instrumentos financieros, de nuevos mercados, de nuevas instituciones y de nuevas operaciones han convertido al capitalismo en un enorme casino, donde masas astronómicas de capitales errantes, sin apenas relación con los flujos reales, buscan rentabilidades a través de apuestas especulativas que se suceden las veinticuatro horas del día. La inestabilidad intrínseca de todo ese montaje es indiscutible y es así como en los últimos tiempos se han vivido algunas conmociones financieras —el *crash* de los mercados de valores en 1987, la repetición en 1989, el pánico desatado en algunos otros momentos como al estallar el conflicto del Próximo Oriente, la caída en más de un 50% de la Bolsa de Tokio desde 1990...— que deben interpretarse como preavisos de algo que parece inevitable que ocurra: la desactivación de la burbuja financiera que se ha creado.

Las repercusiones de la liberalización y la hiperactividad financiera sobre los países del Tercer Mundo han sido, nuevamente, bastante perjudiciales. En primer lugar, cabe señalar que, en una primera etapa, les permitió incurrir en fuertes endeudamientos, que no se vincularon al desarrollo de actividades productivas susceptibles de generar

en el futuro rendimientos para pagar la cargas de intereses y amortizaciones acumulados. La crisis de la deuda que estalló al principio de los años ochenta está relacionada con estos hechos. En segundo lugar, las facilidades que existían para financiar los déficits exteriores, ocultaron por algún tiempo los estragos que el librecambio provocaba en las economías débiles. Cualquier déficit de balanza de pagos parecía financiable, cuando en realidad las economías estaban acumulando un pesado fardo del que no podrían liberarse en mucho tiempo.

En tercer lugar, la apertura exterior incontrolada a la entrada de capitales ha dejado en una indefensión casi absoluta a los sectores productivos de muchos países, que han quedado en manos del capital extranjero y de las multinacionales, lo que deja un mínimo margen de maniobra para llevar políticas autónomas que respondan a los intereses y necesidades de la población.

En sentido contrario, la liberalización del capital ha propiciado las salidas de capital de los países del Tercer Mundo a los países capitalistas desarrollados, más seguros y con menores riesgos de sufrir las depreciaciones abismales a las que, a veces, se ven arrastradas las monedas de los países atrasados.

El orden financiero internacional. La conservación del orden en un mundo financiero profundamente inestable ha constituido otro de los objetivos del neoliberalismo. Como no podía menos de suceder, muchos países entraron a lo largo de los años ochenta en bancarrota exterior (de la interior, algunos nunca han salido), incapaces de afrontar las cargas de la deuda o simplemente de hacer frente a los pagos de las importaciones más imprescindibles. El FMI, como policía del sistema financiero internacional, ha impuesto en muchos países planes económicos implacables, de consecuencias pavorosas, que han llegado a provocar cruentas revueltas sociales.

El orden internacional del capitalismo descansa en el cumplimiento de los compromisos de pago. Cuando un país alborota el entramado financiero internacional, acaba sometido a la camisa de fuerza del FMI, cuyas recetas son siempre las mismas, cualesquiera que hayan sido las causas que lo motivaran y la situación interna de los países. Las balanzas de pagos de los países del Tercer Mundo siempre han tenido un estado precario y siempre han estado sometidas a la observación y la disciplina del FMI. No obstante, en la última década, por los déficit previamente acumulados, por la gravedad de los desequilibrios internacionales de los países industriales entre sí y de éstos y los países en desarrollo, los programas de austeridad y ajuste impuestos a algunas economías para recuperar cierto equilibrio exterior, con la crisis de la deuda externa desencadenada, han revestido una dureza extrema y unas consecuencias desastrosas.

Excepción al mercado: los tipos de cambio. Por último, entre los postulados y objetivos del neoliberalismo hay que destacar la persecución de una estabilidad de los tipos de cambio tan alta como sea posible. Desde que al principio de los años setenta (en 1971 el presidente Nixon decretó la inconvertibilidad del dólar en oro) se produjo el hundimiento del sistema monetario internacional de Bretton Woods, instaurado después de la segunda Guerra Mundial, se ha perseguido restablecer un sistema lo más estable posible de la cotización de las monedas.

Los resultados han sido escuálidos por las grandes diferencias entre las economías,

que acaban traduciéndose en la apreciación de las monedas de los países más fuertes y en la devaluación de las de los más débiles, y porque la liberalización de los mercados financieros y de cambios activa masas enormes de capitales que hacen insostenible el valor de una moneda cuando el mercado decide que tiene una cotización ficticia.

Pero dichos resultados no ocultan que los Gobiernos de toda laya se han propuesto como objetivo fundamental garantizar la estabilidad del tipo de cambio en un intento baldío de recuperar la estabilidad del patrón-oro o siquiera la estabilidad relativa procurada por el sistema del patrón-dólar de Bretton Woods. Tal objetivo responde de un modo genérico a los intereses del capitalismo y la burguesía, al restar incertidumbres al mundo de los negocios y al proporcionar siempre la defensa del tipo de cambio un argumento a favor de la austeridad.

Internacionalización y política neoliberal

Los rasgos del neoliberalismo en lo que atañe a la economía internacional no han sido neutros, sino que han reforzado la orientación regresiva de las políticas económicas que han venido imponiéndose desde que se inició la actual onda larga depresiva del capitalismo y que cobraron carta de naturaleza en el mundo occidental a partir de la elección de Reagan en 1980. Ello sin perjuicio de la ambigüedad que han revestido las políticas en todos los países, como resultado del enfrentamiento de las nuevas doctrinas con una realidad económica que no discurría por los cauces previstos, debido a la resistencia de capas sociales afectadas, la lucha de los trabajadores, y porque se trataba de hacer retroceder las concepciones dominantes anteriores, que habían llevado a la implantación de un "Estado del Bienestar" en los países desarrollados que no podía desmontarse a toque de corneta.

Con independencia de la marginación ominosa de una parte importante de los países del Tercer Mundo y de una parte considerable de la población de muchos de estos países, las doctrina neoliberal en el campo internacional ha proporcionado a todos los Gobiernos de cualquier signo político una batería de argumentos para actuar en el sentido antisocial y reaccionario de la ideología que encubre.

El libre comercio como objetivo y la competencia como regulador del sistema sustentan una ofensiva permanente contra los derechos y condiciones de vida de los trabajadores. Bajo la amenaza de que la pérdida de competitividad conduce a la destrucción de empleo en las economías abiertas, los salarios se convierten en el eje fundamental de toda política tendente a mejorarla.

La competitividad depende de múltiples factores, muchos de ellos imposibles de modificar a corto plazo —podría decirse que la competitividad de una economía es un compendio de su desarrollo histórico—, pero ello no es óbice para que los Gobiernos hayan encontrado en los salarios la mejor solución a problemas que sólo reflejan el atraso de los países.

Las diferencias de competitividad entre algunas economías debidas al nivel de capitalización, desarrollo tecnológico, dominio de los mercados, etc, no son superables rebajando los salarios por ínfimos que fuesen, como de hecho lo son en algunas partes del mundo. Sin embargo la competitividad utilizada como objetivo social y como argumento económico proporciona a los Gobiernos y a la clases dominantes un ins-

trumento harto convincente par azuzar a los trabajadores de unos países contra los de otros y para aumentar la explotación.

Porque la relación de la competitividad con los salarios no se detiene en los salarios directos sino que se amplía a los salarios diferidos, indirectos (forman parte de los costes de producción) y a los derechos laborales que pueden tener alguna incidencias en ellos, como la precarización del mercado de trabajo.

La libertad de los movimientos de capital consagrada por el neoliberalismo presta el mismo servicio a las políticas de austeridad que el librecambio y la competitividad. Como repiten los Gobiernos, a igualdad de otras condiciones, las inversiones directas se dirigen a los países que tenga los salarios más bajos. Y cabe añadir, a los que tengan el movimiento obrero mas destruido o controlado, lo que aporta una razón económica para recortar los derechos laborales y reprimir a los trabajadores. Las inversiones financieras serán tanto más atractivas cuanto mayor se la estabilidad del tipo de cambio y cuanto mejor trato fiscal reciban los rendimientos, lo que propicia políticas de ajuste y un sistemas fiscales regresivos.

Y otro tanto puede decirse de la búsqueda del equilibrio exterior y la estabilidad del tipo de cambio. El intento de restaurar un equilibrio que se tiende a perder por causas profundas, origina recurrentes planes de ajuste que acaban socavando la posición global de los trabajadores. Y la defensa de la estabilidad de los cambios, como se ha indicado, no sólo responde a un mejor funcionamiento del capitalismo sino que es también una baza en manos de los Gobiernos para forzar políticas restrictivas y de austeridad.

En suma, las vertientes interna e internacional del neoliberalismo se complementan y potencian. Acaban dando una aparente coherencia global a la doctrina, cuya misión es envolver a la disidencia con un manto inexpugnable. No hay escape, no hay políticas económicas alternativas, no hay forma de sortear las leyes económicas. Toda medida heterodoxa de carácter progresista choca con un armazón teórico blindado y provocará en caso de adoptarse unas consecuencias tan contraproducentes que, los depositarios de la ortodoxia, como déspotas ilustrados, por el bien de todos, incluido el de los trabajadores, no lo pueden permitir.

El fracaso del neoliberalismo

Con el neoliberalismo, la historia habría llegado a su fin. Pero nada más lejos de la realidad. Su incapacidad para resolver los problemas económicos de los países y sus nefastos efectos sociales en el interior de los mismos no son nada comparados con su destructivo impacto a escala internacional. La situación económica se ha agravado y las desigualdades llegan a extremos incalificables.

La crisis internacional. En los momentos actuales se reconoce que el neoliberalismo ha fracasado en dar respuesta a los problemas económicos y sociales de los países imperialistas. Incluso en las filas de la propia burguesía empieza a cundir preocupación por la inestabilidad social que suscita la falta de soluciones que proporciona la teoría neoliberal. La crisis iniciada al principio de los años setenta no está superada, transcurridos veinte años desde que la onda larga expansiva dio paso a un período

prolongado de bajo crecimiento. En la actualidad, la mayoría de los países se han visto arrastrados a una nueva recesión, más aguda que la de 1980-82 y con los países punteros –Japón y Alemania– seriamente afectados. El paro se acumula de ciclo en ciclo y supera los 32 millones en los países de la OCDE y los 15 millones en los países de la Comunidad Europea, existiendo unas perspectivas inquietantes.

Existe una gran inestabilidad financiera internacional que ha producido ya varios episodios de pánico en los mercados de valores. Los mercados de cambios entran, cada vez con más frecuencia, en vorágines especulativas, que acaban inapelablemente con la pretensión de los Gobiernos de mantener la estabilidad de los tipos de cambio. El endeudamiento de todos los agentes económicos –los Estados, las empresas, las familias– ha crecido intensamente, reduciendo los márgenes para las políticas expansivas y limitando las posibilidades de crecimiento de la demanda. A lo largo de la década se acumularon y persisten importantes desequilibrios exteriores entre los países; no está resultando fácil reducirlos por lo están cobrando vigor las medidas proteccionistas. Cada uno de estos aspectos es bastante grave considerado aisladamente, pero tomados en conjunto describen una situación potencialmente muy inestable que hace que no pueda descartarse ninguna alternativa política y económica como desenlace.

Por ello, ante la acumulación de problemas y la falta de soluciones se aprecia un declive del neoliberalismo. En los medios académicos e intelectuales se empiezan a buscar nuevas explicaciones y alternativas volviendo la vista atrás al keynesianismo, y en el ámbito político existen ya países en los que se han abandonado las recetas neoliberales y se intenta superar la recesión en que están sumidos recurriendo a políticas de demanda, vista la incapacidad de la política monetaria y las contradicciones de las “políticas de oferta”. Tal es el caso destacado de los Estados Unidos, después de la elección de Clinton.

La desolación del Tercer Mundo. Para los países del Tercer Mundo tampoco el avance del neoliberalismo, y en particular su sólida implantación en la última década, han aliviado ninguno de sus problemas ancestrales. No obstante, el desastre en que están sumidos grandes zonas del Globo no es motivo suficiente para replantearse, en los centros del poder del imperialismo, un cambio de la política y de las concepciones económicas que tienda a mitigar –no ya a solucionar– situaciones dramáticas que, por sí solas, restan toda legitimidad al orden imperante.

Estas situaciones no son nuevas y responden en gran medida al componente depredador del capitalismo, pero en los últimos tiempos, con el neoliberalismo campando ideológicamente hasta los confines del mundo, se han agravado sobremanera.

La consecuencia del impulso del librecambio ha sido una fuerte expansión del comercio mundial, más intensa que la del PIB, pero los resultados son distintos en el caso de los países desarrollados y en el caso del Tercer Mundo. Las exportaciones mundiales, en términos de dólares, se incrementaron en la década 1980-90 a una tasa anual del 6,6%. Pero mientras las exportaciones de los países industrializados crecieron al 7,7% anual, las de los países en desarrollo crecieron al 2,2% anual, si bien con grandes diferencias entre ellos. Cayeron intensamente las de los países exportadores de petróleo (7%) y aumentaron sensiblemente las de los nuevos países industrializados (9,5%).

Los datos sobre la ampliación de la brecha entre los países industriales y el Tercer Mundo son abrumadores. El crecimiento del PIB per cápita de los países capitalistas desarrollados en la década 1972-81 fue del 2,4%, cayendo al 2,0% en la década 1982-91. Para los países en desarrollo, dentro de grandes diferencias entre ellos (según fuesen o no países exportadores de petróleo, pertenecieran o no a áreas económicas emergentes, fuese alto o inexistente su endeudamiento exterior, etc) el crecimiento de la renta per cápita en la década 1972-81 fue del 2,7%, más alto que en el Primer Mundo, en tanto que en la década siguiente fue sólo del 1,5%, por debajo de los países desarrollados.

En la década 1972-82, salvo zonas excepcionales, se produjo un aumento generalizado del PIB per cápita, pero en la década 1982-91, la década neoliberal por excelencia, el PIB per cápita descendió anualmente en un 0,6% en América Latina, en un 0,7% en África y en un 3,3% en Asia Occidental.

Las condiciones están creadas para que sigan ampliándose las desigualdades, teniendo en cuenta que en los países desarrollados el porcentaje del PIB dedicado a la inversión ha sido más alto durante la década pasada que en los países del Tercer Mundo, con el agravante que la tasa de ahorro en estos países ha sido más alta que la tasa de inversión, lo que significa que se han producido unas transferencias netas de recursos reales desde el Tercer Mundo a los países desarrollados.

La magnitud del fenómeno dista de ser insignificante: por ejemplo, en el caso de América Latina, las transferencias de recursos representaron en 1985 el 4,8% del PIB, en 1989 el 3,2% y en 1990 el 2,3%.

Y si de los recursos reales se pasa a los recursos financieros el balance es así mismo un escarnio. En el periodo 1982-91 se ha producido una transferencia neta de recursos financieros desde los países en desarrollo importadores de capital al resto de los países, equivalente a 165.000 millones de dólares.

Los resultados no pueden ser más desoladores para los países atrasados, por cuanto después de ese enorme esfuerzo en términos de recursos reales y financieros, su precaria situación no se ha modificado, permaneciendo el problema de la deuda externa para ellos en los mismos términos que hace una década (otra cuestión es que se han desactivado los riesgos de un *crash* financiero en los países acreedores como consecuencia del impago).

Para poder pagar la deuda, para disminuir su montante, estos países tendrían que lograr un superávit en la balanza comercial, para dedicar el excedente a cancelarlas (la balanza de servicios está condenada por el pago de los intereses de la deuda, que se elevaron para los países en desarrollo en el quinquenio 1988-92 a una media anual de 87.000 millones de dólares). Pero ello resulta poco menos que imposible. La mayoría de los países del Tercer Mundo sólo pueden obtener divisas exportando productos agrarios, pero en muchos de estos bienes los países desarrollados tienen posiciones excedentarias, ante lo que levantan barreras proteccionistas difíciles de superar y subvencionan sus exportaciones practicando el *dumping*, con lo que en los mercados mundiales, con unos precios distorsionados, quedan expulsadas las mercancías del Tercer Mundo.

La interminable Ronda Uruguay, empantanada por las discrepancias sobre el comercio de los productos agrícolas entre la Comunidad Europea y los Estados Unidos, es un reflejo del cerco al que están sometidos los países del Tercer Mundo. Durante la

década pasada se fue cerrando el superávit comercial que registraban, apareciendo en un déficit en 1992 de 8.000 millones de dólares.

En esa evolución ha intervenido el deterioro de la relación de intercambio del Tercer Mundo, para cuyos países significa que deben exportar cada vez más productos para pagar los mismos bienes importados. La caída del precio del petróleo en 1986 fue importante dato en ese resultado, aunque el retroceso se extendió al conjunto de los bienes y países en desarrollo. El índice de la relación real de intercambio entre 1980 y 1991 mejoró para los países desarrollados desde 100 a 113, en tanto que empeoró desde 100 a 73 en el caso de los países en desarrollo.

El problema de la deuda para los países del Tercer Mundo persiste en los mismos términos desde hace más una década, cuando estalló como crisis internacional, e incluso podría afirmarse que se ha agravado. En 1981, la deuda de los países en desarrollo ascendía a 752.000 millones de dólares. En 1992 la deuda alcanzó los 1.427.000 millones. Como porcentaje de las exportaciones de bienes y servicios de esos países, la deuda ha pasado de representar el 96% en 1981 al 123% en 1992 (en 1986 fue del 178%, debiéndose la reducción en los últimos años a un crecimiento moderado de la deuda y a una sensible expansión de las exportaciones valoradas en dólares, tras la depreciación de esta moneda). En términos del PIB de esos países, la deuda ha pasado del 28% en 1981 al 29% en 1992.

Perspectivas: alta presión en la caldera

A escala internacional, el predominio del neoliberalismo ha tenido efectos más devastadores que los estragos que ha provocado en el interior de los países. Las secuelas de la larga noche neoliberal en los países industrializados —la dualización social, la marginación de capas amplias de la población, el paro, la precarización del empleo, el retroceso de las condiciones laborales, la ofensiva contra el “Estado del Bienestar”— cobran una cierta relatividad cuando se comparan con la desolación que ha causado en los países del Tercer Mundo y, sobre todo, con la brecha insuperable que ha abierto entre unos y otros.

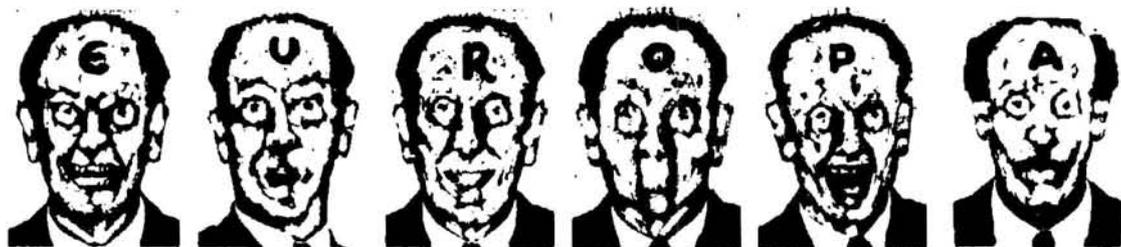
El capitalismo, en su cénit tecnológico, se muestra como un sistema regresivo y como un obstáculo infranqueable para satisfacer las necesidades y aspiraciones de los pueblos. Con su faz neoliberal, se ha manifestado con toda su capacidad destructiva, presentando crudamente las miserias que puede originar.

Lo más grave de la desoladora situación que vive una parte importante de la humanidad y de las diferencias abismales que existen entre los países desarrollados y el resto del mundo es que no constituyen, en los momentos actuales, un motor para el cambio y la lucha política. En el interior de los países capitalistas industrializados, el fracaso del neoliberalismo está provocando una reacción a favor de otro tipo de políticas, entre otros motivos porque las clases dominantes empiezan a comprender que el sistema no puede instalarse en una crisis permanente, cuyas consecuencias llevarían irremediablemente a cuestionar su existencia o muchos de los elementos en que se sustenta.

Pero nada de esto ocurre en estos momentos en los países del Tercer Mundo y si se quiere en los países del Este europeo, aunque por razones históricas diferentes. Los

poderes económicos y sociales de la mayor parte de los países del Tercer Mundo comparten los principios del neoliberalismo y creen encontrar en ellos la solución a los problemas económicos y sociales que padecen. Reconocen que los beneficios sólo pueden extenderse a una parte limitada de las sociedades, condenando al resto de la población a la marginación y la miseria, pero no encuentran ello una grave objeción, porque muchas de esas sociedades nunca fueron diferentes y porque no ven amenazados, por el momento, el sistema ni sus privilegios.

Existen, por tanto, menos probabilidades de que el neoliberalismo como ideología dominante se desvanezca a escala internacional con la misma rapidez con que puede hacerlo en el interior de los principales países imperialistas. Sin embargo, significaría renunciar al optimismo de la razón pensar que el capitalismo con su máscara neoliberal ha alcanzado un grado de estabilidad suficiente para perdurar, cuando tras ella se esconde un mundo lleno de frustración, contradicciones, conflictos y horror que tienen que aflorar. El tren de la historia nunca se detuvo y menos cuando la caldera acumula tal grado de presión.



La socialdemocracia de Nicolás Redondo

Entrevista de Jesús Albarracín

Vivimos en un tiempo en el que la idea del socialismo, como forma de organización social alternativa al mercado, ha perdido terreno en la conciencia de los trabajadores occidentales y ha entrado en franco descrédito en amplios sectores populares de los países del Este. La crisis afecta prácticamente a toda la izquierda: a los partidos comunistas, porque han perdido la referencia que tenían en el llamado "socialismo real" y a los socialdemócratas, porque han abrazado el neoliberalismo como ideología para gestionar la crisis, hasta el punto de que, en la actualidad, no hay forma de distinguirlos de los de la derecha. Para hablar de la socialdemocracia, de su crisis y de sus perspectivas, hemos tenido una larga conversación con Nicolás Redondo en su despacho del magnífico convento de la calle Hortaleza, en Madrid, reconvertido por UGT en sede de su Comité Ejecutivo Confederal.

Pregunta: *Empecemos por el papel de la socialdemocracia en el mundo actual caracterizado por una fase prolongada de estancamiento económico en la que el Estado del bienestar está puesto en cuestión. ¿No piensas que, en la actualidad, la socialdemocracia ha perdido los rasgos básicos que la definieron durante el boom de la posguerra mundial?*

Nicolás Redondo: No hay duda de que tanto la socialdemocracia, en particular, como la izquierda, en general, están atravesando una cierta crisis, porque no se han sabido adaptar a los profundos cambios que se han producido en la sociedad ni a las nuevas necesidades y demandas que han surgido. Pero creo que lo más preocupante de la situación actual es que los partidos de izquierda, y también los socialdemócratas, han perdido lo que era una de sus características más fundamentales: el sentido internacionalista. Uno de los mayores fallos de la izquierda y, más en concreto, de la socialdemocracia e incluso, paradójicamente, de la Internacional Socialista, es que mientras la producción y la economía se han mundializado y están dominadas por grandes empresas y multinacionales, no se ha sabido crear el contrapoder internacional necesario. Cada vez son menos empresas las que toman decisiones que influyen sobre las condiciones de vida y de trabajo de millones de personas, imponiendo sus propios intereses en detrimento de los de los pueblos, mientras que, en lo que respecta a esta cuestión, el internacionalismo, que era una parte sustancial del componente de los partidos de izquierda, parece que ya no constituye una de sus señas de identidad básicas. Bajo mi punto de vista, tenemos una necesidad imperiosa de cambiar esta situación. Por otra parte, hay otros aspectos de la socialdemocracia, como esa especie de división del trabajo según la cual el partido hacía la función política y el sindicato la función social, que deberían ser revisados.

P.: *Dicha división del trabajo pudo tener sentido en el largo boom de la posguerra, en el que la defensa de la intervención del Estado para corregir los efectos más*

perniciosos del mercado y el desarrollo del "Estado del bienestar" fueron señas de identidad sobresalientes de la socialdemocracia. En este contexto, los sindicatos conseguían los avances sociales y luego los partidos los gestionaban a nivel político. Esto se ha roto porque la crisis no da espacio para el avance del Estado del bienestar, y da la impresión de que los sindicatos socialdemócratas, por llamarlos de alguna manera, han seguido siendo socialdemócratas, en la medida en la que las reivindicaciones siguen siendo vigentes, mientras que los partidos han girado en el terreno político. ¿Qué opinas de esto?

N.R.: Por eso te decía que esa división del trabajo debe ser revisada. Los cambios que se han producido en la sociedad, en general, y en el movimiento obrero, en particular, han tenido una incidencia más profunda en los partidos que en los sindicatos. Los sindicatos están constreñidos a la defensa concreta de los intereses de los trabajadores, a lo que, por simplificar, llamamos intereses de clase, mientras que los partidos socialdemócratas se han hecho interclasistas. Pretenden gobernar para el conjunto de la población, esto es, pretenden defender a distintos segmentos de la sociedad que tienen condicionamientos e intereses contrapuestos, lo que es una contradicción. Ese afán desmedido de querer gobernar para todos ha hecho que se drenen de manera profunda los programas, lo que ha llevado a los partidos socialdemócratas, me parece a mí, a una especie de evanescencia, de pérdida de sus señas de identidad.

P.: *Para la mayoría de los partidos socialdemócratas, más que de pérdida de señas de identidad habría que hablar de descomposición estratégica. Estamos en un mundo en el que el neoliberalismo, por distinguirlo del liberalismo del siglo XIX, que era más progresivo, se ha impuesto. Puede que haya algunas diferencias entre un partido liberal o conservador y uno socialdemócrata en el terreno de la defensa de las libertades, aunque en todos los lados hay leyes Corcuera, pero en el terreno económico y social no hay forma de distinguirlos, pues todos ellos practican la misma política económica frente a la crisis.*

N.R.: Si hacemos un análisis detallado, encontraremos más rasgos comunes entre los partidos de derecha y los socialdemócratas, en lo que se refiere a la política neoliberal para hacer frente a la crisis, que diferencias por otros motivos. Yo creo que ha habido un cierto grado de homogeneización entre todos ellos porque estamos en una fase de reflujo. Cuando se analiza la Historia vemos que hay una serie de movimientos cíclicos, pendulares, que están dentro de la propia esencia de las sociedades, y dichos movimientos cíclicos no son sólo económicos. Hay fases de flujo, progresistas, que conllevan un mayor Estado del bienestar, un mayor sector público, el avance del Estado y el retroceso del mercado. Por el contrario, hay fases de reflujo en las que se impone la derecha y el neoliberalismo, retrocede el Estado del bienestar y hay más mercado y menos Estado. Por supuesto que estos flujos y reflujos no se pueden interpretar de una forma fatalista. Yo creo que hemos asistido a una de estas etapas de reflujo.

P.: *Entonces, ¿tú crees que conforme vaya progresando la crisis del liberalismo, porque podemos hablar de una crisis de la política neoliberal aplicada durante los años ochenta, entraremos en una fase en la que habrá más espacio para políticas socialdemócratas?*

N.R.: Lamentablemente, ha habido un reflujo desde la década de los setenta, pero, aunque sea de forma incipiente, ya se está poniendo en entredicho toda esta especie de filosofía neoliberal que hasta ahora ha dominado el mundo. Estamos viendo que en muchos países capitalistas industrializados se está cuestionando la aplicación a ultranza, fijate que digo a ultranza, de esta política neoliberal. Pero lo hacen por razones puramente egoístas, porque el neoliberalismo está generando una sociedad mucho más desagregada, mucho más segmentada, que pone incluso en cuestión la mínima cohesión social necesaria. Y al mundo económico tampoco le interesa llegar al extremo de ley de la selva, al menos en Europa y Estados Unidos.

P.: *Pero da la impresión de que se está hablando de abandonar la política neoliberal sólo coyunturalmente. Lester Thurow, por ejemplo, habla de resucitar a Keynes durante un par de años, hasta que la economía vuelva a crecer al 4%, y luego volverle a enterrar retomando la lucha contra los déficit públicos. Galbraith sostiene algo similar. ¿No crees tú que, por parte de la élite de la burguesía internacional, hay una conciencia clara de que hay que parar en la política neoliberal, pero que la austeridad debería continuar en el futuro porque la crisis económica dista de ser superada?*

N.R.: Posiblemente sólo quieren atemperar la parte más dura de la aplicación de esta política. Pero se está poniendo también en entredicho su eficacia, porque dicha política no da solución a los graves problemas de la sociedad. Ha habido un profundo papanatismo, en el que ha caído nuestro propio Gobierno socialista, que tenía como referencia, aunque ahora no lo quiera reconocer, la propia política de derechas de Reagan o de la señora Thatcher. Ahora trata de decirnos que nunca ha practicado esa política, cuando la sigue aplicando ahora mismo.

P.: *En todo caso, por lo que respecta a Europa, en general, y al Estado español, en particular, el neoliberalismo todavía nos dará quebraderos de cabeza.*

N.R.: Yo creo que sí. Además, todo depende de la correlación de fuerzas, y mientras no haya una izquierda imaginativa, que tenga capacidad de dar alternativas y de ilusionar, estaremos sujetos a esta situación calamitosa en la que nos encontramos.

P.: *Además estamos en el contexto de Maastricht, que nos impone el corsé liberal. ¿Qué opinas de las declaraciones de Delors, que parecen entrar en contradicción con la política de convergencia cuando habla de que el primer problema de Europa es el paro?*

N.R.: Lo único que ha hecho Delors ha sido reconocer lo que era una evidencia. Sistemáticamente han tenido que revisar a la baja las previsiones de crecimiento económico y al alza las de paro. Para el año 1993, primero se previó un crecimiento del 1,7%, después del 1,3% y ahora las previsiones de la Europa comunitaria están en torno al 0,8%, con un crecimiento económico de Alemania, por ejemplo, del 0%, y se han dado cuenta de que el paro va a crecer mucho más que lo que habían previsto. Están hablando ya de un 11% de tasa de paro, una cosa lastimosa. Lo único que ha hecho Delors es denunciar esa situación señalando que el problema fundamental de Europa es el del desempleo. Lo reconoce porque es una evidencia a la que no le puede dar la espalda, pero el problema no es denunciarlo sino decir cómo se soluciona, y en ese aspecto no aporta nada. Al contrario, todas las propuestas que la Confederación

Europea de Sindicatos (CES) ha llevado a la cumbre de Edimburgo han sido rechazadas. La CES hablaba de un crecimiento económico sostenido, de una reducción coordinada de los tipos de interés, de la creación de un fondo para infraestructuras de cierta entidad; no hablaba de una mayor dimensión del Estado, pero sí de hacer que el sector público tenga una mayor capacidad de locomotora, etcétera. Ninguna de esas reivindicaciones ha sido tomada en cuenta y, por el contrario, se ha seguido con una política de ajuste duro y más neoliberal, en el sentido profundo de la palabra.

P.: *Volvamos a la socialdemocracia. Hay espacio para una política socialdemócrata en el movimiento obrero en la medida en que las reivindicaciones que defendía la socialdemocracia durante el boom de la posguerra están de actualidad y son sentidas por los trabajadores. Más Estado del bienestar, menos paro, etc. pueden enganchar entre los trabajadores. Pero, a mi modo de ver, no parece que haya espacio político para gobernar con una política socialdemócrata en medio de la crisis económica. ¿Crees que es posible, en los momentos actuales, practicar políticas transformadoras, pero no revolucionarias, como hizo la socialdemocracia históricamente? Más en concreto, ¿crees que se puede gobernar el capitalismo actual con una política socialdemócrata?*

N.R.: Yo creo que el capitalismo actual es mucho más duro que el de hace 10 ó 20 años. Incluso me atrevería a decir que, descontando las formas fascistas o hitlerianas, el capitalismo es ahora mucho más duro que hace 60 años. Toma las decisiones mucho más duras que las que tomaba en cualquier otra época anterior, tiene una mentalidad mucho más tecnócrata, no tiene en consideración las condiciones humanas. A mí me parece que, como ocurre con el paro, la preocupación de la gente es creciente, y de alguna forma se tendrá que organizar para hacer frente a la situación. Si esto no ocurre, porque existe lo que algunos llaman pasotismo, comportamientos ácratas, o una profunda desagregación social —la sociedad de los dos tercios, y un tercio en la que este último ni participa en política ni disfruta de los bienes de la sociedad—, entraríamos en una situación bastante compleja. Pero me parece que, después de lo que ha pasado en los países del Este, la socialdemocracia puede ser un catalizador de la izquierda, siempre que fuera una socialdemocracia bien entendida, no miméticamente igual a la que hemos visto y hemos conocido, sino que debería tener una serie de rasgos originales y, sobre todo, que debería tener en cuenta una defensa a ultranza de los sectores menos favorecidos. Por ejemplo, si nadie pone en entredicho lo sustancial de la economía de mercado, hay que decir que puede haber varios modelos de la misma. Aunque pueda parecer trasnochado, el crecimiento del Estado del bienestar y un fuerte sector público me parecen fundamentales para conseguir una sociedad mucho más justa y mucho más igualitaria.

P.: *Pero eres consciente de que ese tipo de política choca de frente con los intereses del capital, que necesita menos Estado del bienestar y más mercado. ¿Como ves tú que se puede solucionar esa contradicción? Durante el boom de la posguerra el Estado del bienestar significaba una expansión de la demanda, los convenios colectivos garantizaban el crecimiento del consumo salarial, etc., y nada de esto afectaba a la tasa de beneficio. Había lo que se ha llamado un pacto keynesiano. Ahora no ocurre así, ahora ese tipo de política choca con los intereses del capital: para que*

éste salga de la crisis hay que desmontar el Estado del bienestar, hay que agredir a los salarios, hay que deteriorar las condiciones laborales, etc.

N.R.: Yo creo que no hay que considerar sólo cuál es la situación de la izquierda, sino también cuál es el estado de desarrollo de la humanidad. Yo no hablaría del nuevo orden internacional, porque eso me suena a broma, pero aunque puedan estar en entredicho algunos conceptos de la izquierda, también están en crisis otros. No es posible sostener un crecimiento económico sin más, y más pronto que tarde la sociedad se tendrá que enfrentar al deterioro profundo del medio ambiente que se está produciendo. La situación del Tercer Mundo es insostenible: Somalia, la desertización y la hambruna de un continente como el africano, la penosa situación de algunos países asiáticos o de Latinoamérica, que constituyen el verdadero Cuarto Mundo. Tarde o temprano nos tendremos que enfrentar a todo ello.

«Ha habido errores ideológicos y políticos que tardarán más tiempo en corregirse que el que se tarda en corregir un error económico»

P.: *Me lo pones peor, porque la izquierda no sólo encontrará dificultades en el terreno económico y social, sino que, además, tiene que ser beligerante frente al deterioro del medio ambiente y más solidaria con el Tercer Mundo, porque el grado de deterioro y de hambre en él es insostenible. Son tres temas que hacen que cualquier política de izquierda, y no sólo socialdemócrata, se enfrente a un castillo.*

N.R.: Por eso te señalaba al principio la importancia del internacionalismo para solucionar el problema. Fíjate que todo el mundo está sujeto a las mismas injusticias, aunque, por supuesto, las sufren en diferente grado. No podemos equiparar la situación de una persona del Primer Mundo con otra del Tercero, pero los problemas de un ciudadano en Latinoamérica tienen el mismo origen que los que puede tener un ciudadano europeo: un desarrollo capitalista salvaje. Esto tiene que llevar al internacionalismo si se quiere buscar una solución al problema.

P.: *Lo que quiere decir que la izquierda debe llevar a cabo una política de organización de todo el tejido social que pueda estar interesado en una salida progresiva de la crisis, pero también que debe organizar a todas las fuerzas de izquierda a escala internacional. En este sentido, si uno compara el grado de internacionalización del capital con el que tiene el movimiento obrero, hay que llegar a la conclusión de que la CES es insuficiente.*

N.R.: El punto de partida no es bueno, porque la propia Confederación Europea de Sindicatos se queda corta y la CIOSL (Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres) tampoco es todo lo eficaz que debería de ser. Hace sesenta años el movimiento obrero tenía una mayor dimensión internacionalista, y lamentablemente ahora se ha perdido. Ahora, los exégetas de la izquierda están cayendo en posturas básicamente nacionalistas. Mucha gente no tiene empacho de hablar de la socialdemocracia, mientras que limitan su acción a su propio país, enfren-

tándose con el país vecino siempre con la misma máxima: vendamos más y compremos menos. Y en el país vecino, el Gobierno dice lo mismo. Lo estoy simplificando hasta al absurdo, pero ésta es la situación.

P.: *Cualquier política de izquierda debe incluir algunas reivindicaciones, como la defensa del Estado del bienestar, que no son socialdemócratas en sentido estricto, pero que hasta ahora se han catalogado como tales. Pero, en los tiempos que corren, cuando el paro crece sin cesar, una política económica expansiva debería ser el objetivo prioritario de la izquierda. Sin embargo, desde que el primer Gobierno Mitterrand fracasó con esta política en los primeros años ochenta, ningún partido socialdemócrata la ha puesto en práctica.*

N.R.: A mí me parece que ha habido una profunda perversión de muchos Gobiernos que se califican de izquierdas. A este respecto, debemos lamentar el profundo fracaso de lo que ha sido el socialismo del sur de Europa. Con la recuperación de las libertades democráticas en Portugal, en España y luego en Grecia se creó una gran expectativa en la socialdemocracia europea, que miraba con esperanza lo que podía ser el socialismo del sur de Europa. Sin embargo, si algo le ha caracterizado, ha sido su fracaso, porque ha tomado una serie de medidas que nada tenían que ver ni con el socialismo, ni con la socialdemocracia, ni tan siquiera, la mayoría de las veces, con un gobierno racional en su sentido social. Ha habido errores ideológicos y políticos, como lo es que un gobierno de izquierda haga una política de derechas, que tardarán más tiempo en corregirse que el que se tarda en corregir un error económico.

P.: *A este respecto, el fracaso de la política de Mitterrand en los primeros años ochenta ha determinado el cambio de actitud de otros partidos socialdemócratas. ¿No crees que lo que ocurrió con Mitterrand fue que el Gobierno socialista puso en práctica una política socialdemócrata en un contexto en que dicha política no era posible si al mismo tiempo no se tomaban medidas transformadoras muy radicales?*

N.R.: Mitterrand se equivocó, porque fue el único que aplicó una política expansiva, y esto no hubiera funcionado aunque hubiera aplicado otras medidas, porque, para que funcionara, hubiera sido preciso que la aplicaran varios países. Yo creo que uno de los fracasos rotundos de la izquierda es que, cuando llegó al Gobierno, no supo combinar adecuadamente la política de los diferentes Gobiernos socialdemócratas en un sentido progresivo. Yo recuerdo que los miembros del Gobierno socialista español decían: «No cometeremos los mismos errores de Mitterrand porque hemos escarmentado en cabeza ajena», en lugar de haber intentado algo, o al menos tomarlo como un tema de discusión y debate. Hubiese chocado con los intereses del capital de manera extraordinaria, porque lo que estábamos buscando es una sociedad bastante más igualitaria, dentro del término gradual al que hay que referirse, pero esto es lo que debería haberse hecho. Pero ¿que es lo que se ha hecho? El mismo Mitterrand reconoce que se ha equivocado, y empieza a practicar una política de ajuste que dura todavía hoy en vísperas de las elecciones de marzo. Cualquiera de sus Gobiernos, unos de una manera más acentuada que otros, —Mouroy, Rocard, ahora Bérégevoy— han practicado la misma política, incluso con fruición. Y dicen que formamos parte de la economía mundial y estamos obligados.

P.: *Es decir, ¿tú crees que la socialdemocracia debería haberse puesto de acuerdo*

para intentar otra política?

N.R.: Por lo menos deberían haberlo intentado y haber dicho que lo que hacían lo hacían a pesar suyo. Pero han hecho esa política como fanáticos, como convencidos, la han hecho con regodeo.

P.: *Se han hecho liberales.*

N.R.: Liberales, sí, sí, eso es a lo que me refería antes, y va a costar mucho superarlo. Y ya estamos hartos, porque cuando en muchos países industrializados ha entrado en crisis la política económica liberal, aquí el propio jefe del Gobierno dice que hay que hacer más de lo mismo y que en absoluto va a aflojar su política económica. Estamos en una situación en la que el director general de INEM dice que vamos a tener 420.000 parados más en 1993; el ministro de Economía tiene que reconocer que ha fracasado en la política de creación de empleo... ¡Oiga usted, quíteme de aquí este equipo económico, que es un desastre! Pero no, está dispuesto a continuar con las mismas personas y la misma política económica. Eso es contumacia, ¿no?

P.: *Pero no pueden dejar de ser liberales, porque ¿qué son si no? El problema es que se han dejado tirados en el suelo tantos principios básicos y tantos valores morales de la izquierda en los últimos diez años que no se puede esperar que los recojan de nuevo.*

N.R.: Tienes mucha razón. Sólo tiene explicación en un partido socialista de aluvión que pasó en muy poco tiempo de la clandestinidad a la legalidad, a la oposición y al Gobierno. Se encontró con una situación de muy poco análisis, de muy poca teorización, con cambios muy pendulares. Y cuando llegó al Gobierno, lo poco que tenía, si es que le quedaba algún poso ideológico de la socialdemocracia, enseguida lo perdió.

P.: *Recuerda que lo primero que hicieron fue subir el precio de la botella de butano, la energía de los pobres.*

N.R.: Sí, y sobre todo se han comportado como recién conversos que han creído que su respetabilidad pasaba por conseguir el beneplácito de la derecha económica. Nunca han pensado que la respetabilidad se la daría una forma determinada de gobierno en la cual se fueran abordando medidas mucho más sociales. Desde el primer momento, y supongo que el primer momento todavía dura, creyeron que la propia respetabilidad se la daría la derecha.

P.: *¿Tú crees que son recuperables para una política de izquierda? No me refiero a las bases del partido, sino a lo que es la estructura de dirección política en sentido muy amplio.*

N.R.: En términos generales, el partido es recuperable. Pero en las organizaciones políticas y sindicales no siempre se mantiene el contenido ideológico de clase íntegro, sino que, lamentablemente, pasan por procesos en los que esto no ocurre. Nadie puede pensar que una organización o un partido son de manera estática y para siempre organizaciones o partidos que guardan sus propias esencias, sino que tienen altibajos. Depende del estado de salud de cada organización concreta que, por simplificar, un estado de perversión dure más o menos. Pero aquí han pasado demasiadas

cosas y hay responsabilidades evidentes. Desde el punto de vista de políticas moderadas de corte socialdemócrata, aquí no estoy hablando de la toma del Palacio de Invierno ni de la Comuna, hay dirigentes del partido socialista que son irrecuperables para una política moderadamente socialdemócrata.

P.: *Este terreno general en el que nos estamos moviendo está muy bien, porque ahora se habla muy poco de estrategia y es necesario hacerlo. Pero una entrevista contigo no puede dejar de lado el sindicalismo. ¿No piensas que los sindicatos están muy paralizados?*

N.R.: Más que paralizados, los sindicatos estamos solos y eso, en cierta medida, es contraproducente, porque tenemos en contra el poder del Estado y de la derecha económica, con todo lo que conlleva, medios de comunicación, capacidad de presión, etc. Lamentablemente, hasta ahora no ha habido una oposición vertebrada que haga la función que le corresponde, y los sindicatos nos hemos visto obligados muchas de las veces a hacer una función mucho más política que la que nos correspondía, con un serio inconveniente. Nosotros, en este caso la UGT, somos una organización de orientación socialista, que tenemos la obligación de conseguir mejores condiciones de trabajo y de vida, tanto por medio de la negociación y de la presión, como también por medio del Parlamento, pero tenemos que reconocer que, durante los últimos años, no hemos tenido una experiencia muy grata con él. Además nos hemos legalizado en medio de una profunda crisis económica, han desaparecido miles y miles de empresas, y como consecuencia, los sindicatos tenemos una afiliación bastante insatisfactoria, aunque este problema no es sólo de los sindicatos, sino también de los partidos. Estamos en una sociedad que es poco asociativa, porque todavía estamos padeciendo el poso de los años de franquismo y ahora hemos caído en un alto grado de egoísmo e individualismo que tampoco favorece al incremento del asociacionismo. Por otra parte, se nos puede acusar de no haber hecho todo lo que deberíamos haber hecho, pero en los últimos años, con la unidad de acción entre UGT y CCOO, hemos conseguido cosas. A mí me hacen mucha gracia algunas críticas interesadas que se nos hacen. El 14 de diciembre hicimos la famosa huelga general e inmediatamente hubo una serie de descalificaciones desde el Gobierno y la derecha económica, que dijeron que no habíamos conseguido nada y no habíamos sabido rentabilizar el paro general. Eso no es verdad. En el mes de febrero del año siguiente conseguimos más de 200.000 millones de pesetas para mejoras sociales y, después, la primera fase de la Propuesta Sindical Prioritaria. Tanto es así que personas muy destacadas del propio partido socialista, que habían sido ministros, han dicho que la mala situación económica actual se debe a lo que conseguimos el 14-D. Éste era también el discurso de la CEOE, pero no se corresponde a la verdad.

P.: *Pero ¿no crees que al 14-D había que haberle dado más continuidad? No quiero decir que hubiéramos tenido que entrar en una dinámica de huelgas generales, pero sí que la negociación se prolongó durante demasiado tiempo y hubo una cierta parálisis.*

N.R.: La gente olvida fácilmente que con la primera parte de la PSP conseguimos mejoras en las pensiones, el salario social, la recuperación de la deuda contraída con los funcionarios, cláusulas de revisión para los pensionistas, etc. Fueron unos logros bastante estimables. Pero si, en la segunda fase, nos encontramos con una tremenda

cerrazón por parte del Gobierno en el tema de las reformas estructurales, que era lo que nos parecía más importante, pues a la larga son siempre mucho más beneficiosas. Quizás intentamos negociar durante demasiado tiempo. Después hemos hecho la huelga del 28-M, y aquí sí hay que hacer una reflexión. Alguna vez lo he dicho y se me ha entendido mal, pero yo creo que el paro del 28-M lo teníamos que haber sabido administrar mejor. Deberíamos haber sido capaces de dar un discurso mucho más nítido, más terminante, manifestar de una manera mucho más clara y palmable cuáles eran nuestras reivindicaciones y, sin embargo, durante algún tiempo, hemos dado una cierta sensación de confusión. Ahora los dos sindicatos hemos acordado un programa de acción para el año 1993. No pedimos un giro social como hacíamos hace algunos años, cuando crecíamos del 4% al 4,5%, porque lo que hace falta ahora es una política económica distinta para que en algún momento sea posible realizar el giro social. Vamos a hacer un trabajo entre las dos organizaciones para combatir el

**«En términos generales el partido es recuperable
(...) Hay dirigentes del partido que son
irrecuperables para una política moderadamente
socialdemócrata»**

discurso neoliberal y, sobre todo, esa idea que me repatea de que esta es la única política posible. No vamos a hacer un programa de alternativa de Gobierno, pero me parece fundamental mantener el proceso de unidad de acción y tener las cosas claras. Aquí estamos siempre todos bajo el riesgo de caer en una especie de juego de diversión por parte del Gobierno. Hasta ahora no ha ocurrido, pero no deja de ser chocante, aunque a todo se acostumbra uno, que se nos diga, no de una manera directa sino por medio de los medios de comunicación social, que debemos ir a un pacto de rentas. Con toda la política ya marcada, con los presupuestos aprobados, etc., ¿cómo nos proponen un pacto de rentas en el mes de febrero?

P.: *¿Eres consciente de que hay sectores sindicales, probablemente en un sindicato más que en otro, que están dispuestos a entrar por un pacto?*

N.R.: Ten en cuenta que hay algunos ministros que piden un acuerdo sobre la política de rentas, otros un acuerdo sobre el mercado de trabajo y otros sobre las dos cosas. En esta situación, las habas están contadas y no hay nada que negociar, pero después del decretazo, del tratamiento que han dado a los empleados públicos, del aumento del 1,8%, después de que el Gobierno sigue anunciando que va a seguir con una la desregulación del mercado de trabajo... Si no hubiera nada de esto, un pacto sería imposible, porque toda la política está delineada: ¿qué haría usted con los beneficios de los empresarios, con los tipos de interés antes de negociar una política de rentas? Pero si encima se pasan el día agrediendo...

P.: *A pesar de ello hay sectores sindicales que están por entrar.*

N.R.: Algunos sectores están por entrar en la negociación global del mercado de

trabajo. Pero tal negociación sería un trueque: yo concedo esto para que usted me conceda aquello. Sería hacer una moneda de cambio de temas laborales muy concretos. Por eso UGT y CCOO hemos tenido el gran acierto de haber preparado ese programa de trabajo sindical. Allí está todo lo que es el mercado de trabajo, pero está de manera coherente y para tratar en los diversos ámbitos de negociación. Lo importante es que nos demos de una especie de referencia.

P.: *Estamos en tiempos muy difíciles: la recesión es muy aguda, el aumento del paro es muy fuerte, crecen los expedientes de regulación de empleo, como ocurre en el sector del automóvil, etc. ¿Qué crees tú que deberían hacer los sindicatos para hacer frente a una situación que no se puede solucionar sólo con negociación?*

N.R.: Es muy importante que seamos capaces de dar a conocer el programa que hemos hecho a la clase trabajadora, que ésta lo sienta como suyo y que lo protagonice. Porque hemos hecho la PSP, después la ISP, luego la UGT sola hizo la Iniciativa Socialdemócrata y, claro, no podemos hacer una serie de alternativas por la superestructura sin implicar a los trabajadores y a la opinión pública, que es lo fundamental. Tenemos que hacer un esfuerzo por implicar a los 9 millones de asalariados y asalariadas. Lo que estoy diciendo puede parecer muy rimbombante, pero ése debe ser nuestro objetivo.

P.: *Pero eso exige una campaña de debates y de asambleas para dar a conocer el programa. Debe desbordar a los órganos de los sindicatos.*

N.R.: Tiene que estar en la calle y en las fábricas. Hemos clarificado una serie de ambigüedades, por ejemplo en la negociación colectiva. Hay una especie de satanización de los salarios, cuando han subido de una manera muy moderada. Este año el problema fundamental es el paro, pero esto no se soluciona perdiendo o manteniendo el poder adquisitivo de los salarios. Está el tema de las ordenanzas laborales, el tema del INEM.

P.: *Para terminar, una última pregunta. Estamos viviendo en un contexto de una reestructuración muy fuerte de la izquierda política, tanto en el Estado español como en Europa. El muro de Berlín se nos ha caído a todos encima, la política liberal ha destrozado valores por todos los lados, etc. Hay una reestructuración ideológica y política que es muy clara. ¿Qué se puede hacer desde los sindicatos para favorecer la necesaria reestructuración de la izquierda, que se debe producir para que haya un correlato político del movimiento sindical?*

N.R.: No podemos ser los catalizadores de este debate, pero estamos en mejores condiciones para ayudar a este proceso que lo que podíamos llamar la izquierda institucional u oficial, porque el problema no es sólo de Gobierno. El programa del que te he hablado servirá al menos para dejar claro qué es lo que piensa el movimiento sindical, en un año electoral como el actual. Ya veremos cuál es la reacción de los partidos políticos.

Hika nº 34/Otsailak/Donostia

Ciudad global en el Norte. Megaciudad en el Sur *

Ramón Fernández Durán

La reestructuración del sistema productivo a escala mundial, que se produce desde finales de los sesenta, estaría marcada por:

–una nueva división internacional del trabajo, caracterizada por una mayor profundización de la internacionalización de la producción que se ha llegado a conocer como mundialización de la economía;

–una reestructuración paralela en el centro del sistema productivo basado en la gran fábrica, donde se produce una fuerte sustitución de trabajo humano a través del desplazamiento de éste por capital –robotización–, lo que la hace más intensiva en energía; además, se desarrolla la descentralización a empresas satélites de aquellas fases productivas más descualificadas y más intensivas en mano de obra;

–una mayor concentración de la actividad económica, que pasa a ser controlada por un reducido número de empresas de carácter transnacional, que se convierten en el componente clave de la producción mercantil mundial. Curiosamente, entre las veinte mayores empresas transnacionales, siete están relacionadas con el sector del automóvil y cinco con el del petróleo (Antunes, 1990), lo que da una idea de la relevancia que cobra el transporte como pilar fundamental de toda la actividad económica.

Modelos impuestos

En cuanto a la nueva división internacional del trabajo, sus rasgos fundamentales vendrían definidos por un modelo económico en el Sur que se impone –con diferentes expresiones, pero de una forma aún más clara que en el pasado– desde el Norte, y en beneficio exclusivo de éste. Este modelo plantea para algunos países de la periferia –los nuevos países industrializados– un proceso de industrialización parcial, pues se localizan en ellos las manufacturas de baja tecnología e intensivas en factor trabajo, y son los destinatarios principales de su producción industrial los países del Centro, los únicos con poder de compra. Lo mismo se puede decir de la producción agropecuaria en el Sur, que pasa a orientarse de una manera todavía más intensa que antes hacia los mercados solventes del Norte.

Se podría hablar de una reestructuración industrial y una paralela descentralización productiva, que se da tanto a escala internacional como subregional, y que fractura los procesos productivos, flexibilizándolos y posibilitando su adaptación a la mejor combinación posible capital/trabajo, según el proceso productivo que se trate; localizándose a nivel mundial o subregional de acuerdo con dichos requerimientos, y aprovechando los menores costes de la fuerza de trabajo y menores restricciones de carácter ambiental en la periferia, siempre que ello sea posible.

*/Este texto ha sido elaborado a partir de materiales de un libro que próximamente saldrá publicado en la Editorial Fundamentos bajo el título *La explosión del desorden. La metrópoli como espacio de la crisis global*.

En lo que se refiere a la producción agropecuaria mundial, se puede decir que los cambios en estos últimos veinte años han sido impresionantes. Por un lado, el Norte, y especialmente Estados Unidos, se ha convertido en el principal exportador mundial de cereales, y han hecho que hoy más de 100 países del Tercer Mundo dependan de estas exportaciones de grano, que se llegan a utilizar como arma política, en muchos

Cuadro 1
Las grandes regiones metropolitanas
(en millones de habitantes)

Regiones metropolitanas	1950	1960	1970	1980	1990	2000
1. México	3,1	5,4	9,4	14,5	20,2	25,6
2. Sao Paulo	2,4	4,7	8,1	12,1	17,4	22,1
3. Tokio	6,7	10,7	14,9	16,9	18,1	19,0
4. Shanghai	5,3	8,8	11,2	11,7	13,4	17,0
5. Nueva York	13,2	14,2	16,2	15,6	16,2	16,8
Calcuta	4,4	5,5	6,9	9,0	11,8	15,7
7. Bombay	2,9	4,1	5,8	8,1	11,2	15,4
8. Pekín	3,9	6,3	8,1	9,0	10,8	14,0
9. Los Angeles	4,0	6,5	8,4	9,5	11,9	13,9
Yakarta	2,0	2,8	3,9	6,0	9,3	13,7
11. Nueva Delhi			3,5	5,6	8,8	13,2
12. Buenos Aires	5,0	6,8	8,4	9,9	11,5	12,9
13. Lagos					7,7	12,9
14. Seúl			5,3	8,3	11,0	12,7
15. Tianjin	2,4	3,6	5,2	7,3	9,4	12,7
16. Río de Janeiro	2,9	4,9	7,0	8,8	10,7	12,5
17. Dhaka					6,6	12,2
18. El Cairo	2,4	3,7	5,3	6,9	9,0	11,8
19. Manila			3,5	6,0	8,5	11,8
20. Karachi				4,9	7,7	11,7
21. Bangkok				4,7	7,2	10,3
22. Estambul				4,4	6,7	9,5
23. Moscú	4,8	6,3	7,1	8,2	8,8	9,0
24. Osaka	3,8	5,7	7,6	8,3	8,5	8,6
25. París	5,4	7,2	8,3	8,5	8,5	8,6
Teherán				5,1	6,8	8,5
27. Lima				4,4	6,2	8,2
28. Bangalore						8,2
29. Madrás					5,7	7,8
30. Londres	8,7	9,1	8,6	7,7	7,4	7,5

Fuente: *World Urbanization Prospects*. ONU, 1991.

casos, para defender los distintos intereses económicos y políticos del Norte en las áreas del Sur. Y por otra parte, el Sur se convierte, "gracias a su clima", en el principal suministrador de determinados productos agrícolas: cacao, café, algodón, tabaco, frutas tropicales..., para llenar las despensas del Norte —muchos de los cuales tienen escaso, o nulo, valor nutritivo—, a costa de la satisfacción de sus propias necesidades alimenticias. Se desarrollan estos monocultivos, orientados al mercado exterior, ocupando las mejores tierras y en detrimento de una agricultura más diversificada destinada al mercado interior. El Tercer Mundo dedica a cultivos de exportación una extensión similar a la superficie de Europa.

La granja global

En el modelo impuesto por lo que se ha llegado a denominar el *agrobusiness*, controlado por las grandes empresas del sector, y que se basa en técnicas de producción agrícola enormemente consumidoras de energía, tremendamente depredadoras del suelo y contaminantes del medio.

El balance energético de la moderna agricultura es deficitario, y consume muchas más calorías que las que produce como alimento. Ello es factible por la utilización masiva de combustibles fósiles —petróleo, principalmente—, en forma de derivados, para hacer funcionar la maquinaria necesaria en las grandes explotaciones mecanizadas, o procesados para la fabricación de fertilizantes sintéticos y pesticidas. Esto es especialmente cierto en el Norte, donde se consiguen elevados rendimientos a costa de un intenso consumo de fertilizantes sintéticos y energía; el modelo agrícola actual destruye 10 calorías equivalentes de combustible para producir una caloría de alimentos (Pisani, 1992). Y es factible por las elevadas subvenciones que recibe la agricultura en los países del Centro, que incentivan el cultivo en grandes explotaciones con bajos costes directos monetarios de producción, destruyendo empleo y generando abundantes excedentes que se destinan, con precios de *dumping*, a la exportación, lo cual socava las bases de la agricultura de los países que importan estos productos; por ejemplo, «México exporta a bajo precio grandes cantidades de petróleo y gas, que en parte regresan convertidos en cereales baratos producidos en Estados Unidos que perjudican la agricultura campesina mexicana. (...) México importa comida barata en términos de dinero, aunque no en términos de energía» (M. Alier, 1992).

Las tecnologías agrarias utilizadas en la explotación de monocultivos en el Sur, empujan a la concentración la propiedad de la tierra, agudizando aún más el carácter latifundista de ésta, y generan amplios excedentes de mano de obra en las áreas rurales, tanto por la mecanización como por el desplazamiento de la pequeña propiedad agrícola tradicional que conlleva. Lo que trae consigo una mayor dependencia del mercado mundial —especialmente de grano, en lo que se refiere a la cobertura de las necesidades alimenticias básicas—, y una presión demográfica adicional sobre las grandes concentraciones urbanas del Tercer Mundo.

El modelo agrícola actual sólo se puede mantener con una aportación energética exterior —de carácter no renovable— descomunal sin esta inyección desde fuera el modelo sería inviable. El abastecimiento alimentario tiene un carácter cada día más mundializado, fundamentalmente para los países del Norte, que son los que se bene-

fician de la existencia de esta granja global. Además, el desarrollo de las tecnologías del transporte permite utilizar, de una forma más amplia que en el pasado, para los países del Centro, las potencialidades que les ofrece esta granja global. Las técnicas de congelación, el transporte por contenedores..., hacen que hoy sea factible, por ejemplo, consumir en el Norte fruta de Chile o Suráfrica, lo que hubiera sido imposible hace veinte o treinta años.

La repercusión espacial de la reestructuración

El modelo territorial que se desarrolla en esta fase de evolución del modelo productivo, el posfordismo correspondiente a esta economía global que genera el capitalismo avanzado, tiene como forma central de organización del espacio la región metropolitana (Harvey, 1977). Es un salto cualitativo en relación con la fase anterior: el área metropolitana, cuya delimitación era más precisa en el territorio.

Esta forma espacial, la región metropolitana, se caracterizaría por una mayor difusión del crecimiento en el espacio y una creciente dificultad para establecer límites claros entre áreas rurales y urbanas –sobre todo en el ámbito de influencia de las metrópolis–, y se produce una mayor dispersión de las actividades en el entorno metropolitano y regional. Esta nueva forma espacial está íntimamente relacionada con la manera en que se lleva a cabo la producción, caracterizada por una mayor descentralización de la actividad productiva en el espacio, junto con la paralela concentración de la actividad terciaria, especialmente del terciario avanzado y el sector financiero, en las principales regiones metropolitanas del Centro, y las nuevas modalidades que adopta la reproducción de la fuerza de trabajo y la vida cotidiana en general.

El nuevo modelo territorial, y en especial el funcionamiento interno y externo que conllevan las regiones metropolitanas, está determinado por dos aspectos claves: el enorme incremento de las necesidades de transporte y el paralelo desarrollo de consumo de energía que su despliegue espacial comporta.

Esta nueva forma espacial se concreta de una forma muy distinta, en cuanto a su función y estructura interna, según donde se plasme el proceso de urbanización, y especialmente dependiendo si éste se da en un país del Centro o de la periferia. Aunque indudablemente también se manifiestan diferencias considerables dentro de ambos ámbitos, según el país concreto de que se trate y de la función que cumpla éste en la nueva división internacional del trabajo. Así como del papel que dentro del país en cuestión desempeña la región metropolitana correspondiente.

Las regiones metropolitanas del Norte

El modelo territorial del capitalismo avanzado ha dado lugar, a lo largo de los últimos veinte años, a dos modelos muy diferentes de regiones metropolitanas: la ciudad global en el Norte y la megaciudad en el Sur, que son las dos caras del despliegue espacial de un modelo productivo que tiene, más que nunca en la historia, una dimensión mundial. Ambas formas espaciales tienen una característica en común: en las dos existe una fuerte concentración de población en el espacio, pero las diferencias

existentes en cuanto a la función que cumplen y la actividad que desarrollan, así como en lo que se refiere a su estructura, forma y funcionamiento, son tan importantes, que en ningún otro sitio como en el espacio, en el territorio, quedan reflejadas las tremendas contradicciones y contrastes que atraviesa el actual modelo productivo y social.

En los años setenta, durante la crisis, se asiste en el Norte, en paralelo con la reestructuración que estaba aconteciendo en el modelo productivo, a un menor crecimiento urbano en general y a un cambio en la naturaleza de éste. En el sentido de que el crecimiento urbano se orienta en menor medida hacia las grandes aglomeraciones y más hacia las ciudades medias; y que en relación con el crecimiento de las grandes aglomeraciones, éste adopta un carácter más subregional, se orienta hacia las periferias lejanas metropolitanas, configurándose lo que se denominan regiones metropolitanas.

Este crecimiento urbano, y el cambio en la índole de éste, se debe a varias razones: el menor ritmo de la actividad económica y la crisis energética, que hacen que se ralenticen los procesos de concentración espacial; el agotamiento de los flujos migratorios de población de las áreas rurales a las urbanas, pues éstos ya se habían producido con intensidad en el pasado; el menor crecimiento poblacional, como resultado de la caída de las tasas de natalidad; la menor concentración de empleo industrial en las principales áreas urbanas de los países del Centro, tanto por el traslado de empleo industrial a la periferia, como por la descentralización hacia las periferias lejanas metropolitanas (o ciudades medias y hasta áreas rurales, en algunos casos), de un parte considerable del empleo industrial de la gran fábrica, en la búsqueda de mercados de trabajo locales más baratos. Al mismo tiempo, se desarrolla una transformación de las áreas centrales para acoger el crecimiento de terciario, fruto de la localización en las mismas de los servicios avanzados que lleva aparejado la gestión centralizada de la reubicación industrial a escala mundial y de los ciclos de producción difusa a nivel subregional.

Estos procesos serían las fases preparatorias de la configuración en el Norte de la llamada ciudad global, que no se puede decir que madura hasta la década de los 80, con la reactivación del crecimiento de la economía occidental, que promueve en el Centro, otra vez, los procesos de concentración y, especialmente, transformación urbanas en las principales regiones metropolitanas. Además confluyen diversas circunstancias que aceleran estos cambios. Entre ellas, como dice Saskia Sassen (1990), existe un vacío de instituciones o mecanismos de coordinación y control de todo el sistema económico mundial ^{1/}, y es entonces cuando determinados espacios estratégicos: Nueva York, Londres, Tokio, París, Frankfurt..., empiezan a desempeñar esas funciones de coordinación. Es en estos espacios estratégicos, que se han venido a denominar ciudades globales, donde se ubican los servicios avanzados y el corazón de la actividad financiera, que ejercen funciones centrales de gestión, coordinación y control de un modelo productivo de base planetaria, ante la ausencia de otros tipos de mecanismos reguladores, o de planificación, y bajo el dictado de los intereses a corto plazo del capital.

Las principales ciudades globales han acometido importantes actuaciones de rees-

^{1/} Pues el marco diseñado en Bretton Woods, tras la Segunda Guerra Mundial, dejó de funcionar en los setenta.

tructuración de sus espacios centrales, con el fin de poder dar respuesta a la fuerte demanda que provoca la localización en ellos de las denominadas funciones globales.

La urbanización dependiente

En el Sur, mientras tanto, los procesos de urbanización se disparan. El crecimiento poblacional en las grandes concentraciones urbanas adquiere un dinamismo inusitado. Las razones de este crecimiento son también variadas, siendo las causas principales: el incremento de las tasas de natalidad en los países de la periferia; la ubicación

Cuadro 2

El transporte y su impacto social y ambiental

- El sector transporte, en la CE, supone un 7% del PIB de los puestos de trabajo, un 40% de la inversión pública y casi un tercio del consumo total de energía. El transporte en el ámbito comunitario es también el responsable del 22,5% de las emisiones de CO₂ –que contribuye al efecto invernadero– y del 60% del NO_x – que es una de las causas de la lluvia ácida–. De las emisiones de CO₂ el 80% corresponden al transporte por carretera, el 11% al aéreo y el 4% al ferrocarril.
- 540 millones de vehículos circulaban por las carreteras del mundo a primeros de los 90, correspondiendo más del 80% a los países de la OCDE. El número de muertos en accidentes de carretera se elevaba en esa fecha a unos 500.000 anuales en todo el Globo y los heridos alcanzaban casi los 9 millones. La accidentabilidad en carretera –por pasajero/km– es 10 veces más alta que en avión y 33 más elevada que en ferrocarril. En la CE los “costes” externos de carácter socioeconómico del transporte suponen una cifra cercana al 5% del PIB.
- La emisión de contaminantes –por pas/km– en automóvil sin catalizador es 33 veces más elevada que en tren y 11 veces más que en avión. Un coche nuevo con catalizador puede reducir estas cifras a 6 y 1,7 veces, respectivamente. Una automóvil consume cada 1.000 kilómetros la misma cantidad de oxígeno que un ser humano necesita para respirar durante un año.
- El transporte aéreo ha experimentado un crecimiento vertiginoso en el mundo, pues ha pasado de 450 millones de pasajeros en 1970 a 1.100 a finales de los 80. Los norteamericanos vuelan cuatro veces más que los europeos. El consumo energético en avión –pas/km–, en un viaje de unos 500 kms, es entre 3 y 3,5 veces que en ferrocarril y entre 1,2 y 1,5 veces que en coche.
- En la CE, el transporte de mercancías por carretera se incrementará en un 42% para el 2010, el número de coches privados crecerá en un 45% también para esa fecha y el transporte aéreo aumentará en un 74% para el mismo horizonte.
- Incremento del tiempo dedicado al transporte. Al menos la cuarta parte de la vida de un varón medio que vive en un país del Centro consiste en moverse o trabajar para moverse. Según Ivan Illich: «Si el varón estadounidense medio consagra, por todos los conceptos, 1.500 horas al año a su automóvil y recorre con él unos 10.000 kms anuales, su velocidad “real” o “generalizada”

de los procesos industriales, o fases productivas, descentralizados hacia las grandes concentraciones urbanas de algunos países del Sur; y la intensificación de las migraciones campo-ciudad, ante los cambios que se estaban dando en la producción agrícola y como resultado, también, de la destrucción paralela de las economías locales. Esta situación agrava aún más los rasgos de urbanización dependiente, abriendo la vía a los procesos de hiperurbanización que se desarrollan en el último cuarto de siglo, y que adquieren una especial intensidad durante la década de los ochenta, dando lugar a la aparición en el Sur de la megaciudad. Es durante esta última década cuando en el *ranking* de las mayores concentraciones urbanas, los primeros puestos pasan a ser ocupados por regiones metropolitanas de la periferia –México, Sao Paulo...– (cuadro 1), y se producen las mayores intensidades de crecimiento urbano en el Sur.

Esta hiperurbanización tiene efectos perversos para estas megaciudades de la periferia, y convierten a estas regiones metropolitanas en doblemente parásitas, pues no sólo son parásitas desde el punto de vista de que para garantizar su funcionamiento necesitan enormes cantidades de energía, materias primas, productos agrícolas..., como cualquier otra gran región metropolitana en el Norte ^{2/}, sino que, asimismo, son un gigantesco sumidero de recursos públicos, en países donde éstos son forzosamente muy escasos, lo que condiciona sustancialmente la economía de muchos de ellos.

Además, en el Norte, la existencia de las regiones metropolitanas opera como una fuerza productiva en sí misma, beneficiándose de unos flujos de extracción de riqueza que desde el Sur se orientan hacia el Norte, y desde las áreas rurales se canalizan hacia las áreas urbanas, lo que garantiza su funcionamiento y beneficia a gran parte

^{2/} Aunque en menor grado por su menor capacidad de consumo por habitante.

rondará los 7 km/h, poco más que la desarrollada por una persona andando».

- Falta de consideración de los medios de transporte no motorizados –peatón, bicicleta, tracción animal...–, cuando es la forma de transporte más desarrollada en el Tercer Mundo. La bicicleta es el vehículo más utilizado en el planeta, existiendo más de 800 millones de bicicletas en todo el mundo.
- El parque de vehículos crece a un ritmo más rápido que la población; mientras que la población humana se ha duplicado desde 1950, el número de vehículos se ha multiplicado por siete. Si esta tendencia se mantiene, se habrá cuadruplicado para el 2025, con lo que ello supondrá de consumo energético, incremento del impacto ambiental y consumo de recursos de todo tipo –incluidos los energéticos– que implica tanto su construcción como su funcionamiento, especialmente en lo que a infraestructuras se refiere.
- Las fuentes energéticas alternativas para el transporte por carretera –hidrógeno, electricidad, etanol, metanol, solar..., distan de ser alternativas eficaces, seguras, baratas e inocuas desde el punto de vista ambiental, así como están lejos de ser tecnológicamente desarrollables a corto plazo.

Fuentes: *Grupo Transport 2000 Plus (1990)*, *Sanz (1990a y 1990b)*, *Antunes et al (1990)*, *Comisión Europea (1992)*, *Falvin (1992)* y *Taschner (1992)*.

de sus habitantes, aunque sólo sea en lo que se refiere al consumo banal, que no de calidad de vida. Por el contrario, en la periferia, las megaciudades suponen verdaderas agujeros negros para el dinero estatal y ninguna, o muy poca, creación de riqueza, que además queda requisada por muy pocas manos. Esto imposibilita que los recursos económicos públicos escasos se puedan destinar al desarrollo rural, tan necesario, por otro lado, para frenar la presión demográfica sobre estas grandes concentraciones urbanas.

Y estos recursos públicos que se destinan a estas megaciudades no son tanto de creación de infraestructuras, equipamiento o vivienda, pues ni siquiera hay unos volúmenes suficientes para garantizar unos niveles mínimos, sino que fundamentalmente son en forma de subvenciones a los productos de primera necesidad que se consumen en estas aglomeraciones –alimentos: pan, sémola..., sobre todo; y, también, energía–, con el fin de evitar estallidos sociales. Esta situación supone una pesada carga para la economía de dichos países, pues, en muchos casos, estos productos que se destinan a las megaciudades hay que importarlos, siendo necesario acudir al mercado exterior y pagar con divisas, y es lo que deteriora sus balanzas de pagos, y obliga a orientar –aún más– sus economías hacia el mercado mundial con el fin de poder obtener las divisas necesarias.

La movilidad motorizada

Las necesidades de transporte motorizado se han desarrollado intensamente en este último periodo, y principalmente en la pasada década, en paralelo con la vuelta al crecimiento de la economía occidental, como resultado de los cambios operados en la esfera de la producción, de las transformaciones acontecidas en el ámbito de la reproducción y la vida cotidiana en general, y como consecuencia también del nuevo modelo territorial que se configura en esta fase, íntimamente relacionado con todo lo anterior.

En la esfera de la producción, tanto la descentralización de determinados sectores industriales, o de fases específicas de los procesos productivos, en algunos países de la periferia, como la difusión productiva subregional, incrementan sustancialmente las necesidades de transporte motorizado, especialmente viario. Por otro lado, las modificaciones habidas en el marco de la reproducción de la fuerza de trabajo y de la vida cotidiana en general, en los países del Centro, tienen una repercusión espacial considerable, incrementando las necesidades en medios de transporte motorizados, y en especial en vehículo privado. Así, la ruptura de la familia nuclear, con el desarrollo paralelo de hogares unipersonales y monoparentales, incrementa la demanda de vivienda y de espacio construido en general, lo que amplía el área afectada por el proceso urbanizador, aunque la población en muchas regiones metropolitanas no crezca. En el mismo sentido juega el incremento del poder adquisitivo de importantes sectores de la población habido en estos años, que ha orientado una parte considerable de la demanda hacia viviendas de carácter unifamiliar, muy consumidoras de espacio. Esto ha propiciado una aún mayor suburbanización del crecimiento, lo que se ha llegado a conocer como *urban sprawl* (dispersión urbana), cuyo ejemplo más característico serían los barrios residenciales unifamiliares de las ciudades norteamericanas. También el desarrollo de nuevas formas de distribución comercial, especialmente de grandes superficies, tipo hiper, en las periferias metropolitanas, trastoca las

pautas de consumo y potencia el uso del coche para las compras /3.

De igual modo, el incremento y mercantilización de las actividades de ocio, así como el mayor poder adquisitivo, hacen que se desarrolle considerablemente la movilidad motorizada en el llamado tiempo libre. Finalmente, el hecho de la creciente separación entre el domicilio y el trabajo, debido tanto a la mayor dispersión del empleo industrial en la periferia de las regiones metropolitanas, como a la creciente concentración del terciario avanzado de carácter decisonal en las áreas centrales, desplazando a la actividad residencial de estas zonas, hace que se incremente la distancia a recorrer en relación con el viaje al trabajo, y aumenta las necesidades de transporte motorizado y en especial la movilidad viaria.

En definitiva, la región metropolitana posee una estructura crecientemente difusa, salvo en las áreas centrales, y cada día más desequilibrada y segregada espacialmente, lo que incrementa la movilidad motorizada en general, y en concreto el transporte viario, basado en el vehículo privado, pues debido al carácter disperso del nuevo crecimiento, éste se hace difícilmente servible por transportes colectivos de alta capacidad –metro, ferrocarril...–, salvo para ciertas relaciones metropolitanas periferia-centro. Paralelamente, el transporte peatonal se reduce, pues las distancias a recorrer lo dificultan y los vehículos invaden el espacio para los viandantes. Estos procesos se han visto reforzados por las políticas de transporte urbano, que han orientado las inversiones, principalmente, a favorecer la movilidad viaria, de acuerdo con el modelo definido y en concordancia con los intereses que se mueven en el espacio metropolitano. Estas políticas están condicionadas, así mismo, por los fuertes intereses que se mueven en torno a la industria del automóvil y del petróleo.

En general, se puede decir que se han primado los medios de transporte motorizados, y dentro de ellos –muy particularmente– el transporte viario, que requieren importantes inversiones e implican elevados gastos de explotación y marginan los medios de transporte no motorizados –peatonal y bicicleta– de carácter autónomo, que requieren poca inversión y unos gastos mínimos de explotación, ya que perjudicaban los mecanismos de concentración y acumulación de capital.

Este incremento de la movilidad motorizada, fundamentalmente por carretera, en la región metropolitana, tiene un reflejo espacial en la importancia del espacio dedicado al transporte, hecho que condiciona las formas de vida y las relaciones personales en la metrópoli posfordista.

En la ciudad medieval el porcentaje del viario era en torno al 10% y éste no se utilizaba por el transporte de forma exclusiva; la calle posibilitaba diferentes funciones y actividades, y era el espacio fundamental donde se desarrollaba la vida urbana. En los ensanches decimonónicos, el viario ocupa ya entre un 15 y un 20% del espacio urbanizado, que se especializa entre acera y calzada, debido a la velocidad y volumen que adquieren los medios de transporte, al reclamar éstos un espacio propio. En la región metropolitana actual, el porcentaje de espacio urbano dedicado a viario llega a alcanzar las dos terceras partes en algunas ciudades americanas –como por ejemplo Los Angeles– (Sanz, 1990). Esto hace que se especialice totalmente el espacio viario para el transporte, no permitiendo su uso conjuntamente con otras funciones urbanas

3/ Este modelo de consumo hace que la unidad familiar tenga que cargar con determinados gastos, por ejemplo la compra del congelador, que anteriormente corrían a cargo del minorista, aparte de tener que disponer obligatoriamente de coche.

—y ni siquiera con otros medios de transporte no motorizado, caso por ejemplo de autopistas y autovías—, convirtiéndose en un espacio monofuncional que se dedica exclusivamente al tránsito.

Por último, cabe señalar el incremento de la movilidad motorizada que ha supuesto el “boom” del turismo, resultado del incremento del “tiempo libre” y del poder adquisitivo de importantes sectores de población de los países del Centro. Este “boom” tiene dos componentes: un aumento de la movilidad viaria muy ligada al tráfico del *week end*, relacionado o no con el fenómeno de la segunda residencia, y el brutal desarrollo que ha experimentado el transporte aéreo, especialmente de vuelos *charter*, como resultado de la aparición del turismo de masas.

De esta forma, a lo largo de estas dos últimas décadas, y muy especialmente en los 80, han aumentado las necesidades de transporte como nunca en la historia de la humanidad, destacando, concretamente, el incremento del transporte por carretera y aéreo, los dos medios de transporte que más claramente se han favorecido e impulsado, y que coinciden también, curiosamente, con los dos medios de transporte de menor eficiencia energética, más despilfarradores de recursos, mayor impacto sobre el medio ambiente y más importante coste social. Esto último es especialmente patente en el caso de la carretera (cuadro 2).

Non stop

El capitalismo avanzado, junto con las formas de vida y el modelo territorial que lleva aparejado, quedaría pues definido, como ya se ha señalado, por la hipermovilidad. El incremento de la movilidad motorizada se vende como un desarrollo de la “libertad”, considerándose como un bien en sí mismo. Sin cuestionarse que lo importante es la accesibilidad, no la movilidad, y sin tomar en consideración los importantes efectos externos—sociales y ambientales— que su continua expansión produce. La diosa movilidad se venera junto a otra diosa, la diosa velocidad (Sanz, 1990), en esta sociedad vertiginosa y *non stop*, a la que nos ha conducido el despliegue mundial de este modelo productivo en las postrimerías del siglo XX. La velocidad creciente, que posibilita la máxima fluidez y rotación del capital, se configura—de acuerdo con Virilio—, más que nunca, como la “cara oculta de la riqueza” (Benko, 1985).

Bibliografía

- Antunes, Carlos et al: «Manifiesto ecosocialista: por una alternativa verde en Europa», *Mientras Tanto*, (Barcelona), 41, 1990.
- Benko, G.: «Espaces et pouvoir, reencontre avec Paul Virilio», en *Espaces et Sociétés*, nº 46, 1985.
- Haryey, David: *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo XXI. Madrid, 1977.
- Ledrut, Raymond: *Sociologie urbaine*. PUF. Paris, 1979.
- Martínez Allier, Juan: *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Icaria. Barcelona, 1992.
- Pisani, Edgard: «Qué agricultura necesita Europa», en *El País* (Madrid), (1 abr. 1991).
- Sanz, Alfonso: «Otro camino para el transporte», en *Ecología y Vida* (Madrid), 45, Salvat, 1990.
- Sassen, Saskia: «Los servicios financieros a las empresas en la ciudad de Nueva York», en *Economía y Sociedad*, (Madrid), 4, 1990.

5 Voces miradas

Drácula, la sombra enamorada

Alberte Pagán

Vampiros cinematográficos ha habido muchos, pero nunca hasta ahora habían aparecido tan vinculados al cinematógrafo (el *Arrebato* de Iván Zulueta va por otro camino: la cámara es el vampiro). La luz contra las tinieblas, la bella con (contra) la bestia, el Occidente ilustrado contra la tenebrosa Europa del Este (que es más central que oriental, pero ya se sabe: tendemos a aproximar el centro a nosotros); y en el prólogo, antes de los créditos, tres siglos atrás, el enfrentamiento se reproduce: la entonces iluminada Europa Central, cristiana, contra el oscuro turco (el temido Islam que aún hoy nos atormenta, cuya sombra avanza por el mapa de la Europa del siglo XV).

El *Drácula* de Bram Stoker, de Francis Coppola, de James V. Hart (en Hollywood nunca se sabe a quién exigir responsabilidades) es una sombra del pasado, de sí mismo, de nuestros propios fantasmas; como tal sombra, no puede existir sin la luz, su complemento. Como el cinematógrafo: sombras que existen gracias a la luz, sombra y luz en comunión.

Negro contra rojo

La escena de la batalla contra los turcos, en el prólogo, se convierte en una danza de siluetas negras contra fondo rojo (premonición de cálices, capas, vestidos, sangres, glóbulos que teñirán de rojo el resto de la película), lo que permite una estilización de la crueldad (los turcos empalados en infinidad de lanzas). Como en otra batalla famosa, a la que Kurosawa le había quitado el sonido. Pero lo importante es que tales siluetas no son más que sombras chinescas, invento (oriental) antecedente del cine (occidental).

El príncipe Vlad (una de las muchas sombras del conde Drácula), ya en Londres, desea visitar esa maravilla del mundo civilizado: el cinematógrafo. Era de esperar esa atracción por las sombras. Es allí donde el príncipe seduce a Mina, mientras la pantalla dentro de la pantalla repite la imagen de una mujer desnuda (otra sombra: Mina como sombra de Elisabeta) y de un tren acercándose (Lumière: nacimiento del cine: unión de sombra y luz: nacimiento del amor entre Vlad y Mina). Y mientras, en otra pared, se reproduce, mediante sombras chinescas sobre fondo rojo, la batalla del prólogo: la relación entre Drácula y el cine no podía ser más obvia. Y aún más, una sombra de la sombra: la misma silueta de la batalla reaparecerá en un grabado que hojea el profesor Van Helsing.

La vida de las sombras

Pero la presencia de las sombras (chinescas o no) no se reduce a eso. Sentados en un café, los amantes reencontrados beben absenta ante unas puertas de cristal que recogen las sombras móviles de gente bailando al otro lado. En el mismo escenario, la movilidad de las mismas sombras representará, unas escenas más tarde, el estado mental del príncipe abandonado. Si el conde Drácula, aún en Transilvania, se mueve por el espacio como una sombra deslizante, su propia sombra tiene vida independiente: proyectada sobre el mapa de Londres, capital de la civilización (como antes la media luna turca proyectaba su sombra sobre el mapa de Europa), se mueve independientemente del cuerpo que la proyecta (vamos, como la de Leo Verdura). La sombra de su mano apaga la vela antes de aparecer la mano; la misma sombra toca el hombro de Jonathan mientras éste se afeita, pero el conde aún está entrando en la habitación cuando aquél se vuelve sobresaltado. Y Vlad (*blood*, sangre), recién llegado a Londres, anuncia su presencia a Mina sumergiéndola en sombras la habitación en la que se halla. Éstos son los momentos más intensos, más poéticos y más terroríficos al mismo tiempo (aunque hay que dejar claro que este Drácula no es una película de terror, sino de amor).

Creación estética

Uno de los grandes logros de la película es la coherente y valiente transposición de estas sombras diegéticas (sombras filmadas, que pertenecen a la "acción" representada) a la propia construcción material de la película: me refiero a las hermosas (por lo que de funcionales y económicas tienen) superposiciones, que diluyen la imagen en breves sombras de color o compartimentan la pantalla, en una reivindicación del cinema como creación estética ante todo. Decía valiente, porque dentro de la industria cinematográfica existe un rechazo ante cualquier pretensión estética (formal) que no signifique una mayor taquilla. Coppola ya había hecho sus pinitos (sobre todo en lo que a la división de la pantalla se refiere) en *Corazonada*. Nicholas Ray utilizaba la misma idea, más radicalmente en *We Can't go Home Again*, y Godard movía sus dos monitores por la pantalla oscura en su *Numéro deux*.

Coppola camufla esta división de la pantalla con el colorido y el barroquismo de las imágenes, y su uso está restringido a unos pocos momentos: el tren que lleva a Jonathan a Transilvania corre por el borde superior de su diario, que casi llena la pantalla en primer término; la Mina enamorada, a la izquierda del cuadro, se contempla a sí misma cuando era Elisabeta en la Transilvania del siglo XV. En estos dos casos, existe una clara división en la pantalla: izquierda y derecha, parte inferior (diario) y superior (tren). En otros casos, la

superposición crea una breve sombra sobre el espacio diegético, sin llegar a exigir su propia porción de pantalla: como en el caso de esas fantasmagóricas apariciones en primer plano de los ojos de Drácula sobre la imagen de Mina, anunciando su llegada.

Especialmente hermoso es aquel plano en el que el profesor Van Helsing decide hipnotizar a Mina al descubrir que ésta está en contacto mental con Drácula: la cámara muestra el rostro de Drácula al lado del de Mina, inicia una breve panorámica hacia la izquierda hasta incluir al profesor, y en ese momento el rostro de Drácula (una superposición) se vaporiza.

Esta utilización “experimental” del material cinematográfico tiene un antecedente en una de las primeras adaptaciones de la novela de Stoker a la pantalla: en el *Nosferatu* de Murnau, el paisaje en el que se adentra el agente inmobiliario aparece negativizado, provocando el sobresalto de los caballos. Murnau es uno de los pocos recreadores de Drácula que le prestó especial atención a la dicotomía luz-sombra: si en este plano que acabamos de comentar la luz se convierte en sombra y la sombra en luz, la muerte del vampiro vendrá por el sol, y su cuerpo (su sombra) se diluirá en la luz de la mañana.

Civilización, “sifilización”

Drácula, la novela, como todo clásico, permite múltiples interpretaciones. La adaptación de Hart y Coppola (una especie de recopilación erudita) deja las puertas abiertas a todas ellas, sin insistir en ninguna: excepto, claro está, en la consideración del amor (más allá de la muerte) como móvil primordial. Tengamos en cuenta que el prólogo de la película, que nos permite esta lectura, no aparece en la obra de Stoker.

Si el *Nosferatu* de Herzog era un ser solitario y angustiado, en busca de un amor, el de Coppola vence a la muerte y atraviesa tres siglos y la barrera entre Oriente y Occidente para reencontrarse con su amor.

Pero Vlad/Drácula también es un nuevo Cristo, que abjura de su dios y retorna a la paz ante una cruz de la que hace brotar sangre: la sangre del cordero; la paz (el paraíso) por medio del sacrificio. Como Jesús, vence a la muerte; como él, tiene el corazón herido, no por una lanza, sino por su propia uña, y la sangre que brota de la herida sirve para proporcionar —a Mina— vida eterna; la sangre también es su símbolo. Y la historia de la Iglesia no deja de ser una historia de vampiros: ofrendas de sangre, sacrificios, turcos empalados.

La fascinación por/miedo a Oriente, obvio en la novela, continúa presente no ya en ésta película, sino en nuestra sociedad: no están lejos los días en que se nos presentaba a Ceaucescu como una reencarnación del conde. Antes era el miedo al Islam, ahora el miedo al “comunismo”. Y otro baño de sangre, esta vez en Yugoslavia, os permite identificar al nuevo vampiro: Serbia, culpable de todas las atrocidades imaginables, violadora de mujeres musulmanas para procrear más vampiros (por supuesto, la prensa los llama por otros nombres: “bebés ortodoxos” [sic], porque llamarlos fetos comunistas ya sería demasiado).

Toda civilización conlleva una “sifilización”, afirma el profesor Van Helsing en un juego de palabras muy *joyceano*. Es inevitable la referencia al sida. El amor está bien, dentro del matrimonio (la “moderna” Mina, que escribe a máquina y es maestra, se escandaliza ante los dibujos eróticos de *Las mil y una noches*). Los excesos (léase la lujuriosa Lucy) llevan al contagio, a la vampirización.

Éste quizá sea el punto más débil de la película: el profesor afirma que Drácula (su sombra: el lobo/simio) ha escogido a Lucy como víctima debido a la predisposición de ésta a la lujuria. Lo de Mina (que también acabará sorbiendo la sangre de Vlad) es otra cosa: se llama amor, es socialmente aceptado, y no provoca la misma muerte horrenda.

Algún destello de la bella y la bestia: el beso de Mina al decrepito Drácula herido de

muerte. *El imperio de los sentidos* tampoco anda lejos: Mina, O-Sada del siglo XIX, amputa a su amado en un arrebato de amor. Celos y deseos homosexuales (aunque muy de pasada) también tienen cabida en el personaje de Tom Waits, que increpa al conde por darle a Mina lo que le había prometido a él: la vida eterna (= vida compartida con Drácula). Como Lucy, la lujuriosa, será castigado con una muerte violenta.



6 subrayados subrayados

Para reformular el ideario comunista

Posmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social.

Pietro Barcellona

Editorial Trotta, Madrid, 1992.

Los ciudadanos siervos.

Juan Ramón Capella

Editorial Trotta, Madrid, 1993.

La época de crisis y desconcierto que estamos viviendo está contribuyendo a que no sólo las viejas sino también algunas nuevas ideas sean cuestionadas o planteadas en el seno de lo que convencionalmente se ha entendido como la izquierda.

Una nueva comunidad. Tenemos un nuevo ejemplo de esto en estas dos obras, cuya proximidad de enfoques y propuestas justifica un comentario común. La de Pietro Barcellona supone un repaso general de numerosos problemas abiertos en el actual momento histórico. Su crítica del cinismo contemporáneo es el punto de

partida para hacer una reflexión sobre la modernidad, la modernización, la democracia plebiscitaria, la crisis del comunismo, los neonacionalismos y los racismos, la criminalización de los tóxico-dependientes o la crítica del formalismo jurídico. Quizá la reflexión sobre la modernización como una manera de “forzar” la modernidad, tratando de destruir todo vínculo social, tal como se revela más abiertamente en las grandes ciudades, sea una de las partes más lúcidas, que ayuda además a entender la tendencia a la incompatibilidad entre la lógica del capitalismo actual y la exigencia de democracia.

También tiene interés el reconocimiento que del fracaso del “comunismo real” hace este pensador, por proceder precisamente de la cultura comunista italiana. Pero lo más sugerente es la asunción de ese fracaso para, una vez reconocido, recuperar la propuesta de una nueva idea de comunidad, superadora de la tragedia que ha significado su intento de construcción en el marco de una estructura estatal omnipotente. En esto entra la difícil búsqueda de una nueva relación entre

libertad individual y comunidad que aspire a superar su conjugación en términos antagónicos.

Sin embargo, entre la modernización impuesta y la alternativa neocomunitaria se sitúa el "regreso de lo desplazado" por aquélla: la violencia, los nacionalismos, los racimos, la persecución de las conductas "desviadas", del "diferente".

En el camino hacia un nuevo proyecto, para el que Barcellona no renuncia a recuperar la palabra "comunismo", destaca la crítica que hace a la tradicional estrategia de la izquierda parlamentaria, basada en limitarse a reivindicar derechos, por considerarla engañosa, sobre todo en el contexto actual de crisis del "Estado del Bienestar". Esta cuestión ha sido desarrollada por el mismo autor en otros trabajos (véase su artículo en *Mientras Tanto*, nº 45), y tiene especial relevancia porque reafirma la necesidad de cuestionar las condiciones político-materiales que impiden el ejercicio efectivo e igualitario de aquellos derechos. Urge, por tanto, una vía alternativa de construcción de redes y contrapoderes sociales dentro de una perspectiva crítica del capitalismo.

Una nueva política. Esta propuesta de relanzamiento y giro a la izquierda coincide con el discurso que recorre la serie de artículos reunidos en la obra de Capella, miembro de la redacción de la revista *Mientras Tanto*. También en ellos aparecen tratadas muy diversas materias, que van desde el problema del sujeto, el tiempo y el espacio, hasta las sugerencias de "otra forma de hacer política".

Una de las más interesantes es la que sirve como título al libro, ya que ofrece una visión histórica de la dialéctica entre derechos y deberes que ha caracterizado a la modernidad y a las luchas sociales y políticas, la cual ha terminado conformando nuevas formas de desigualdad que explican la conversión de los ciudadanos, libremente, en siervos. También los artículos agrupados en la primera parte sirven para situar estos

problemas dentro de marcos más complejos de la relación del individuo con el presente, la ética o los límites ecológicos de todo proyecto, incluido el democrático.

Pero now quizás algunos artículos de la tercera parte los que, tras una amplia revisión crítica del *Manifiesto Comunista*, pueden tener un contenido más polémico. En ellos se entra en los debates más concretos que atraviesan a la izquierda sobreviviente, fundamentalmente los que tienen que ver con la reformulación de una nueva política y un nuevo modelo organizativo para la izquierda. La distinción entre tres modelos –el de "agencia", el "clásico" y el "dual"– sirve a Capella para resaltar las limitaciones ya comprobadas de los dos primeros y para insistir en un tercero, que buscaría intervenir tanto en el ámbito estatal como en el social.

En él se debería dar prioridad al trabajo político voluntario frente a la profesionalización política, a la lucha social por encima del combate parlamentario, o al movimiento político plural frente al monolitismo. No obstante, en el análisis y propuestas de algunas de estas cuestiones parece que caben "terceras" opciones, más matizadas y complejas que las que aparecen aquí, sobre todo a la luz de la experiencia vivida ya por partidos como Los Verdes alemanes o de la misma crisis del "Estado del Bienestar" y el "clientelismo" que ha generado en un sector de los movimientos sociales.

En cualquier caso, lo que sobresale en estas dos obras es la reivindicación de una apuesta anticapitalista, basada en la tarea de ir construyendo un "universo de comunidades voluntarias". Resurge así la idea de comunidad, hoy en boga entre determinadas filosofías políticas, pero susceptible de muy diversas interpretaciones. La que sugieren Barcellona y Capella iría más en el sentido de reformular el ideario comunista original, incluyendo la superación de las ambigüedades y limitaciones de un enfoque marxista en el que no había

prácticamente espacio para la libertad de acción individual (como demuestra muy bien Joaquim Sampere, por ejemplo, en *L'explosió de les necessitats*, Eds. 62, Barcelona, 1992).

Pienso que este planteamiento podría estar también cerca de lo que Pablo Ródenas define como «comunitarismo democrático», así como de su propuesta de una repolitización que apunte «al sujeto político-moral pleno y a la comunidad político-moral libre» (“Una definición de la filosofía política”, en *Revista Internacional de Filosofía Política*, nº 1, abril de 1993).

Pero, para responder a las objeciones que surgen a estas tesis, parece necesario proseguir con “programas de investigación” que desde la izquierda avancen más en la conjunción de un comunitarismo pluralista y de un libertarismo solidario, a la vista, por ejemplo, de hechos innegables como que un mismo individuo pueda pertenecer a distintas comunidades, embrionarias o reales, o tenga “mundos de vida” distintos, como recuerda Carlos Thiebaut (*Los límites de la comunidad*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1992).

Cabe, eso sí, añadir que esa labor debería ir acompañada por otro tipo de “programas de intervención-discusión”, en los que la teoría fuera contrastada con la práctica desde y dentro de la izquierda realmente existente.

Jaime Pastor

Hablando de la Historia

La Historia después del fin de la Historia.

Josep Fontana

Editorial Crítica, Barcelona, 1992.

El problema de la conciencia histórica.

H. G. Gadamer

Editorial Tecnos, Madrid, 1993.

Me resulta especialmente difícil de comprender el aluvión de intervenciones que ha motivado la crisis de los regímenes políticos de la órbita soviética y la difusión de los débiles pensamientos de F. Fukuyama. Y no me refiero a que las catástrofes políticas del socialismo o los clarines que pretenden adornar la actual salud triunfalista del “único orden internacional” invoquen la indiferencia; pero debe reconocerse que, por un lado, las advertencias relativas a la urgencia de una “segunda revolución”, que viniera a enmendar la grosería política y teórica del orden alumbrado en el 17, y, en consecuencia, la sospecha de la devastación política, se remontan al origen mismo del acontecimiento hoy arrasado; y que, por otra parte, las saluciones referentes a la culminación de la larguísima jornada hegeliana no son novedosas.

Resulta incomprensible entender, así, el por qué de los afanes teóricos que ambos acontecimientos –y, claro está, qué distancia entre uno y otro– han provocado. Porque una cosa es confesar la perplejidad ante la voluntad catequística de Fukuyama, lo que tan apenas requiere la intervención airada en tribunas de opinión y tertulias de café, y asunto muy distinto sugerir que una novedad –o problema...– se (nos) plantea.

La razón del pasado. Sin embargo, he de reconocer que la “crisis de los socialismos” y la “indecencia teórica de Fukuyama” recuerdan la fortaleza de algunos problemas que siguen sin resolverse. Y, entre otros, el de la crisis de

la conciencia histórica: esto es, el problema que, planteándose la posibilidad (y utilidad) de reconstruir el pasado (y pregunta qué carácter tiene reconocer el sentido de la Historia).

La cuestión no es teórica: desde que la conciencia moderna se instalara en la necesidad de responder al asunto, lo que define, como subraya Gadamer, su propia maduración, se entiende que es la cuestión política por excelencia. Porque saber la razón del pasado sugiere las rutas del provenir. Tal es el interés.

Pues bien, recurramos a los iniciales términos del problema. Resulta que son precisamente formulados por Gadamer en *El problema de la conciencia histórica* al reconocer que se trata de «producir para el mundo del conocimiento histórico algo parecido a aquello que había logrado producir Kant para el conocimiento científico de la naturaleza» (pág. 57). Dejemos a un lado que fue Kant quien quiso, con más potencia y lucidez, llevar a cabo la tarea. Pero lo incuestionable es: primero, el afán por superar la atrocidad de un tiempo sin sentido, esto es, culminar una reflexión sobre el sentido de la historia; segundo, los resultados que culminaron en ofertas teóricas diversas, que, precisamente, pretendieron obviar el caos del tiempo para introducir la razón en una sucesión y continuidad que comenzara a denominarse Historia (los nombres son “catequísticos”: Hegel, Comte, Darwin, Marx); tercero, la asentada y creciente sospecha de las radicales dificultades para la reconstrucción de lo que se pretendió presentar como “objeto científico”: las alusiones de Gadamer a la “ingenuidad historicista” (págs. 112, 114, entre otras...) o de Fontana al “marxismo catequístico” (págs. 9, 11, 103, entre otras...) son efectos de una perplejidad ante las dificultades que, como es sabido, se remontan a las oscuridades de Dilthey o a los proyectos instrumentalistas de Febvre y Bloch –a quienes Fontana, por cierto, dedica referencias elogiosas–. Los resultados historiográficos son, resumidamente, esa

relatividad que inquieta, apuntada por Gadamer (págs. 41 y 42), o el desembarco en una reconstrucción histórica entendida como *story*, y no como *history* que retrotraería el empeño del historiador a la labor del ficcionador fantasioso.

Hablar es interpretar. ¿Qué hacer, entonces, ante el naufragio teórico de las viejas propuestas (kantianas, herderianas) hegelianas y marxistas?

Gadamer –cuyo discurso, por cierto, es impropia y banalmente tratado por Fontana, (pág. 91), aunque una nota a pie de página matice el exabrupto del que depende– afronta la vana ilusión de la conciencia histórica. La cuestión radical, que aborda en este breve texto de 1957, es la de reconocer que «todos los enunciados que reconstruyen la razón son susceptibles de una interpretación, ya que su sentido verdadero o real no nos llega más que asimilado y deformado por las ideologías» (pág. 44), y que, por lo mismo, las pretensiones últimas de la razón moderna(-burguesa) resultarían ser un efecto fantástico de su propia disposición.

Lo traigo a colación porque renueva la vejez del problema y oferta una actitud todavía presente. La “ingenuidad historicista” reside en asentarse en la necesidad de conceder a la Historia el estatuto de ciencia: el sujeto, que se acerca a las cosas – y a esa cosa pesada que son los acontecimientos del pasado...–, interpreta siempre, esencialmente. Hablar es interpretar. Existir es hablar; esto es, interpretar es el indicio de la existencia y por cuanto existir es estar en un mundo interesado (Nietzsche), intransferible (Heidegger) y, recurriendo a prólogos, en “una relación consigo mismo absolutamente extraordinaria” que sientan los análisis aristotélicos de las variantes de la Phronesis (Aristóteles) (pág. 93), la “ingenuidad historicista” queda reconstruida. Hablar científicamente de lo histórico es incorrecto teóricamente: la exigencia de una aproximación certera al pasado es absurda.

Y es el negativo diagnóstico, que aquí ejemplificamos en Gadamer, contra el que se rebela J. Fontana: el examen de los efectos discursivos de la conciencia histórica en crisis le produce una bien justificada ira, que invade las páginas de *La Historia después del fin de la Historia* y que se desata tanto contra quienes prefieren contar una *story* que contribuir a vertebrar el sentido del tiempo/progreso cuanto contra las propuestas instrumentalistas diseñadas por la escuela inspirada originariamente por Febvre y Bloch. Y la lección que se dicta resulta terminante: la crisis de la conciencia histórica puede superarse, o, si se quiere, resulta teórica (y políticamente) inconveniente asentarse sobre la desazón que ha sembrado el relativismo y la percepción de un epílogo histórico que, en realidad, viene a desmontar las categorías fundamentales del saber histórico. En tal sentido, Fontana reivindica el espíritu ilusionado que inspirara a Kant, Herder, Hegel o Marx, esto es, la conciencia que, planteándose el asunto del sentido, afrontó la posibilidad teórica de precisarlo.

Una visión global. Fontana reitera tesis ya conocidas por los estudiosos de su obra. Subrayaría, a título de sucinto resumen – siempre peligroso, claro está– la importancia de las siguientes: por un lado, la constatación del fracaso del “marxismo catequístico”, cuya reducción economicista se pone de relieve, por ejemplo, en el capítulo titulado *Un ejemplo concreto: el problema del nivel y de la calidad de vida*; por otra parte, la consideración de que sólo un fortalecimiento teórico asentado sobre la recuperación de una visión global, «lo que exige plantear seriamente el análisis de los criterios de ordenación que han de definir esta globalización» (pág. 21), puede desmontar la vaciedad del relativismo. Tal rearme teórico habría de ofrecer una explicación más pertinente de la «complejidad de los actos humanos colectivos» (pág. 36), huyendo de viejas simplificaciones, para lo que es condición

fundamental «mejorar el utillaje» (pág. 78) del que se han provisto los historiadores; finalmente, la reivindicación de los esfuerzos teóricos de Marx, lo que le obliga a Fontana a reconocer diferencias y estratos en la propia literatura marxiana, inspiraciones útiles en las dudas del Marx maduro y esquematismos feroces en las convicciones del Marx joven (pág. 136).

Dejando a un lado la sumamente polémica periodización, y aún, la escasamente consistente valoración respecto a los tonos dogmático y abierto que orientan las diversas etapas –me parecen desafortunadas las mismas–, es inequívoco que Fontana apela al “interés” marxiano para la superación de la crisis de la conciencia histórica y de sus efectos relativistas y “cientificistas”.

Dos propuestas, en consecuencia, divergentes. Ambas parecen destinadas a mantenernos en la perplejidad.

De más está decir que la propuesta hermenéutica, por cuanto desconoce que la necesaria y particular relación de la conciencia con el hecho histórico –o literario, o estético, o moral– no es tanto de naturaleza antropológica cuanto de origen ideológico-político y que, por lo mismo, sería preciso diferenciar entre la genealogía del relativismo, vinculada a la producción de los valores occidentales o modernos, y su necesidad, supuestamente aferrada en la naturaleza humana. El problema no es sólo el de si es posible conocer el pasado, sino también el de por qué la conciencia histórica renuncia a reconocer como objeto para la conciencia el pasado mismo.

Por eso mismo, la propuesta de Fontana busca introducir claridad en el debate. Y, desde luego, aparece como una reivindicación de la conciencia histórica llevada a cabo a partir del diagnóstico (teórico y político) antirrelativista. La dificultad radica en saber si la reivindicación de la teoría y la comprensión de ésta como “visión global” es suficiente para la superación de la crisis. Fontana responde afirmativamente, claro está. Y recomienda, entonces, ampliar el

utililaje y encuadrarlo en el marco del sentido de la Historia: pero no me parece convincente en exceso la oferta instrumentalista.

Aguerrido combatiente contra los excesos de los *Annales*, Fontana reitera los planteamientos de los ya evocados Febvre y Bloch. Aunque es obvio, sin embargo, que Febvre y Bloch no formularon ninguna teoría de la globalidad en la que encuadrar el enriquecimiento archivístico, mientras que Fontana pretende hacerlo.

Y ahí está, en efecto, el Marx maduro que duda, que polemiza consigo mismo en la última década de su vida al revisar la naturaleza del posible proceso en Rusia y en otras formaciones económico-sociales. De aquí emerge el Marx crítico, cuya teoría de la globalidad acertaría a explicar la complejidad de los procesos colectivos humanos.

Temo, no obstante, que la superficialidad con que se aborda el horizonte de la literatura marxiana obstaculice el proyecto científico de Fontana. Porque, pese a lo que se insinúa, es también el Marx maduro quien inspira las producciones del marxismo catequístico: groseramente, abusando del reduccionismo economicista, es innegable la presencia y fuerza del modelo científico newtoniano, hegeliano y darwinista que abona una serie de categorías que vienen a ratificar el teleologismo historicista, la noción de progreso y un corto etcétera que sitúa a Marx dentro de la tradición progresista ilustrada, antes que en la línea de ruptura y demarcación que, por otro lado, Marx desea describir.

Quiero decir que la clave no reside en reivindicar la necesidad de un encuadre teórico para que el utililaje pierda sentido, sino, hoy y ahora, reformular qué se entiende por “teoría de una globalidad compleja”, repensar en qué medida las categorías filosóficas que encauzan la literatura marxiana son referentes o fantasmas, alusiones a lo real o producciones ideales. Mantenerlas conlleva, aunque se haga con la elegancia

de la que siempre careció el “marxismo catequístico”, condenarse a retomar, una y otra vez, al mismo punto de partida.

Quede constancia, finalmente, de que la propuesta de Fontana apunta hacia el único camino que puede conducir a la revitalización de la conciencia histórica. Pero los historiadores debieran replantearse el sentido último de cómo articular, y en torno a qué categorías, la “teoría de la globalidad compleja” que añoran como horizonte. De lo contrario, pudiera ocurrirles lo que Hayden White afirma, malévolamente, de Elton: que parecen incapaces de plantearse el más mínimo problema teórico.

En la obra de Fontana se encuentra una exigente reivindicación de la teoría para la conciencia histórica. De categorías – excepto de la de complejidad... – no se habla.

Y, así, las espadas siguen en alto.

José Luis Rodríguez

Apología de la “masculinidad”

XY. La identidad masculina

Elizabeth Badinter

Alianza Editorial, Madrid, 1993.

Elizabeth Badinter tiene el don de captar lo que “está en el aire”, mezclarlo con sus numerosas lecturas y fabricar así un libro de éxito. En 1980 publicó *L'amour en plus*, panfleto contra la noción de “instinto maternal”, que el movimiento feminista contemporáneo había ya denunciado varios años antes. En 1986, en su libro *L'un est l'autre*, afirmaba a la vez que «el patriarcado ha muerto» y que los roles sexuales estaban en vías de desaparición, dejando su lugar a un nuevo individuo «andrógino». Entonces encontró su inspiración en la ofensiva ideológica de la derecha y de la izquierda oficial, para las que el feminismo estaba «superado», y también en los debates sobre las nuevas

tecnologías de reproducción.

Ahora, E. Badinter se vuelca con ternura sobre el género masculino maltratado por el feminismo (que ella sigue pretendiendo defender) y por la Naturaleza, que les habría jugado una mala pasada haciéndoles nacer del vientre de una mujer.

Hacerse un hombre. Para llegar a ser un hombre, un muchacho debe «convencerse y convencer a los demás de que no es una mujer, ni un bebé, ni un homosexual». Sobre esta idea simple se ha construido el libro. Página tras página, la autora nos describe el terrible camino sembrado de obstáculos que debe seguir el embrión macho, después el bebé, después el niño de sexo masculino y finalmente el adulto para encontrar su «identidad masculina».

En ningún momento E. Badinter se ocupa de realizar una reflexión sistemática sobre las nociones de «identidad masculina», «masculinidad» o de «cualidades masculinas», que utiliza como sinónimos y sin entrecomillar **1**. Sólo avanzando en nuestra lectura descubrimos una definición implícita y ecléctica, de dos dimensiones. Una se refiere a la historia de las sociedades: según la autora, todas oficializan, aunque con formas diferentes, el paso de los niños del mundo femenino al mundo masculino.

Por ejemplo, en los sambas y los baruyas de Nueva Guinea los muchachos son arrebatados violentamente a sus madres en la preadolescencia, para sufrir ritos de iniciación más o menos «bárbaros». Durante varios años, serán educados, o reeducados, por el grupo de los hombres, en la casa de los hombres. En Europa, bajo el Antiguo Régimen, los jóvenes de la nobleza eran enviados a familias extranjeras para realizar su educación de jóvenes señores. Después los institutos de enseñanza masculinos han tomado el relevo para transmitir a los hijos de buenas familias esos valores «viriles». En fin, en el siglo XX, los movimientos de *scouts* y más aún el

desarrollo de los deportes colectivos **2**, basados en la violencia y en la competición, son los que han permitido a los jóvenes reforzar su virilidad, descuidada durante la primera infancia.

Como recuerda E. Badinter, lo que caracteriza a la sociedad «industrial» es la separación entre la esfera de la producción y la de la familia, la del hombre «proveedor» y la de la madre educadora. El resultado es que el hombre queda cortado de sus hijos y las consecuencias son, según E. Badinter, terribles, especialmente para los hijos varones que carecen de modelo de identificación digno de ese nombre.

Existe, pues, un grave riesgo, siempre según la autora, para estos niños asfixiados por su madre: sea no saber a qué sexo pertenecen **3**, sea desarrollar una agresividad extrema hacia las mujeres, una misoginia y una homofobia que se explicarían por el rechazo de «su parte de femineidad». Es el momento del hombre «duro». Pero el macho ha sido atropellado en sus certidumbres por las feministas y los homosexuales.

Hoy las nuevas mujeres no son solamente madres, sino también mujeres activas que reivindican compartir las tareas domésticas, etc.

Así, al hombre macho ha sucedido un hombre «culpabilizado», el hombre «blando», que «renuncia voluntariamente a los privilegios masculinos (...)» y que a la vez renuncia a su «masculinidad».

1/ N. Cl. Mathieu ha hecho notablemente este trabajo de reflexión crítica, aunque no compartamos íntegramente sus análisis (ver *l'Anatomie politique*. Ed. Côté-femmes, 1991).

2/ Es asombroso que E. Badinter no se refiera al Ejército, que es, sin embargo, una institución consagrada íntegramente a transmitir esos valores «viriles» a los jóvenes.

3/ En la página 94, E. Badinter se refiere al escritor Ph. Roth que, a los cuatro años, «apenas sabía a qué sexo pertenecía». Pero él describe precisamente lo contrario, recordando sus primeras emociones sensuales cuando su madre se ponía las medias...

Una concepción psicologizante de la sociedad. La segunda dimensión de la definición de la masculinidad, y sin duda la más importante para E. Badinter, es de tipo psicológico. Al final de su libro nos anuncia el nacimiento de un hombre nuevo, de un hombre al fin «reconciliado» consigo mismo, que asumirá su «bisexualidad». Es decir, a su vez sus «cualidades femeninas» indispensables para hacer de él un hombre completo, capaz de expresar sus emociones, atender a sus hijos, etc., pero también sus «cualidades masculinas». «Ya es hora –dice E. Badinter– de elogiar las virtudes masculinas, que no se adquieren ni pasivamente, ni fácilmente, sino se expresan en términos de esfuerzos y de exigencias. Sus nombres son dominio de sí mismo, voluntad de superarse, gusto por el riesgo y el desafío, resistencia a la opresión... Son las condiciones de la creación, pero también de la dignidad. Pertenecen a todo ser humano, igual que las virtudes femeninas. Éstas conservan el mundo, las otras hacen retroceder sus límites. (...) Las unas sin la otras pueden convertirse en una pesadilla: el dominio de sí mismo puede convertirse en neurosis, el gusto por el riesgo puede ser suicida, la resistencia mudarse en agresión. Inversamente, las virtudes femeninas, tan celebradas en nuestros días, pueden, si no son templadas por las virtudes masculinas, conducir a la pasividad y la subordinación».

Después de leer esta frase, me pregunto: ¿habré leído bien? Pues sí. En esta cita E. Badinter explicita lo que recorre de manera más o menos evidente todo su libro: la asimilación entre lo femenino y la pasividad, lo masculino y la actividad, reencontrando así los viejos estereotipos de la ideología patriarcal conceptualizados por Freud y más aún por sus discípulos. Sin embargo, estos mismos prejuicios habían sido denunciados por ella (y por otras antes que ella) en su libro *L'amour en plus*.

¿Cómo justifica E. Badinter esta asimilación? Pues simplemente, la hace derivar de esa primera fase de fusión entre

el feto y la madre, durante los nueve meses del embarazo, después entre el bebé y su madre en los primeros meses de su vida: «Esta inicial relación erótica (la lactancia) le enseña el nirvana de la dependencia pasiva y dejará huellas indelebles en el psiquismo del adulto. Pero las consecuencias de esta experiencia no son las mismas para el niño y para la niña. Para la niña, está en la base de una identificación con su propio sexo, mientras que para el niño es una inversión de los roles posteriores. Para llegar a ser un hombre, deberá aprender a diferenciarse de su madre y a reprimir en lo más recóndito de su ser esa deliciosa pasividad» (págs. 75-76 de la edición francesa).

Para convertirse en una mujer, ¿debería la chica, por el contrario, cultivar esa pasividad? ¿A qué hace alusión esta noción de “roles”? La autora no responde a estas cuestiones sino, por el contrario, insiste en varias ocasiones en la idea de que la “masculinidad” es un aprendizaje largo y doloroso, mientras que la “femineidad” está inscrita en el desarrollo “natural” de la chica. En apoyo de su tesis, cita una frase de Guy Corneau de 1989: «En otras palabras, las menstruaciones, que abren a la adolescente la posibilidad de tener hijos, son la base de su identidad femenina; se trata de una iniciación natural que la hace pasar del estado de niña al estado de mujer; por contra, en el hombre, un proceso educativo debe tomar el relevo de la naturaleza» (p. 108).

Un enfoque esencialista. No estamos de acuerdo con esta concepción “naturalista” del desarrollo de la niña en “mujer”. Como ha mostrado Christiane Olivier, a quien no cita E. Badinter, este proceso es extremadamente complejo ⁴. Mientras que el sexo del niño es valorado muy pronto por su madre y quienes le rodean (incluso por medio de caricias), el de la niña no existe. Ella es, o al menos era hasta hace poco, un ser amado pero

⁴ *Les Enfants de Jocaste*. Ed. Denoël-Gonthier, 1980.

asexuado (salvo en el caso de las agresiones sexuales, lo que tiene tendencia a olvidar C. Olivier). Con la llegada de las reglas, la chica pasa brutalmente al mundo de las mujeres, de los seres deseables, estando "destinada" socialmente a ser un objeto sexual y más tarde una madre. Si este proceso fuera tan simple, ¿por qué tantas adolescentes se hacen anoréxicas precisamente en el momento de la pubertad?

Tomar conciencia de la propia identidad sexual no es solamente tomar conciencia de la distinción de los órganos genitales. En este punto, estamos de acuerdo con E. Badinter. Aquí entran en juego procesos psicosociales complejos. Pero no se trata, como da a entender el propio plan del libro, en primer lugar de un proceso "psicológico" en la etapa inicial de la infancia, y después de un proceso social.

El niño está inmerso en un medio familiar socialmente codificado desde los primeros meses de su vida. En una sociedad patriarcal, cada cual asimila consciente e inconscientemente las relaciones de poder entre el grupo dominante de hombres y el de las mujeres. Desde este punto de vista, ¿cómo podemos interpretar que haya que esperar a la página 128 para que E. Badinter escriba que el estatus de dominante «es la esencia del sentimiento de identidad masculina»? La respuesta está en su enfoque teórico.

Por más que ella se defienda, por más que denuncie el «mito devastador» del instinto maternal y preconice una «revolución paternal», E. Badinter sigue prisionera de un "esencialismo", él también devastador; si no, ¿por qué mantiene esas nociones, que no critica en ningún momento, de «cualidades femeninas» y «cualidades masculinas»?

Avanzar la idea según la cual el nuevo ser humano se hará sobre la base de una «unión paradójica» de la «femineidad» y de la «masculinidad» es evitar plantear la cuestión de las transformaciones de las categorías sexuales tal como existen aún actualmente. Si los niños de los dos sexos

necesitan ganar su autonomía para llegar a ser adultos, ¿por qué deberían amoldarse en una primera etapa a los esquemas de comportamientos estereotipados, particularmente bien adaptados a una sociedad en la que los hombres siguen disponiendo de numerosos privilegios, aunque su poder haya sido empañado?

El mérito de E. Badinter está en empujar a los hombres heterosexuales a interrogarse sobre ese miedo a ser confundidos con las mujeres o con los hombres homosexuales, en popularizar la distinción entre «identidad» y «preferencia sexual».

Pero en lugar de convencer a los hombres de ir hasta el fondo de ese miedo, ella los tranquiliza: no sería necesario renunciar a las marcas de la "virilidad"; bastaría equilibrarlas con un lote de "femineidad".

Pero no. Hay que conmocionar nuestro sistema de referencia (y, por consiguiente, la división social y sexual del trabajo) y volver a pensar nuestros valores en términos de valores "humanos". Lo cual no es nada evidente en estos tiempos de guerra...

Josette Trat

Cahiers du féminisme n° 63-64/ invierno 1992-primavera 1993/ París

No todo lo que se desvanece en el aire era sólido

El mercado de la cultura

Ramón Zallo

Editorial Gakoa, Donostia, 1993.

El libro de Ramón Zallo tendría un destino infeliz si sólo interesara a los estudiosos de la comunicación o de la cultura. Éstos no deben dejar de leerlo; pero el tema es tan importante y el enfoque tan innovador y concreto que es de lectura obligada para los marxistas y, en general, para la gente de izquierdas que estudia estos tiempos con voluntad de intervenir en ellos.

En 1988, Zallo publicó un trabajo que abrió su investigación sobre la economía política de las industrias culturales: *Economía de la Comunicación y la Cultura* (Editorial Akal, Madrid). La tarea era de envergadura: establecer la validez de la ley del valor en relación con las industrias culturales, analizar su diferenciación como sector económico específico, con reglas propias de valorización del capital: el modo capitalista de comunicación y cultura empezaba a ser estudiado.

Desde el punto de vista del marxismo es un progreso notable: se trata de actualizar la comprensión de la mercancía como instrumento de dominación; el capital como relación social pasa a abarcar la producción y la distribución de cultura, de mercancías simbólicas.

Así, la teoría trabaja para la superación de una de las angustias de la "tercera generación" del marxismo, centrada en el análisis cultural, pero alejada de su creación como parte integrante del modo capitalista. Algún maniqueísmo de la Escuela de Frankfurt es criticado de este modo por Zallo, que revela el talón de Aquiles de las teorías construidas para la excepcionalidad del papel de la cultura entre los años 30 a 60: aún estaba por llegar la industrialización generalizada de los símbolos.

Con su nuevo libro, Zallo avanza en esta dirección. El texto comprende cuatro partes: la primera aborda los conceptos y teorías; la segunda describe la evolución de los procesos productivos en las décadas recientes; la tercera añade nuevos análisis al marco anterior (lo audiovisual y la publicidad), y finalmente, la cuarta parte discute las políticas culturales, presentando en particular algunas alternativas para Euskadi.

Un marxismo crítico. El autor no acepta la idea de la comunicación y de la cultura como "superestructuras" de la sociedad: hace bien. En consecuencia, se interroga sobre las condiciones de valorización del capital y las posibilidades

de extensión del mercado en nuevas áreas (o en áreas tradicionales de producción artesanal o de producción para mercados limitados). La «producción, conservación y distribución de contenidos culturales vinculados a prácticas sociales» es discutida a partir de conceptos rigurosos en los que, transformándose, se demuestra la vitalidad de un marxismo crítico. En cualquier caso, la tarea es difícil.

Como se sabe, hay en Marx una gran indefinición sobre este tema. Así, mientras en las *Teorías de la plusvalía* se consideran algunos bienes inmateriales como mercancías, en el conjunto de los textos fundamentales de Marx, como por ejemplo, *El Capital* en su Libro II, se asocia la producción de valores de uso físicos a la producción de valor, excluyendo por tanto a las mercancías culturales o, en general, a las mercancías inmateriales.

Por su parte, Zallo argumenta que información es capital (p. 48); se trata de producción de «mercancías con contenidos simbólicos, concebidas por un trabajo creativo, organizadas por un capital que se valoriza y destinadas finalmente a los mercados de consumo, con una función de reproducción ideológica y social» (p. 9).

Una vez más, esta contribución es muy importante: lo que caracteriza al trabajo productivo no es el procedimiento del trabajo, sino su función de valorización del capital. Siendo así, trabajo productivo debe ser considerado aquel que se cambia por capital, independientemente de la forma material o inmaterial de la mercancía en que se realiza la plusvalía y no, como sugiere predominantemente Marx, «aquel trabajo que participa en la producción de bienes materiales».

Evidentemente, el problema es esencialmente contemporáneo y ningún gran modernismo debe tener la ambición de poseer pronósticos y previsiones completas o perfectas: no es ése el criterio que hoy permite apreciar la validez del marxismo. Pero, como sugiere Zallo, su método sólo puede ser mantenido y

enriquecido ampliándose a la forma contemporánea de producción y distribución de las mercancías y al crecimiento del peso de la producción de bienes inmateriales. La teoría puede hacerlo y debe hacerlo: ése es el contorno de una "economía política de la cultura".

Evidentemente, muchos debates sólo son esbozados en el libro: creo que Zallo no tiene razón al resumir la posición de Mandel en la consideración de la producción cultural como «inclasificable» o como «trabajo improductivo» (p. 50). Siendo cierto que Mandel describe la contradicción entre las dos posiciones de Marx y está más próximo a la posición "clásica" de *El Capital*, también es cierto que en su libro más importante, *El capitalismo tardío*, considera que la tercera revolución tecnológica tiende a generalizar producciones de mercancías inmateriales — por consiguiente, a través de la incorporación de trabajo productivo—, y da como ejemplos las películas y los programas de TV.

Justamente este enfoque sugiere un campo esencial de trabajo: las relaciones de la generalización de las industrias culturales con las características de los grandes movimientos económicos a largo plazo, con el cambio social y tecnológico que está dentro de los conflictos en que se juega la posibilidad de una nueva onda larga expansiva a finales de siglo (que ha sido tratado por Mandel, Kleinknecht, Freeman, Pérez y otros). Como se adivina en este libro, la cultura será uno de los centros esenciales de ese conflicto.

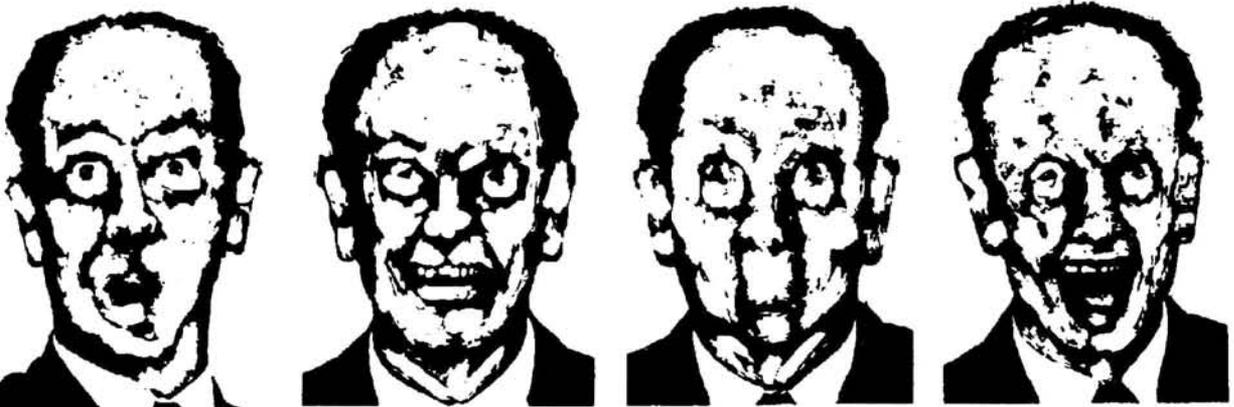
Política concreta. Por otra parte, la lectura del libro de Zallo muestra caminos para la actividad política concreta. Lo que está en cuestión es una orientación estratégica en la reproducción de la sociedad capitalista: la diseminación de la función cultural y la mercantilización de parte de las actividades de producción y distribución de cultura que el Estado asociaba a su trabajo de hegemonía, corresponden a una ampliación del universo

simbólico, a una extensión de la capacidad de representación y a nuevas formas de articulación de las relaciones sociales.

Desde este punto de vista, la discusión sobre la crisis del "Estado del bienestar" (p. 195 y ss.) es innovadora y fundamental: ayuda a ver lo que es visible con nuevo ojos. La crisis de la sociedad de consumo de los años 60 y 70 es estudiada en la crisis de sus formas de producción y acumulación de capital, en sus relaciones sociales y en la evolución de la forma política del Estado y de sus relaciones con el mercado.

Al mismo tiempo, todo el trabajo se desarrolla en términos seguros: no se trata de crear una "teoría general", un modelo explicativo universal que va integrando las evidencias («los hechos son tozudos»...), sino de ir construyendo un conocimiento concreto, sin ceder a las facilidades de exposición o a conclusiones precipitadas. Así, Zallo rechaza la visión "tecnologicista" de la innovación en la economía de la información, y por tanto, no se deslumbra con ningún "potencial liberador" de las nuevas tecnologías: la batalla está demasiado próxima para que pueda ser ignorada. La construcción de alternativas para la acción, a partir de esta definición de una teoría exigente e incompleta, es uno de los signos más claros de su sentido. En la economía política de los símbolos de Zallo es evidente que este terreno no puede ser abandonado en la lucha de la izquierda.

Francisco Louça





hika

Revista de opiniones. Plaza Berria, 6, 4º - 48005 Bilbo TI. (94) 4790156

Izena / Nombre _____

Helbidea / Dirección _____

Herria / Población _____

Kontu Korrontearen Zka. / Nº Cuenta Corriente _____

Bankua eta Agentzia / Banco y Agencia _____

Suscripción anual: 3.000 pts. - Si no la conoces, llámanos: te enviamos un número



Anne-Marie Delcambre

EL ISLAM



El Islam

Anne-Marie Delcambre

PVP. 1.500 pesetas

¿Qué es el variado y complejo Islam?

¿Cómo puede ser analizado en el marco de las distintas sociedades, tanto en las islámicas como en las no islámicas?

¿Cómo reacciona frente a la ideología? ¿Acaso no tiende a transformarse, él mismo, en ideología?

Creemos que estamos ante un libro que supera el reto de exponer con sencillez y claridad los fundamentos teológicos y sociológicos de esta religión. Todo ello está aderezado con la aportación de ejemplos, de acontecimientos y de detalles concretos que hacen de este volumen una excelente iniciación en tan interesante tema.

Editorial Talasa. c/ Clavel nº7 2º. of 2. 28004-Madrid.
FAX: 521.16.80



Cuadernos del Este

Suscripción anual: 2.800 pesetas. Número suelto: 1.000 pesetas.

Servicio de atención al cliente: (91) 544.57.21 y 544.56.65

FAX: (91) 544.45.98

Correspondencia: Editorial Complutense. c/ Donoso Cortés, 65. 28015-Madrid.



Revista Canaria de análisis y opinión

Edificio Basconia. c/ Olof Palme nº44, 2ºE. 35012-Las Palmas de Gran Canaria. Teléfono: (928) 27.51.56

Suscripción anual: 2.000 pesetas (normal); 4.000 pesetas (de apoyo).

una veu alternativa als Països Catalans

fes-la teva!

cruilla

ACTUALITAT I ALTERNATIVES



De venda cada mes
a quioscos i llibreries

Rda. Sant Pere, 44
08010 - Barcelona
Tel.: (93) 346 79 79

cruilla ACTUALITAT I ALTERNATIVES

Vull rebre un exemplar gratuït i
informació de la revista

Vull subscriure-m'hi

Nom i cognoms.....

Adreça.....Núm.....

Població.....

Codi Postal.....Tel.....Edat.....

Comarca.....

Envieu-nos aquest cupó degudament emplenat a:

pau, ecologia, feminisme, solidaritat...

BOLETIN DE SUSCRIPCION

VIENTO SUR

Nombre

CalleNº

Escalerapisopuerta

LocalidadProv.

D.P.

Otras indicaciones

MODALIDAD DE SUSCRIPCION

	ENVIO COMO IMPRESO	ENVIO COMO CARTA
ANUAL Revista Bimestral (6 núms)	2.000 <input type="checkbox"/>	2.700 <input type="checkbox"/>
ANUAL Rev.Bimestral Extran. (6 núms)	2.700 <input type="checkbox"/>	4.500 <input type="checkbox"/>



Obreros y ciudadanos

La desestructuración de la clase obrera

Andrés Bilbao

Editorial Trotta/ Fundación 1º de Mayo.

Altamirano 34. 28008-Madrid. Teléfono: 549.14.43

El obrero de la mitología revolucionaria es ahora el ciudadano de la mitología conservadora. Él compone un universo progresivamente desestructurado, unificado desde la política como administración técnica de la sociabilidad económicamente construida. En este contexto la creciente homogeneidad del ámbito político contrasta con la fragmentada apoliticidad de ese ciudadano. Algunos aspectos de este proceso son aquí analizados tomando como referencia inmediata las tensiones sociales que desembocaron en la huelga general de 1988.

DOMICILIACION BANCARIA - AUTORIZACION DE PAGO

Apellidos Nombre

Calle..... Nº..... Piso..... Puerta

Localidad Prov..... D.P.

ENTIDAD

OFICINA

CONTROL

Nº CUENTA

--	--	--	--

--	--	--	--

--	--

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Fecha:.....

Firma:



Mientras Tanto

Publicación bimestral de ciencias sociales

Apartado de Correos 30059. 08080-Barcelona.

Suscripción. 4 números: 2.500 pesetas.

Pagos por giro postal o talón bancario a la c/c postal nº 2.985.518 Barcelona.



Libre Pensamiento

Taller de Debate Confederacional

Órgano de Debate y Reflexión de la Confederación General del Trabajo

c/ Sagunto 15. 28080-Madrid

Suscripción: 4 números, 1.400 pesetas (Extranjero: 2.000 pesetas)



Ecología y Seguridad en el Mediterráneo

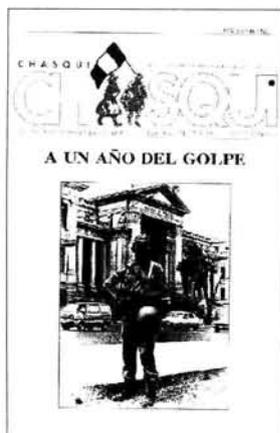
(Una agenda de cooperación)

Vicenç Fisa

165 páginas. 1.500 pesetas

Este libro propone un nuevo discurso sobre la seguridad en la región mediterránea, basado en el desarme, la desmilitarización, la cooperación económica y ecológica y la protección de los trabajadores inmigrantes.

Editado por CIP/Icaria, Barcelona, 1993.



Chasqui

Boletín Mensual de información y análisis de la realidad peruana

Editado por CODDEH-PERÚ

Apartado de Correos 13.235. 28080-Madrid

Suscripción. Anual (12 números): 1.500 pesetas. Apoyo de solidaridad: 5.000 pesetas.





*“... un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas.”*

Federico García Lorca Poeta en Nueva York